

Ex Libris

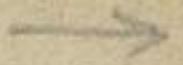


Or. Dō. Jaime Masaven

→
J. Masaveu

Madrid. III - 927.

M-9



100/164064

PB 11
CB 10301212
TTN 577209

NOTAS DE UN VIAJE
POR LA
ITALIA DEL NORTE

25 / -1494-
Rg.

Muy raro. Es de lo poquisimo
que escribió el hijo de la Parde
Bazan.

XX. 7 (10)

NOTAS DE UN VIAJE

POR LA

ITALIA DEL NORTE

Niza, Mónaco, Monte-Carlo, Génova, Milán, Pavía,
el Lago Mayor y Venecia.

POR

JAIME QUIROGA PARDO-BAZÁN



MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO
Blasco de Garay, 9.—Teléf. 3.020

1902

~~~~~  
Es propiedad. — Queda  
hecho el depósito que mar-  
ca la ley.  
~~~~~


NOTAS DE UN VIAJE

POR LA

ITALIA DEL NORTE

I

TARASCÓN Y TARTARÍN—EL ESPEJISMO

A los hombres los hacen las circunstancias y los lugares; así, por ejemplo, Alejandro, nacido en la época actual y en Londres, es probable que fuese zurrado por los boers con harta frecuencia, y Napoleón, á no haber tenido delante de su prodigiosa estrella la revolución francesa, jamás hubiera pasado de ser un modesto oficial de artillería. Y digo esto, porque Tartarín, el grande, el insigne, el monumental Tartarín, la cifra, el compendio y la quinta esencia de una raza, la encarnación de la potencia imaginativa que, si no transporta montañas como la fé, las crea en el llano más llano, lo cual es más todavía; Tartarín, el sueño heroico y aventurero hecho hombre, Tartarín sin Tarascón no sería nada. Daudet le echa la culpa al sol y al vinillo de Beaucaire: yo pasé por Tarascón de noche, y no bebí más que un vaso de agua, y sin embargo, el espejismo obró en mí sus milagrosos efectos. Puede que fuese el mistral que so-

plaba, pero yo creo que la tarasconada brota del suelo, flota en la atmósfera, corre con el Ródano, perfuma con el tomillo y resuena con los *Zé!, bé!, té!* tradicionales.

Beaucaire y Tarascón están separados por el cauce del río, y, no obstante, la imaginación nos hace creer que el puente que atraviesa el ferrocarril y desde el cual se columbran, destacándose sobre el azul intenso de las noches meridionales, primero las negras siluetas de ambas ciudades y después los mil puntitos de luz del gas municipal; que ese puente, digo, se alarga, se alarga alcanzando dimensiones desmesuradas, que no se va á acabar nunca y que, semejante á las caídas que se dan en pesadilla, jamás termina su vertiginosa trayectoria. Y sin embargo, el puente no es pequeño, pero tampoco es grande: un puente como cualquier otro de los infinitos que hay sobre los ríos franceses, que suelen ser ríos de verdad, y no bromazos de río como los nuestros.

Post núbila, Phœbus: después de la obscuridad nocturna del puente, no Febo precisamente, pues este señor no se digna aparecer hasta Niza, pero sí el alumbrado de la estación cubierta. Y una vez dentro de esta ¿será preciso realizar un esfuerzo imaginativo enorme para creernos en la caverna de la Tarasca? Nada de eso: cójase primero la forma de ese género de construcciones, su temerosa boca y su profundo antro; después la noche, que todo lo agranda, que á todo da fantásticas proporciones; en seguida el espejismo, que brota, flo-

ta, corre, perfuma y resuena; por último, la leyenda del espantable animalote que eligió por teatro de sus hazañas las riberas del Ródano allá en los tiempos protohistóricos, cuando el espíritu de Tartarín no había bajado aún á la tierra, y cuya veraefigie, rellena de paja, duerme en la catedral esperando que las fiestas populares la saquen á dar su anual paseíto por las calles tarasconesas, y si aún se quiere, como sazonomiento, añadir un poquito de la tan reputada comparación que todos los poetas, desde el descubrimiento del vapor hasta nuestros días, han hecho y—¡ay!—aún hacen del tren con un monstruoso reptil que se arrastra y muje y bufa y echa chispas y, por fin, descansa en su ignorada cueva; reunidos todos estos elementos, puestos á hervir en la olla cerebral, ¿qué esfuerzo es preciso, vuelvo á decir, para creernos inquilinos del *home* de la Tarasca en cuanto oímos gritar con voz terrible y amenazadora, con la voz meridional de las *rodomontádes*, las palabras sacramentales:

—¡Tarascón ¡Diez minutos!

¿No ha leído usted el "Tartarín"? Pues ha hecho usted bien si lo ha leído y mal si no lo ha leído. Figúrese usted—el que no lo ha leído—que así como en Roma es endémica la *malaria* y en Bombay la peste bubónica, en Tarascón se padece otra enfermedad especialísima de aquel bello país, el espejismo. Pero, digo mal: no se padece, se goza, porque no cabe mayor felicidad en el mundo que la de suponer buenas las cosas malas, buenísimas las regulares é inme-

jorables las buenas, grandes las chicas, terribles las inofensivas, mar sin orillas el Ródano, *simoun* el mistral, *baobabs* las matas del oloroso tomillo, Himalayas las colinas en que se dora la uva moscatel que luego produce el vinillo que Daudet considera coautor de esta envdiable enfermedad. El tarasconés no ve las cosas tales y como realmente son; las ve á través de los cristales de aumento de una desbordada fantasía. Y es el caso que hay hombres que resumen en sí, no sólo una época, sino una raza, que son como símbolos de un pueblo, que tienen todos los vicios y las virtudes todas de un país, y uno de estos hombres, el hombre de Tarascón, lo fue Tartarín. Nunca existió más que en la pluma de Daudet, pero ¿qué importa? Daudet es francés y

En France tout le monde
est un peu de Tarascón;

con lo cual queda demostrado que Daudet también tiene sus puntas y ribetes de tarasconés, y, por lo tanto, la facultad de crear, no de la nada, que esto sólo Dios lo puede, pero sí, de un algo chiquito, otro algo muy grande.

Así creó, de cualquier ignorado burgués del Ródano, el Tartarín que perdura. Tartarín quiso cazar leones, y se fué al África... Perdóneme usted, lector que ha leído la obra de Daudet, una pequeña digresión: el francés tiene, entre otras buenas cualidades, la de ser muy patriota; á veces lo es demasiado, y sobreviene el *chauvinisme*, pero en esto es mejor pecar

por carta de más que por carta de menos; Daudet es francés, y por tanto, es patriota; Tarascón es Francia, y Daudet quiere encajarle el mochuelo del espejismo á un país extranjero. Claro está que, tratándose de tal cosa, España había de ser la agraciada, y así, el ilustre novelista, después, es verdad, de una respetuosísima y entusiasta salutación á nuestro ingenioso hidalgo, supone en Tartarín la existencia á la vez de Don Quijote y Sancho Panza. Don Quijote, empujado por la lectura de los nuevos libros de caballerías, ó sean los relatos de las grandes cacerías de feroces animales, y también en vista de que su prolongada quietud en la coquetona casita que arrulla el Ródano, orea el mistral y baña el retozón sol del Mediodía, la casita en la cual se desarrolla espléndido y gigantesco en un tiesto de barro el *baobab* de las selvas africanas, la casita en la que la complicada colección de armas de todos los países se enmohece en reposo afeminado é impropio de su naturaleza, en vista, digo, de que la dicha quietud amenazaba hundir para siempre su terrible reputación de hombre emprendedor y aventurero, aunque en realidad hasta entonces nunca hubiese emprendido ni aventurado nada (otro caso de espejismo), Don Quijote ansiaba lanzarse á peligrosas hazañas cinegéticas; pero el prudente Sancho, propietario de la tripa así como Don Quijote lo era de la imaginación de Tartarín, Sancho, feliz con el chocolate matinal, la sana comidita del medio día, el fresco vinillo, la reparadora siesta y el grato y honesto

solaz del Casino, enamorado de las suaves blanduras de la cama, esclavo de la burguesa tranquilidad, Sancho el craso, el fofo, el aprensivo, el incipiente gotoso, Sancho refrena á su heroico amo. ¡Lucha espantosa y trágica, llena de épico horror! Don Quijote recibe poderoso refuerzo: Brávida, el amigo entrañable, bizarro comandante retirado de Administración militar, viene á comunicar á Tartarín el inapelable fallo de Tarascón: es preciso partir, marchar en busca de las prometidas pieles de león, emprender la vida de aventuras. Tartarín ruge (se despereza, sin el espejismo), se prepara, se embarca en Marsella y desembarca en Argel: primero mata á un burro, por equivocación, naturalmente, pues en medio de las sombras de la noche lo toma por descomunal felino; luego se enamora y medio se hace moro; por último, mata á un león de verdad, pero á un pobre león ciego que pide limosna.

Dos son sus compañeros, el uno un príncipe montenegrino, el otro un dromedario; el primero resulta un escapado de presidio que, ya puesto á escaparse, se escapa con la cartera del denodado tarasconés, dejando á éste en medio del desierto, solo con el segundo; pero este es un lealísimo animal que consuela al pobre Tartarín de sus desgracias.

Tarascón no vive sin Tartarín; así es que Tartarín, herido en su amor propio de cazador, herido en su amor á Baía, pues descubre que la morita sabe canciones de *café-concert*, y herido en su amistad por la defección del príncipe,

retorna al hogar. ¡Prodigioso efecto de espejismo! La piel del león ciego y el dromedario lo causan: Tartarín es el cazador de los cazadores, Tartarín ha realizado su fantástico programa con creces, Tartarín ha limpiado á la Argelia de sus más peligrosos habitantes y Tartarín penetra en su ciudad natal en medio de las frenéticas aclamaciones de un pueblo entusiasmado.

Este es Tartarín y este es Tarascón, y yo no sé más, primero, porque sólo estuve en aquellos lugares diez minutos, y segundo, porque esos minutos pertenecían á la oncená hora después del medio día. Pero ¿y mi espejismo?

Sí, yo también tuve espejismo y no pequeño, pues que ví á la Tarasca viva y terrible, no á la Tarasca de cartón y paja que se pasea una vez al año por las limpias calles de Tarascón, sino á la propia, á la auténtica, á la verdadera Tarasca. Surgió como surge todo lo que el espejismo produce, de algo pequeño, inofensivo, sin importancia, no sé de qué; y en medio del antro de la Estación, entre el fatigoso resoplar de las locomotoras, á la incierta claridad de los fanales, ví dibujarse su sombra enorme, sus garras aceradas, su flamígera gola, sus ojos inflamados; y, frente á ella, ví cómo se alzaba otra sombra no menos terrible y amenazadora: conocí su vientre poderoso, en corta estatura, sus gafas ahumadas; oí el bélico ruído de su complicado armamento, el entrechocar de los aceros, el traqueteo de las cápsulas en las cartucheras; ví cómo blandía descomunal chafarote

y cómo, hundiéndolo en las entrañas del fabuloso mónstruo, libraba para siempre de él á Tarascón, devolviendo la tranquilidad y la calma á sus aterrados conciudadanos...

Cuando llegué á Niza, Tarascón, Tartarín y la Tarasca no eran para mí ni un recuerdo.

II

NIZA, MÓNACO Y MONTE-CARLO

Mucho y muy bueno se ha dicho de la *Corniche*, pero no tanto como este encantador país se merece. Realmente, es difícil encontrar otros lugares que, como los que componen el fondo del Golfo de Génova, reúnan tantas condiciones para hacer agradable y fácil la vida, alegres los pensamientos, tranquilo el ánimo. Desde Valencia á Livorno el ferrocarril recorre la costa mediterránea sin apartarse más que en trozos brevísimos del mágico litoral. Esto tenemos que agradecerles á los diversos señores ingenieros autores de las no menos diversas líneas, y también á los señores que disponen los cuadros de marcha de los trenes, pues, salvo la distancia que separa la frontera española de Port-Bou y Marsella, país este que se atraviesa de noche y que no es el más bello ni mucho menos, el resto del trayecto, ya por España, ya por la Corniche francesa, ya por pleno territorio italiano, se hace con una rapidez que de

todo tiene menos de vertiginosa: hay en Italia ciertos trenes mixtos que nada tienen que envidiar á nuestros clásicos *botijos*, que salen cuando les dá la gana, se paran en donde les parece, llegan cuando ya uno menos se lo piensa, y en los cuales reina, en una palabra, el más pintoresco desorden. Pero esto, que en las áridas llanuras de Castilla es un grave inconveniente, puesto que el paisaje no convida á la contemplación, en *la Riviera* es ventaja y muy grande. Lo bonito empieza en Antibes, un poco para allá de Tolón, y minutos después, cuando amanece, se llega á Niza.

Los ingleses y los rusos son quienes han descubierto á Niza. Por los dedos se cuentan los italianos (á pesar de estar Italia á un paso) y los españoles (y eso que España no está lejos), que frecuentan la ciudad de invernada. En cuanto á los franceses, sólo algunos *ultrachic* caen por aquellos andurriales, pero por muy pequeñas temporadas, pues las épocas elegantes de París y de Niza son las mismas, y es muy duro abandonar la *Villa-Luz* cuando más refulgente se halla. Se comprende que los londinenses y los moscovitas, hartos de sus brumas y sus nieves, sientan la nostalgia del sol siempre rutilante, del cielo siempre límpido, del mar siempre azul. El invierno de Niza es maravilloso: las delicadas *miss* saltan y triscan por los espléndidos paseos con trajecitos de verano de vivos colores, sintiendo correr por las venas sangre nueva, ardiente y joven. Así, la población flotante es enorme: cerca de 100.000 habitantes tiene la vi-

lla en verano y cerca de 50.000 más en invierno.

Niza es, como Génova, una ciudad de mármol: las magníficas canteras de los alrededores la proveen abundantemente de la rica caliza; y el conjunto, si bien pierde la grandiosa severidad del granito, gana la alegría, el aspecto coquetón y gracioso de las construcciones italianas. Y es que Niza es más de Italia que de Francia: capital de un condado ambicionadísimo, tan pronto dependía de los reyes de Aragón como de los duques de Saboya, hasta que éstos, hacia fines del siglo xiv, consolidaron su dominio; rápidamente franceses y berberiscos unidos la ocuparon en 1543, y más rápidamente aún fueron expulsados. Una vez todavía fue española, en tiempo de Carlos I, y, deseada siempre por Francia y poseída por los sardos con los temores y angustias que la ambición de su poderosa vecina había de inspirarles, cayó por fin en las garras de Napoleón III en 1869. Francia respetó, sin embargo, un Estado minúsculo, una especie de Andorra ó de San Marino, el Principado de Mónaco, de que luego hablaré.

Se comprenden las luchas sostenidas por la posesión de este pedazo del Paraíso. Los naranjos y las palmeras *componen* en la Riviera de un modo más artístico aún que en Valencia, donde las extensas llanadas pecan un poco de monotonía africana. La Riviera no: en pendiente accidentada desde el mar al interior, los rincones pintorescos, lo abrupto y lo fértil se disputan el terreno: á través de los naranjos en flor se vislumbran algunas nevadas cumbres

circundadas de espesos bosques de espléndidas coníferas. Además, en esta privilegiada región sin nubes, al lado de este mar sereno, desprovisto siempre de los trágicos furores de nuestro Cantábrico, la mano del hombre ha hecho mucho y muy bueno; la campiña está esmaltada de casitas de campo, blancas como palomas, de *cottages* de estilo inglés, con amplios *halls* y fachadas cubiertas de enredaderas, de *chateaux* de esbeltas torrecillas y agudos techos de pizarra; los caminos serpentean, se cruzan, se separan para volver á reunirse, buscando siempre los lugares más amenos, las sombras más frondosas. Si no fuese por ciertos hórridos anuncios del chocolate Louis y del dentrífico de los Padres Benedictinos, de *gauffrettes* y de licores, que, en forma de cartelones sostenidos por dos palos, hacen centinela todo á lo largo de la vía, ningún detalle disonante molestaría la atención al admirar el encantador panorama. Pero Francia quiere quitarle á los Estados Unidos la exclusiva del reclamo, y hace bien, pues así es rica; el que á los viajeros no nos guste la cosa, no es razón para suprimirla.

De Niza á Mónaco es un paso: el viaje más bonito es el que se hace en coche, por la mágica carretera de la Corniche, que no se separa un punto del mar, que tan pronto sigue sus playas como se eleva á pico sobre sus rocas, que atraviesa túneles y salva despeñaderos; es imposible figurarse nada comparable con una puesta del sol en aquel camino, cuando los montes toman un tinte azul opalino y el mar se in-

flama con los últimos resplandores del día. La majestuosa calma del agua se transmite á la tierra y el caminante siente la suave melancolía del paisaje, tan alegre horas antes. De repente, aparecen las dos ciudades hermanas, Mónaco la vieja en su promontorio que entra atrevido en el mar, Monte-Carlo la joven, extendida en tierra, como protegida por su hermana mayor, blanca y risueña, surmontada por su espléndido Casino y coronada por sus magníficos hoteles.

En Mónaco reside el príncipe cuando se le ocurre, por rara casualidad, vivir unos días en sus Estados. Generalmente el modesto soberano viaja por mar en su yate *Princesa Alicia*, gravemente ocupado en profundos estudios científicos. Alberto Honorio Carlos Goyon de Matignón-Grimaldi, príncipe de Mónaco, duque de Valentinois, es pura y simplemente el representante de una de las más ilustres Casas francesas; poseedora ésta del señorío de Mónaco, logró salvarlo de las múltiples peripecias que sufrieron los grandes feudos hasta su extinción, y hoy, claro, se la considera soberana. Y que es de lo más granado, no puede dudarse, aunque no compite con las de Rochefoucauld, Rohan, Montmorency, Luynes, Crillon, Gramont, etcétera, en gloriosa antigüedad: el príncipe de Mónaco, además de duque de Valentinois, es duque de Estouteville, de Mazarino, de la Meilleraye y de Mayena, príncipe de Château-Portien, conde de Belfort y otra multitud de veces marqués, conde, barón y señor. Y véase cómo

el descendiente de aquella duquesa de Valen-
tinois que es fama que enamoró á nuestro gran
Carlos I y de cuya sortija se hizo dueña por opi-
nar el galante César que habiéndola tocado ma-
no tan bella como la de aquella, no podía volver
decorosamente á la que empuñó la espada ven-
cedora en todo el mundo, desciende también del
famoso Mazarino, aquel sagaz político que pre-
sidió la regencia de Luis XIV, y del duque de
Mayena, que con el de Guisa y el de Beaufort
y el gran Prior de Vendoma se disputó el honor
de hostilizar al cardenal ministro. ¡Qué vueltas da
el mundo! ¡Si los Giusas de la Fronda volviesen y
se encontrasen con que uno de sus más precla-
ros títulos lo lleva el descendiente de la intri-
gante sobrinita del *ilustrísimo pillastre Maza-
rino de Piscina*, como le llamaba Francisco de
Vendoma, duque de Beaufort y nieto de Enri-
que IV!

El duque de Beaufort era muy guapo, muy
valiente, muy caballeresco y muy popular: tan
popular era que se le conocía por el dictado
de "El Rey de los Mercados". Pero era tal su
falta de instrucción, que hacía oscurecer tan re-
levantes dotes. Mazarino, que era feo, pusiláni-
me, poco de fiar y al cual nadie podía ver ni en
pintura, sabía muchísimo y triunfó de su rival.
El resultado fue que metió á Beaufort en el cas-
tillo de Vincennes y lo tuvo allí unos cuantos
añitos que se pasaron ambos enemigos en dar-
se disgustos mutuamente. Beaufort en intentar
escaparse todas las semanas y en jurar todos
los días veinte veces que había de hacer picadi-

llo con los hígados del ilustrísimo pillastre y que le había de estirar las orejas hasta un tamaño inverosímil, y Mazarino en prodigarle atenciones cariñosas por el estilo de la de hacer plantar en el paseo habitual del augusto prisionero arbolitos de una cuarta, con orden de decir á éste, si preguntaba qué objeto tenían las tales plantaciones, que el de darle sombra cuando se pasease por allí mismo veinte años después. Estas solicitudes por parte del cardenal tenían el privilegio de poner fuera de sí al duque y de hacerle prorrumpir en nuevas invectivas, excitando su imaginación á la rebusca de suplicios no usados hasta el día y á los cuales había de someter á su carcelero. Mazarino tenía mucho miedo; así es que cuando Beaufort, ayudado por una dama que le amaba, logró por fin escaparse, por poco se muere del susto. Pero libró de este peligro, así como también del de las operaciones culinarias que con sus redaños pensaba efectuar Francisco de Vendoma, para morir poco después de la gota, dejando á Luis XIV, como último y supremo servicio, el consejo de que jamás tuviese primer ministro.

A su descendiente el príncipe actual de Mónaco le acusa todo el mundo porque el juego es oficial en sus Estados y porque de él saca la más saneada y pingüe parte de sus ingresos. Se habla mucho de la inmoralidad hecha institución de gobierno, del vicio descarado, y todos los países se escandalizan hipócritamente. En primer lugar, falta saber si el juego es inmoral en sí: yo creo que es perjudicialísimo porque es

muy caro y porque arrastra y apasiona y aparta de otros cuidados: nada más. Pero hay otra cosa: en todos los países se juega y en España juega el Estado con la lotería llevando una ventaja verdaderamente inmoralísima, haciendo fuente de ingresos del afán de enriquecerse sin trabajar, ni más ni menos que como hace el príncipe de Mónaco. Digo que en todas partes se juega lo mismo que en Monte-Carlo, y los Gobiernos lo saben y lo toleran y legislan en contra y obran en pró. De manera que lo de Mónaco me parece que lleva la ventaja de lo franco, y lo del resto del mundo civilizado el inconveniente del fariseísmo. Y la verdad es que el casino monesgásico es magnífico. Dominando desde su terraza un espléndido panorama, con su construcción ligera, elegante, un poco *oficial* tal vez y por lo tanto abundante en dorados y molduras, el casino que atrae á todos los ricos desocupados de Inglaterra y de Rusia ocupa el primer puesto entre todos los casinos del mundo.

Otro día diré algo más de aquellos esplendores y de la complicada administración de la timba de Su Alteza Alberto Honorio Carlos.

III

EL CASINO DE MONTE-CARLO

Una ventaja inmensa tiene el Principado de los Goyon-de-Matignón sobre los demás Estados europeos: el que más y el que menos de éstos, en cuanto tiene un par de milloncitos de habitantes, se cree ya asistido del derecho de fastidiar en sus puertas al viajero con registros de equipajes, bajo el especioso pretexto de proteger la industria nacional é impedir el libre ejercicio de la honrosa profesión de contrabandista. En Mónaco no se nota la entrada, y á no ser porque el gendarme imprescindible de la Estación usa, en vez de tricornio ó teresiana, sombrero apuntado, y anclas en vez de bombas en el uniforme, aún nos creeríamos en plena república cuando en realidad estamos en plena monarquía. Y es que Mónaco, poseyendo una sola libertad, la libertad de la timba, es el pueblo más feliz del mundo porque se ha dejado de teorías y ha acudido, en busca de instituciones libres, á la práctica. Y obteniendo de este modo

los recursos necesarios para cubrir su presupuesto de gastos, para nada le hace falta el impuesto de Aduanas, sin el que las otras naciones no pueden pasarse.

En efecto, en Monte-Carlo todo vive de la timba. El Príncipe tiene un palacio, una pequeña escolta, un yate y unos cientos de miles de francos que gastar al año, gracias á la timba; los gendarmes se pagan (ó se los pagan, en esto no estoy muy seguro) sus sombreros apuntados y sus anclas, gracias á la timba; hay alumbrado y policía urbana, por la timba; hay soberbios paseos, jardines deliciosos, grandes hoteles, fiestas divertidísimas, magníficas carreras de caballos, interesantísimas regatas, porque hay timba; y más aún, hay ciencia, ciencia moderna que se presenta al público en Congresos que allí se reúnen; y las subvenciones y los gastos todos de esta ciencia salen de los ceros de la ruleta.

No se crea con esto que Mónaco es cosa de poco más ó menos: á primera vista parece que un país que se alimenta única y exclusivamente del juego debe tener muy poca importancia. Error craso: Mónaco tiene veintiún y medio kilómetros cuadrados y diez y seis mil habitantes, sin contar los viajeros, que son más del doble. Tiene, además del Príncipe, un obispo, un gobernador general, un secretario de Estado, un consejo de ídem y un Tribunal Supremo. Y el Príncipe tiene á su vez muy bien montada su casa: el obispo es gran limosnero y el coronel conde de Orémieulx primer ayudante de Campo;

luego hay gentiles hombres, ayudantes, consejeros privados, conservador de las colecciones científicas y conservador del archivo del palacio; y la princesa tiene sus damas, y todos ellos juntos tienen una Orden, la Orden de Carlos III, con grandes collares, grandes cruces, cruces sencillas y encomiendas.

Nuestro insigne Cánovas poseía el gran collar. Un día estaba, muy apurado, trabajando en la presidencia del Consejo. De repente le anunciaron que la embajada extraordinaria de Mónaco, que había venido á imponerle el dicho collar (porque allí se las gastan de este modo), quería que le diese un papelito comprometiéndose á devolver á su muerte las insignias. Cánovas, que tenía su más alta distinción dentro del cráneo, hacía muy poco caso de las condecoraciones, y entre esto y la prisa por despachar su trabajo, encontró muy impertinentes á los pobres embajadores. "¡Que se lleven el collar ahora mismo! —gritó.—¡Al fin y al cabo no me lo he de poner!" Claro está que los monesgásicos no se llevaron la joya; pero tampoco consiguieron el papelito:

Lo primero que debe hacer el turista que llega á Mónaco es lavarse: esto no está de más ni aun allí donde hay tantas cosas bonitas que ver y tanta prisa por verlas. El agua fría despeja la inteligencia, y quién sabe si con el intelecto bien claro se puede inventar una combinación que fije definitivamente el caprichoso rodar de la bolita de la ruleta. Una vez lavado, debe procurarse una tarjeta de entrada al

casino, cosa bien fácil, pues en todos los hoteles se despachan, sin contar con que aquel mismo establecimiento las da sin dificultad ninguna. He aquí otra ventaja más del lavatorio preliminar: si el viajero se presenta con barbas de tres días, uñas de luto y dientes verdosos, traje en desorden y sombrero apabullado, es posible que lo tomen por persona poco recomendable y que le nieguen la entrada.

Ya feliz poseedor de su tarjeta, si es por la mañana debe irse á la terraza á tomar un vaso de leche admirando el encantador panorama de las palmeras en primer término; luego y en suave declive la pintoresca ciudad, después el promontorio de Mónaco con su bahía llena de yatecillos y por fin el Mediterráneo tranquilo siempre; si pasa de la una de la tarde, que se deje de panoramas y entre en el soberbio edificio.

En el amplísimo vestíbulo, lleno de mármoles, frescos y dorados, tal vez un poco *parvenu* como lo es en definitiva todo el resto, pero de una riqueza y una magnificencia indudables, verá el afanoso ir y venir de los múltiples empleados de la casa, de los agentes de los grandes bancos del mundo dispuestos á recoger las ganancias de los afortunados, de los inventores de martingalas absolutamente infalibles que tienen el admirable desinterés de venderlas por unos cuantos francos y de no ponerlas en práctica por cuenta propia. En cambio, no notará á otros personajes que le observarán á él perfectamente y más aún si sale que si entra; los

agentes de policía del establecimiento, encargados de dos servicios, el de vigilancia de los infinitos carteristas, *pick pockets*, estafadores de alto y bajo coturno que por allí pupulan (ya en la Estación lo primero que se ve es un letreiro invitando á desconfiar de todo bicho viviente), y el de custodia de los que ganan y sobre todo de los que pierden.

A los primeros se les guarda contra los mil pájaros y pájaras de cuenta que ven los luises á través de los cuerpos opacos, y á los segundos contra los intempestivos suicidios que pueden turbar la descuidada alegría de aquellos parajes.

Todo jugador es supersticioso; Rodríguez Correa creía que para tener suerte era preciso llevar un cangrejo vivo en el bolsillo y sentir su escarabajeo: en cuanto el crustáceo fallecía, venía la contraria. Así es que en Monte-Carlo hay mil y pico de cosas que traen la buena y la mala. Hay sillas cuyo ocupante está seguro de ganar siempre, otras que tienen diversos contingentes de suicidios, y otras mixtas, es decir, en las cuales se gana hasta tanto, luego se pierde hasta cuanto y por último se queda en tal cantidad. Al que truena por completo, la Administración le da una suma proporcional á su pérdida, le impide volver á poner allí los pies y le despacha para su pueblo, donde puede matarse con más comodidad.

En la ruleta, el minimum al pleno es de cinco francos y de veinte en el treinta y cuarenta. De modo que en estas últimas mesas no se ven más

que oro y billetes alternando con las pérfidas y falaces fichas que son el diablo: es difícil conservar la serenidad suficiente para dar á los pedacitos de marfil y de nácar el valor que realmente tienen; con ellas (y sin ellas también, pero en fin, más con ellas) es sencillísimo el quedarse por puertas á las primeras de cambio.

Los psicólogos debían irse en colectividad á Monte-Carlo y fundar allí un Congreso científico de esos que dije antes que se nutrían de los ceros; pero un Congreso de sesiones prácticas, de pura observación en todas y cada una de las mesas de juego. Y es que allí es donde la mujer y el hombre presentan su modo de ser interior más al desnudo y donde los diversos caracteres alcanzan su máximum de intensidad correspondiente. El público de las ruletas y del treinta y cuarenta es el público más abigarrado de Europa; á pesar de que los ingleses forman la mayoría de la colonia extranjera, en las timbas están generalmente en minoría: apenas si se ve uno de esos tipos clásicamente británicos, no el tipo de las zarzuelas, ese inglés largo, rígido, cubierto por blanco *salacó* con flotante tul verde, envuelto en inmenso *paletot* de cuadros, con cartera al costado, enormes patillas rubias y monumental corbata escocesa: ese inglés no lo hay ni en Inglaterra. No, el inglés auténtico no es rubio, sino castaño; no tiene patillas, sino bigote cerdoso y al natural, que le cubre los labios; no usa *salacó*, sino *casquette* de paño; calza enormes botas de tres suelas y punta cuadrada con cordones de cuero y siem-

pre escrupulosamente embetunadas; en vez de *paletot* viste la corriente americana de rico paño, un poco rara de forma, pero amplia y cómoda. Lleva el cuello de la camisa alto y planchado, la corbata roja y estrecha, y fuma en pipa corta de cerezo tabaco del Maryland; madruga, pasea, rema, nada aun en invierno, habla con su *fox-terrier* cinco palabras al día y bebe por las mañanas, á eso de las once, un whisky-soda. El inglés éste no confía nada á la suerte: seguro de su fuerza nacional é individual, el azar para él no existe; no es fatalista, porque el fatalismo supone la existencia del destino, de *lo que está escrito*, y el inglés no cree en esa potencia superior á él: lo que á él le dé la gana puede que esté escrito, pero otra cosa no. Por eso no juega, á no ser cuando una linda y descocada parisiense le sorbe el seso, y aun entonces es ella la que juega, pero con dinero de él.

En cambio, los rusos juegan, y mucho, con la pasiva indiferencia propia de su raza, indiferentes al ganar, indiferentes al perder, indiferentes y pasivos al pegarse un tiro ó al despeñarse desde cualquier esquina de la carretera de *la Corniche*.

Después de éstos, el mayor contingente lo dan las señoras del *demi monde*, que, como tiran con pólvora ajena, se juegan los miles de francos sin alterar la loca sonrisa que baila en sus labios pintados; también juegan otras señoras, las de mundo, las que ó cumplen sus deberes ó no hacen profesión de no cumplirlos; éstas, un poquitito estiradas y displicentes

al verse mezcladas con las otras, les dirigen miradas ceñudas y breves al través de sus impertinentes, estudian disimuladamente sus *toilettes* para luego copiarlas purgadas de lo muy llamativo, y, serias y altivas, manejan los luises con manos blancas, largas y delgadas, cubiertas de sortijas. La *demi mondaine* ríe, grita, se mueve, perfuma el ambiente y procura llamar la atención; la *mondaine* no pierde su empaque aristocrático y desdeñoso, vigilando á los maridos que, de vez en cuando, suelen dirigir rápidamente el monóculo á lugares prohibidos.

Los primeros días del mes, cae en Monte-Carlo una nube de oficiales de los de las guarniciones de Niza, Tolón y aun Marsella; por regla general, al otro día se vuelven á beber tristemente ajeno durante el resto del mes; pero el que acierta unos cuantos golpes de cien francos, triunfa cuarenta y ocho horas más para luego reunirse con sus compañeros ante el mismo humilde brevaje.

Vienen luego dos categorías próximamente iguales en número: la de los hijos de familia que dan su primer vuelo y la de los jugadores de sangre, los que buscan el vicio por el vicio.

La primera se renueva casi diariamente, aunque las diversas hornadas son tan semejantes que siempre parecen la misma; imberbes, largos, delgados, tímidos en el mirar, en el moverse, en el colocar las posturas, en el cobrar las ganancias, las alas tienen en ellos tan poca fuerza que pronto dan en tierra; de ahí la renovación frecuentísima. Si ganan, se ruborizan;

si pierden, se ponen lívidos; si las *cocottes* los miran con sonrisa provocadora y compasiva á la vez, creen morir de repente.

La segunda categoría, ni ve á las demás; para ella, lo mismo es jugar en aquellos magníficos salones que en la más infecta chirlata, porque la vida entera se reconcentra en el azar y lo exterior no tiene importancia alguna: pálidos, nerviosos, desmelenados, la fiebre, no la fiebre del juego, sino la física, la patológica, les sostiene ficticiamente hasta que les mata, si no se adelantan á ella ó el plomo de los revólvers ó las peñas de la costa. Estos se pasan las horas de la madrugada calculando combinaciones imposibles, estudiando estadísticas de los números que se dan y de los que no se dan; duermen, con sueño agitado, durante la mañana, comen pensando en otra cosa y son los primeros en sentarse ante la mesa preferida, los últimos en levantarse y los más supersticiosos, los que no resisten la presencia del que creen *gaffeur* y ansían la del que juzgan *porte-bonheur*.

Y por último, vienen los transeuntes, los que van á Italia y se detienen unos días y creen que no cumplen su misión si no arriesgan unos francos, generalmente muy pocos, á lo más sencillo, á color y contracolor. Y en medio de toda esta numerosa y cosmopolita concurrencia circulan, atareados é impasibles, los múltiples dependientes de la complicada administración, desde el director de la explotación, personaje importantísimo, con sueldo de ministro

y poder absoluto, á los hujieres de correctísima librea, pasando por la turba de *croupiers*, pagadores, niveladores, conserjes, subdirectores é inspectores.

Y así es como en el seno de Francia y en las fronteras de Italia la necesidad del juego, sin que los grandes Estados recojan la responsabilidad de su permiso oficial, mantiene un país independiente, rico, hermoso y feliz, porque el dinero flotante de toda Europa viene tranquilamente á caer en sus cajas.....

¡A Italia! Allá á lo lejos se vislumbran sus montañas, se distingue ya el país soñado, el país de la belleza y del arte, la cuna de nuestra historia. Unos minutos más de viaje y, recorriendo siempre el mismo territorio privilegiado, teniendo siempre á nuestra izquierda los montes de naranjos y pinos de eterna verdura y á la derecha el mar-espejo, estamos en Ventimiglia.

IV

DE VENTIMIGLIA Á GÉNOVA

En honor de la verdad, hay que decir que la frontera de Italia no es de las más molestas; y ya que empecé el capítulo anterior ponderando las excelencias de Mónaco, país que carece de Aduanas, empezaré éste diciendo que Italia, aunque todavía no alcanzó el grado de adelanto de que en este punto disfruta su modesto vecino, va camino de él, pues el recibimiento que se hace á los viajeros en sus puertas no puede ser más cariñoso.

Por de pronto, ya es simpático el uniforme de los aduaneros: pantalón gris claro, guerrera azul con ligeros vivos amarillos y una especie de sombrero hongo adornado por una sola pluma muy tiesa. Luego, estos interesantes funcionarios no se creen, como en otras partes, en la obligación de ser despóticos y groseros con los viandantes. No por eso cumplen peor con su deber, pues parece que huelen los cigarros; para pasar unos pocos es preciso tener: prime-

ro, mucha sangre fría; segundo, un gabán amplio y largo; tercero, una faja catalana, y cuarto, que haga frío; reunidos todos estos elementos, con más los cigarros, naturalmente, pues si faltan éstos huelga todo lo demás, se van colocando encima del torax convenientemente distribuídos los mazos; en seguida se sujetan con la faja, ciñendo ésta al cuerpo por encima de aquéllos; el todo se recubre con el gabán, cuyo cuello se sube; el frío es preciso para justificar el uso de la prenda supradicha y la sangre fría para acercarse tranquilo al aduanero mientras éste practica el registro del equipaje y para, luego, preguntarle dónde se vende tabaco italiano. Al que no tenga tabaco habano, ni gabán, ni faja, ni sangre fría y viaje en época de calor, le aconsejo que no fume los productos de la *Regia*, especie de compañía arrendataria encargada de envenenar á nuestros hermanos trasalpinos; los cigarros más caros son los *minghetti* y cuestan 18 céntimos: por fuera parecen regulares, pero por dentro son pólvora con mucho humo; luego hay unos tales *celti romani*, unos *toscani*, unos *napolitani* y unos *cavour* que el Dante no conoció cuando escribía la Divina Comedia, que si llega á conocerlos los pone entre las diversiones del Infierno. Pero lo mejor son los *virginia*; su elaboración es sencillísima: se coge una paja larga y gruesa y en seguida se arrolla en espiral en todo su largo una hoja de tabaco; se pega con un punto de goma en las esquinas, y ya no hay más que hacer que venderlas en los estancos; claro está que fuera

de aquel privilegiado país no hay cristiano en el resto de la creación capaz de fumar tal artefacto. En cambio de estos horrores de los cigarrillos, por todos lados se encuentran excelentes, deliciosos cigarrillos turcos, mejor dicho, egipcios. Y, consuélase el español que vaya á Italia; el tabaco habano, el legítimo cigarro de la Vuelta Abajo, abunda y no es más caro de lo que lo es hoy en España.

Ventimiglia es una villita muy mona, muy blanca, muy alegre y muy templada, como todas las de la deliciosa *Riviera*. Fuera de eso, poco que ver, como no sean algunos restos romanos: las columnas de una iglesia tienen inscripciones curiosas. En Ventimiglia moría la *via Aureliana* nacida en Roma. Aún quedan de ella, como de todos los caminos hechos en aquel tiempo con la solidez característica de la época, importantes vestigios, y en Bordighera, otra encantadora aldeilla, se halla hoy la *via* convertida en hermoso *boulevard*.

Las estaciones invernales se suceden á cada instante, no menos bellas que sus hermanas de Francia y Mónaco. En Ospedaletti, desde el tren, se distingue la creada á fuerza de dinero por la Sociedad Hipotecaria Ligúrica. San Remo, ciudad ya de cierta importancia, tal vez la de clima más suave de toda la *contrée*, con soberbios hoteles y paseos; en San Remo agonizó aquel desgraciado Emperador Federico III de Alemania, el *Kronprinz* tan amado, el vencedor de Fröeschwiller. Siguen Porto Maurizio,

Onégliá, Alassio y Albenga, la *Albigaunum* de los romanos, ciudad rodeada de castillos viejos de viejas familias nobles, ilustre en tiempo de Augusto, ilustre en la Edad Media y hoy reducida á la nada. Savona, á la cual se llega poco después y que era, antes, mucho menos que Albenga, tiene hoy cerca de treinta mil habitantes; aquí nacieron dos papas: Sixto IV y Julio II, Francisco y Julián de la Rovere. El primero debía de ser muy conocido en España, pues que fue quien, dándole el golpe de gracia á la Beltraneja, al anular la dispensa concedida al Rey de Portugal para casarse con ella, aseguró en el trono á Isabel la Católica. Enemigo mortal de los Médicis y de los Colonnas, les hizo cruda guerra; los primeros azuzaron contra él al Obispo de Arezzo, inspirándole un acta de acusación tremebunda. Una gloria colossal tiene Sixto IV: á él se debe la Capilla Sixtina. Julio II era muy guerrero: en una ocasión las tres cuartas partes de los grandes señores de Italia se coaligaron contra él; la cosa llegó á estar muy apurada y los aliados avanzaban sobre Roma sin hacer gran caso de las excomuniones que el Pontífice fulminaba para detenerlos. Pero Julio no se arredra: reúne sus huestes, sale al encuentro del enemigo y, arrojando al Tíber dos llaves, dice: "Pues que no me valen nada las llaves de San Pedro, las arrojo y tomo la espada de San Pablo." En efecto, tanto y tan á conciencia manejó ésta, que consiguió completa victoria.

Es lástima que á los túneles les dé por

estar siempre en los caminos más pintorescos. Tamaña terquedad hace que en todo este trayecto, cuando más complacido está el viajero admirando los primores del paisaje, se encuentre de repente mascando carbón. Son innumerables, y menos mal que no son muy largos. En medio de una serie inacabable se pasa por Cogoleto, una de las cincuenta y pico ciudades natales de Cristóbal Colón; si el pobre viviese ahora, se armaría tal lío con las unas y las otras, que acabaría por no saber él mismo en donde había nacido. De manera que es mejor que esté muerto, además de la razón anterior, por la de que lo harían ministro de Marina y puede que fuese capaz de descubrirnos otras Américas que nos diesen el resultado de las pasadas. Más túneles, y entramos ya en la extensa rada de Génova. Sestri-Ponente: aquí están los famosos astilleros de Ansaldo, los que construyeron nuestro pobre crucero, el llamado como el nacido en Cogoleto, el que, desarmado, privado de su artillería gruesa, cayó gloriosamente en Santiago de Cuba. Desde el tren no se ve nada de los astilleros, á pesar de que los separan cinco metros de la vía; pero los han adornado con unos enormes paredones, y esto y un poco de humo por encima, es todo lo que alcanza á columbrar el curioso viajero.

Génova la grande se disputa con Cogoleto el pequeño: también ella pretende que Colón nació dentro de sus muros, y, como es rica, le ha hecho una estatua, mientras que Cogoleto tuvo que contentarse con poner en la casa á la

cual le cuelgan el suceso catorce ó quince inscripciones. Lo peor es que el pobre Cogoleto estaba muy tranquilo en posesión de su paternidad indisputada, cuando empezaron á salir sabios por todos los rincones y cada uno con la prueba irrecusable en el bolsillo de que Colón había nacido en donde le parecía bien á él. Cogoleto primero se rió, después empezó á entrar en cuidado; por último, sacó á relucir sus sabios correspondientes; se abrió el fuego de papелotes, pergaminos, citas y confrontaciones; á consecuencia de él surgieron nuevas localidades que aspiraban al honor de haber escuchado el primer vagido del ilustre navegante, y nuevos sabios formidablemente pertrechados. La batalla fué tan terrible que aún dura, y lo que durará. Dos conspicuos profesores, un cogoletista furioso y un genovesista desatado, vinieron á las manos y se golpearon atrocmente las respetables calvas, con grave escándalo de la Facultad. Creo que nosotros debemos permanecer prudentemente neutrales. Así es que yo me contento con admirar la estatua que se eleva frente por frente á la Estación en la *Piazza Acquavede*, y que dice: "A Cristóforo Colombo, la Patria".

Esta estatua, muy bella por cierto, es lo primero que se encuentra el viajero al llegar á Génova, cosa muy natural, puesto que está enfrente de la Estación. Pero al pie de ella aparece otro objeto igualmente notable y digno de ser admirado, otra especie de estatua negra, así como la del descubridor es blanca: un mu-

nicipal. Personalmente, tiene poco que ver el tal celoso guardador del orden; pero en cuanto á su indumentaria, ya es distinto. En España, ha luengos años que desaparecieron los tricornos que antes adornaban los occipucios de los dependientes del Municipio para dejar el puesto á kepis y teresianas de diversas formas, de modo que los uniformes de aquéllos suelen no tener más de particular que muchas manchas; en San Sebastián se han *londonizado*, y adoptaron el casco de cuero y la guerrera obscura de los *policemen*. Esto mismo sucede en casi todas las ciudades de Italia, y por cierto que á la romántica Plaza de San Marcos, de Venecia, le sientan estos adornos como á un Cristo un par de pistolas. Los de Roma tienen aspecto muy militar, con enormes tricornos, adornados por gigantesco plumacho de múltiples colorines. Pero los de Génova son unos municipales como no hay otros, unos municipales *sui-géneris*: municipales de luto.

La cabeza reina sobre el cuerpo: por consiguiente, debe dársele el lugar de honor y hablar de ella antes que de nada. La cabeza de los municipales genoveses se exorna con un sombrero de copa de hule negro cubierto por gasa de paño en los cuatro quintos de su altura y con ala estrecha y abarquillada. El cuerpo se cubre con largo levitón negro, abrochado en la misma nuez por medio de botones, también negros, del diámetro de un duro. El pantalón, negro, como es consiguiente. Sin embargo, hay una cosa blanca, los guantes, y una de color, el bas-

tón; pero las borlas de éste son negras. El bastón es, á la par que el distintivo de su autoridad, la única arma del municipal; pero al que le sacudan un linternazo con él, debe de bastarle, porque tiene metro y medio de largo y termina en brillante cachiporra de latón. Con esta severísima *toilette*, especie de toga abotonada, los agentes se pasean lenta y majestuosamente, dirigen miradas olímpicas al transeunte y contestan á las preguntas del extranjero con una cortesía protectora completamente lusitana.

Y ahora que conocemos al que ha de velar por nuestra tranquilidad mientras permanezcamos en Génova, vámonos al hermoso teatro de Carlo Felice á escuchar "Iris", la última producción del maestro Mascagni.

V

MACARRONES Á LA ITALIANA

Vinos y Comidas.

Como fué Génova la primera población de importancia en la que pisé tierra italiana, naturalmente, en Génova fué donde quise probar los macarrones, pero los macarrones de verdad, los que dicen que no se comen más que allende los Alpes. Todos los pueblos tienen, como distintivos de su nacionalidad, dos cosas: una bandera y un plato. Algunos países tienen varias de aquellas pequeñas y varios de estos pequeños, sobre todo en esta época en la que la descentralización alcanza por igual al Estado y á la cocina, pero siempre subordinados á una y á uno grandes, intangibles, á cubierto de las discusiones, por encima de las miserias de la vida interior. Por ejemplo: en Galicia comemos el caldo de *grellos*, perfectamente desconocido del resto de España, y en Valencia tienen la paella, y en Andalucía el gazpacho, y en Castilla las migas carreteras, y en la Mancha

el pisto; pero sobre todos está el cocido nacional, el rojo y gualdo cocido, institución que vivirá lo que España, cuya supremacía no ponen en tela de juicio ni los bizcaitarras más acérrimos, ni los más intratables catalanistas.

Nadie vaya á Inglaterra que no coma *roats-beef*, á Alemania embutido con coles, á Rusia *schitchi*, al Japón nidos de golondrinas, á China aletas de tiburón, á Rumania *pilaf*, á Marruecos alcuzcuz. En Francia son eclécticos: tienen una cocina compleja, científica, con arreglo á leyes tan fijas y precisas como la de la gravitación universal; y en París, ciudad cosmopolita, van más lejos aún: se asimilan todo lo bueno de las demás naciones.

Pero así como Horacio sólo se puede leer en latín, Shakspeare en inglés, Goethe en alemán, Camoens en portugués, Ariosto en italiano, Racine en francés y Cervantes en castellano, la traducción del cocido pierde mucho: los platos se identifican con sus países, adquieren su propia idiosincrasia, se hacen inseparables mutuamente, y así es que el cocido en París, aunque se confeccione con los elementos de autenticidad más indisputable, no sabe á cocido.

Me parecía á mí que al comer los macarrones rendía un ferviente y respetuoso saludo á la noble tierra que me recibía en su seno; era algo religioso, íntimo. Si no á sentarme al hogar del pueblo italiano, como Temístocles y Napoleón al del pueblo inglés, iba por lo menos á tomar asiento ante las mesas de sus hoteles, de manera que de ningún modo podía eximir-

me de sacrificar á los lares de la bella Península.

Así es que penetré, en la *trattoria* que elegí como templo, poseído del más profundo respeto. Lamenté amargamente el que ninguno de los grandes poetas italianos hubiese—¡oh ingratitude, ni los genios dejan de padecerte!—compuesto alguna inspirada oda, sentida endecha ó, por lo menos, modesta quintilla en loor de los macarrones, que, de haberlo hecho, me la hubiese aprendido de memoria para entrar recitándola en voz alta á manera de *Te Deum*.

Pero á falta de númenes ajenos, el mío propio hubo de soplarme una improvisación en la dulce lengua de Leopardi, que no puedo recomendar como modelo para ninguna preceptiva, pero que no carecía de cierta belleza circunstancial. Entré diciéndola y busqué una mesa para convertirla en altar de mis sacrificios.

La primera tenía una mancha de vino. “Una casualidad”—pensé, y fuíme en busca de otra mesa. Esta segunda tenía dos manchas, y la tercera tres; así es que renuncié á conocer la cuarta, volviéndome para la inicial, pensando que nunca segundas partes fueron buenas y que Mahoma recomienda que la hospitalidad se ejerza de modo que el caminante pueda sentarse ante la primera mesa que halle puesta; razón por la cual el piadoso y hospitalario patrón de la *Trattoria* no tenía más que una sola mancha en la primera de sus mesas, para mayor comodidad del viajero. Me senté, y adoptando una actitud recogida y digna á la vez, como la de quien

cumple un sagrado deber, dije con voz clara:

—¡Padrone!

El patrón acudió en seguida, y por cierto que su delantal debía de ser el mantel de la vigésima octava mesa.

En aquel momento tenía yo delante de mí al sumo sacerdote del culto del Macarrón. Así es que me consideré en el caso de dirigirle un reverente saludo con la mano.

Hecho esto, procuré hallar la pronunciación más trasalpina posible y emití la palabra sacramental:

—Maccaroni.

Y me quedé esperando el efecto.

El patrón no se movió.

—Vamos— me dije.— Este sumo sacerdote será genovés y no hablará más que el dialecto regional. Así es que puse la voz un poco más gorda:

—¡Maccaroni!

El patrón abrió mucho los ojos y la boca y enarcó las cejas: aunque no entiendo el genovés, comprendí que se asombraba.

—¿Maccaroni, signor?

—Sí, maccaroni.

—Nosotros no tenemos macarrones.

—¿Que no tienen ustedes macarrones?

—No tenemos macarrones.

Como el Dr. Paganell, empecé á sospechar si, en una distracción extraordinaria, habría ido á dar, en vez de á Italia, á la Cochinchina. Pero no, aquel hombre hablaba italiano... Pero en la Cochinchina podía haber un italiano... ¡Qué

susto! ¿Cómo era posible que en Italia no hubiese macarrones?

—¿De modo que en las *trattorias* no hay macarrones? ¿Dónde los hay entonces?

—En Nápoles.

—Pues me quedo sin macarrones, por lo menos en una temporada.

¡Adiós, sueño adorado! ¡Adiós, ilusión engañadora, al fin y al cabo como todas las ilusiones! ¡Adiós, saludo á Italia! Imposible ya cumplir el sagrado deber que me había impuesto. Pero, después de todo, la misma Italia se lo pierde, pues que debía de tener en todas sus puertas, en todas sus entradas, en todas sus comunicaciones con el extranjero, depósitos oficiales de macarrones á disposición del que llegase de fuera.

Me resigno á no comer el sabroso y apetecido plato. Lo malo es que la cocina italiana me ofrece muy escasas compensaciones. Sus platos carecen de carácter propio, á lo menos los que presentan en los hoteles, pues en vista de mi fracaso, renuncié á volver á entrar en las *trattorias*. El *riso con piselli* es una vulgarísima sopa de arroz con guisantes, y no merece el título glorioso de plato nacional que algunos quieren darle. El *úmido* y el *stufatino* no pasan de ser triviales estofados. Nada, que por ninguna parte aparece el manjar clásico. He aquí un argumento más en contra de la unidad italiana: una nación que no tiene plato peculiar, una nación que pretende ser la madre de los macarrones *al burro* (á la manteca) y *al*

pomidoro (con tomates) y que no los puede presentar más que en Nápoles, no merece ser nación.

En cambio, ¡qué variedad de vinos y de helados! La lista de éstos, en los buenos cafés, es enorme, porque en cuanto se les acaban las sustancias simples susceptibles de helarse las mezclan hasta el infinito entre sí. En cuanto á los vinos, los hay *rossos*, *biancos*, *asciuttos* (ágricos), *dolces* (dulces) y *nostrales* (del país): la Malvasía de Asti es espumosa como el champaña, y muy azucarada, como lo es también el *Lácrima Cristi*, que se recolecta en Nápoles.

Hay porción de vinos tintos de mesa, generalmente muy mal elaborados, llenos de tanino y de asperezas; el *Barolo* entre ellos y el *Chianti*, vino popular, colega de nuestro patriótico *peleón*, que se vende por todas partes encerrado en *fiascos* de prominente barriga y estrecho cuello, cubiertos de paja trenzada y con un tapón de lo mismo. El *Chianti* es baratísimo, ligerísimo, y, francamente, malísimo; lo cual no impide que allí guste mucho: cuando un ciudadano de la libre Italia juzga, en uso de su autonomía, oportuno privarse un poco, es de rigor que lo haga con *Chianti*. Pero, una de dos: ó bebe mucho ó tiene menos resistencia alcohólica que una cotorra, pues aquello ni es vino ni cosa parecida.

Pero el rey, el emperador y el papa de los vinos italianos, el que sería digno compañero de los macarrones, si éstos no fuesen un mito

sólo comparable al de Rómulo y Remo amantados por la loba, es el Marsala, el grande, el insigne, el inconmensurable Marsala. Dos son sus variedades, el *Trebbiano* y el *Catralto*, y yo no sé cuál es la mejor; aquí sí que la tan acreditada comparación del topacio fundido viene como anillo al dedo; aquí sí que las *Anacreónticas* tienen ancho campo en que esplayarse; aquí sí que me importaba tener la chispeante musa de Baltasar de Alcázar para decir, aplicándolo á este néctar delicioso:

Probemos lo del pichel
rico licor celestial.

¡Qué suavidad, qué color, qué aroma, qué fuerza tiene este eximio producto de las cepas trasalpinas! ¡Qué exuberancia de vida, qué riqueza! No es despreciable el Falerno, pero ningún paladar que se estime en algo puede ni compararlo siquiera con el Marsala, proclamado soberano indiscutible y absoluto, ante cuyo glorioso imperio es preciso rendirse y humillarse.

Y basta de vinos y comidas. Algo hay en Italia que, siendo alimento del alma, está por encima del alimento del cuerpo: el arte, el divino arte. Y no es Génova, ciudad comercial, quien, á pesar de esta calidad, se halla más desprovista de interesantísimos modelos que admirar.

VI

GÉNOVA—VISTA GENERAL—LAS ESTATUAS MODERNAS

El que quiera tener una idea clara y completa de cómo es Génova, que suba á Santa María in Carignano, bien en globo dirigible, bien en funicular, bien agarrándose con dientes y uñas á las anfractuosidades del terreno. Pero que no se haga la ilusión de que, una vez llegado á la puerta principal, remiendo que el siglo XVIII echó á la obra de fines del XVI, ha terminado su ascensión: aún le quedan ciento treinta escaloncitos, muy cómodos, es verdad, y muy soleados, pero escaloncitos al fin y al cabo.

Una vez en lo más alto, será conveniente que empiece por tomar aliento, respirando á pulmón abierto la fresca brisa con que el Mediterráneo, mar amable por excelencia, ha de gratificarle; y, una vez tranquilo y reposado ya, puede dirigir sus miradas alrededor, seguro de encontrar, á plomo, el puente Carignano, viaducto que pasa á treinta metros sobre la calle *Madre di Dio* y que termina en el mismo edifi-

cio de su nombre, y después el panorama completo de Génova la superba, de su puerto y de su mar; admirará la inestricable red de *vicos* (callejuelas) de sus barrios populosos y marineros, que serpentean, saltan, brincan, se esconden y vuelven á aparecer; verá las imponentes masas de los mil palacios que ennoblecen á la reina del Comercio, rodeadas del apiñado caserío de las habitaciones burguesas; distinguirá los sombríos tonos verdosos de los jardines públicos y privados que rompen la monotonía de las edificaciones, la blanca y esbelta silueta del faro sobre abrupta roca, las enormes moles del cuartel de San Benigno y del *Albergo dei poveri*, la constante animación de las mil naves que entran y salen, y por último, aún columbrará el ángulo del golfo en que muere *la Riviera*, y por encima de todo, un cielo sin una nube y un sol que arranca del mármol reflejos dorados; verá todo esto desde una de las esquinas de Génova, y luego puede ocupar unos minutos en dirigir un vistazo á la iglesia, hecha por Galeazzo Alessi,—arquitecto del cual se volverá á hablar varias veces—reduciendo el plano primitivo que de San Pedro en Roma ideara Bramante. Aún observará algunos cuadros de mérito, un Santo Entierro de Cambiaso, muy hermoso, entre ellos. Después, que se vuelva al puente, que lo atraviese sin pensar en el suicidio, y por último, arrepintiéndose con todo corazón de sus muchos pecados, que intente el descenso por la *strada San Agostino* y por la *Pollajuoli* hasta la Plaza *Nuova*, donde se encuentra el *Palazzo*

Ducale, en otros tiempos espléndida residencia de los dux y hoy oficinas de la ciudad, antes artística construcción del siglo XIII, y ahora, después de una reconstrucción del XVI y de un incendio, especie de fortaleza debida al ingenio de Rocco Pénnone, personaje que, por las trazas, más debía de servir para idear bastiones y contraescarpas que edificios en los cuales se rindiese culto á lo bello. Una torre se salvó únicamente de la destrucción y de las antiestéticas redificaciones, y la pobre debe de estar muy aburrida de la compañía que le han encajado.

Detrás de este palacio y en la plaza Derrerari, asomándose ya á la Via Giulia, la consabida estatua de Garibaldi. A propósito de esto, sépase de una vez para todas, que una ciudad italiana no puede considerarse tal ciudad si no reúne cinco cosas, que son: 1.^a, una plaza del Estatuto; 2.^a, una *via* ó un *corso Vittorio Emanuele*; 3.^a, un *corso* ó una *via Garibaldi*; 4.^a, una estatua de Garibaldi; 5.^a, una estatua de *Vittorio Emanuele*. En Cogoletto no han podido llegar á tanto por inópia municipal, ó sea por falta de medios suficientes, dada la pequeñez del término. De modo que suprimieron las estatuas, lujo caro; pero en cambio abusaron de lo otro, y sin contar las que adjudicaron á Colón y las diez y siete inscripciones de su casa nativa, Víctor Manuel y Garibaldi tienen cada uno una *piazza*, una *via*, una *strada*, un *corso* y un *vico*. Líbreme Dios de discutir aquí las personalidades de ambos agraciados ni, mucho

menos, el derecho perfectísimo de los Ayuntamientos á gratificarlas con cuantas vías de comunicación gusten, pero permítaseme decir algo en nombre de la estatuaría.

Víctor Manuel usaba un uniforme feísimo, con unos calzones muy anchos y una guerrera muy llena de entorchados, y cordones y en cuanto á Garibaldi, éste vestía más de confianza, pero no menos hórridamente: los calzones eran los mismos, mas la guerrera la sustituía por una sencilla camisa roja y la cabeza la adornaba con un gorro de terciopelo por el estilo de los que las niñas bordan en el colegio para, en unión del par de zapatillas patriarcal, obsequiar á los felices papás en el día de su fiesta onomástica, sin olvidar la bien escrita plana deseándoles "venturas sin cuento" y "que reciban con salud y les aproveche el Santísimo Sacramento". Con esta fantástica *toilette* lo hacía todo Garibaldi, peleaba y se iba enfurruñado á Caprera, entraba en triunfo en las poblaciones y estrechaba la mano del otro señor de los calzones anchos. Aun, cuando el caudillo revolucionario paseaba por Italia, la camisa roja haría su efectillo pintoresco; pero, una vez pasada al bronce, lo único que le falta son unos tirantes para parecer su propietario un honrado tendero de ultramarinos que, en día de mucho calor, tiene la humorada de montar á caballo tal y como se encuentra en la tienda. De manera que las inevitables estatuas ecuestres del rey y del general son todas y sin excepción casi tan feas como las de los personajes de levi-

ta. ¡Si Fidias resucitase! Me estoy figurando el comunicado que pondría en los periódicos retirándose á la vida privada.

Con todo lo cual, es inútil añadir que la estatua de Garibaldi de la Plaza Deferrari es un mamarracho, y otro la de Víctor Manuel de la Plaza *Corvetto*. Por cierto que á esta infeliz plaza, que forma parte del magno Jardín de *Acquasola*, hermosísimo con su pintoresca irregularidad y con sus varios declives, con su palacio *Spinola* y su ancha y lujosa *Via Roma*, para que nada le faltase le han encajado también otro adornito muy mono, una estatua de levita, la de Mazzini.

Y basta de Génova por hoy. Vámonos á dar un par de vueltas, ya que estamos en ella, por la *Via Roma*; anochece, y el paseo está en todo su esplendor. Los Jardines de *Acquasola* empiezan á esmaltarse de arcos voltáicos, y la música militar, oculta entre el follaje, toca alegres motivos. Esperando la hora de comer, tomemos un helado al aire libre.

VII

ANDRÉS DORIA Y GALEAZZO ALESSI

Los grandes hombres coinciden cuando menos podría uno figurárselo; marchando por caminos opuestos, desarrollando su actividad en antitéticos campos, llega un día, el día marcado por Dios para su encuentro, y ese día chocan. Del choque resulta unas veces el destrozo de uno y hasta de los dos, y otras se complementan, se funden, se prestan mutuamente el apoyo de sus facultades, y si son hombre y mujer, hasta suele resultar que se casan.

Andrés Doria y Galeazzo Alessi no se casaron, sino que se odiaron; esto último, realmente, no hubiera sido gran obstáculo para que antes hubiesen contraído matrimonio, y cuántos y cuántos esposos y esposas juzgarán que casi sería consecuencia natural lo uno de lo otro; pero en fin, el hecho es que no se casaron porque ambos eran varones. Así y todo coincidieron en una cosa, en haber sido las dos primeras personalidades de su tiempo en Génova.

Doria era almirante, Alessi arquitecto. Doria nació en Onégliá á fines de 1468, y era, por consiguiente, un hombre hecho y derecho, y hasta había combatido contra el Gran Capitán tan gloriosamente que éste creyó útil atraerle al servicio de España, cuando, en 1500, nació en Perusa Alessi. Doria siguió luchando contra todo bicho viviente y fue amigo de Francisco I, y luego éste le hizo una jugada muy fea, á consecuencia de la cual el almirante se unió á Carlos I y con él conquistó á Túnez, y no se hubiese perdido la jornada de Argel si se la hubiesen dejado dirigir. Se cubrió de gloria por todos lados, libertó á su patria oprimida y el César le creó Príncipe de Melfi, marqués de Tursi y gran Canciller del Reino de Nápoles, mientras Génova le confería el envidiable título de *Padre de la Paz*, y le votaba una estatua y un palacio. Entre tanto, Alessi crecía, estudiaba con Miguel Angel y delineaba sus primeros planos. Hasta entonces las dos estrellas, la de la espada y la del tiralíneas, no habían realizado su conjunción. Pero Doria se fué á descansar entre sus coterráneos libertados por su genio, y Alessi vino á Génova también en busca de mármol y dinero con que hacer palacios.

Gracias á Andrés, Génova era opulenta, por lo cual sus primates empezaron á creer que para alojar sus muy magníficas personas eran precisas no menos muy magníficas construcciones. Así es que Galeazzo, que venía precedido del nombre de su maestro, se vió muy pronto asediado por multitud de halagadores

encargos. La *via Nuova* se cubría de espléndidos palacios, y los Cambiasos, los Parodi, los Spínolas, los Adornos, los Serras, es decir, los nombres más ilustres y más gloriosos de Génova, se disputaban al maestro. Su taller estaba siempre lleno de nobles caballeros que se quedaban estupefactos ante sus dibujos, de bellas damas que le prodigaban las sonrisas más encantadoras. Aquello era una delicia; cuando más ocupado estaba Galeazzo con sus regletas y sus compases, hacía irrupción en su casa cualquier magnate respetabilísimo que se lo llevaba, quieras que no, á alguna nunca vista partida cinegética, á algún jamás soñado suntuoso banquete, á alguna extraordinaria excursión marítima, dispuestos en honor del admirado artista; Alessi era el rey de la fiesta, se imitaban sus gestos, se repetían sus felices frases y todo acababa con que el gran señor supplicaba, humilde y reverente, al arquitecto que se dignase tener la bondad de dibujar los planos de un fantástico palacio, con la seguridad de que tanto él como toda su conspicua descendencia le vivirían eternamente agradecidos por los siglos de los siglos al insigne favor que les proporcionaba, haciendo que las generaciones venideras supiesen que su solar había sido ideado nada menos que por el señor Galeazzo Alessi, genio nunca visto.

Pero la ambición humana es insaciable. Galeazzo Alessi no era feliz, ni en medio de sus brillantes triunfos ni en su soledad, cuando lograba sustraerse á la obsequiosa admiración

pública. Alguien le hacia sombra, alguien eclipsaba su gloria y su esplendor, y este alguien era el *Padre de la Paz*, Andrés Doria, Príncipe ilustrísimo de Melfi. Galeazzo necesitaba de Andrés, era preciso que sus nombres pasasen juntos á la posteridad, y á este objeto dirigió sus tiros.

Porque ha de saberse que el almirante no se contentaba con el palacio que el Senado genovés le había donado; redificaba otro, y toda su numerosa familia se hacía construir no menos numerosas soberbias mansiones, que luego hemos de visitar. Pero los Dórias—¡oh dolor!—aparentaban no oír el ruido que el arquitecto perusiano hacía. Sus palacios crecían y crecían, sin que Alessi dispusiese en ellos ni el diseño de una claraboya. El arquitecto sufría en silencio; primero empezó halagando á Andrés, y por calles y por plazas cantaba sus méritos y virtudes, haciéndose lenguas de su valor y de su talento y ponderando los muchos favores que Génova le debía; todas las mañanas esperaba recibir el pliego sellado, en el cual el príncipe le llamase á su presencia, y todas las noches se acostaba pensando que al otro día iba á ser el fausto suceso. Sus escasos vagares los dedicaba á componer los diseños de un palacio tal, que, al lado de él, Babilonia y Nínive quedaban en mantillas; se esforzaba en idear atrevidísimas torres, recias bóvedas, adornos calenturientos, hojarascas inverosímiles; en fantasear salones inmensos, escaleras monumentales. Pero los Dorias seguían sus construcciones

como si Alessi no hubiese venido al mundo nunca. Galeazzo se sentía desfallecer, pero de pronto recobraba sus ánimos con mayor ardimiento, dispuesto á no cejar en su empresa.

Visto que la lisonja no daba resultados, acudió al desprecio: los palacios de Andrés eran unas miserables casucas; ni aquello tenía carácter, ni riqueza, ni dibujo, ni proporciones, ni nada; ¡valiente pobretería, la de los Dorias! ¿Y eso era una gran familia? ¡Puah! Los Dorias no se dieron por enterados de esta segunda fase más de lo que se habían dado de la primera; meditaban un golpe seguro, de terrible efecto. Cuando más descuidado estaba el pobre Galeazzo, recibió la fatal noticia: Montorsoli, el aborrecible rival, el odioso arquitecto florentino, había sido llamado por Andrés para encargarlo de la dirección de los trabajos.

Galeazzo Alessi vió rojo: la desesperación se apoderó de él y juró la muerte del príncipe de Melfi; los Fieschi, los Cibos, tramaban horribles conspiraciones, y el despechado artista se vistió con la negra capa del conjurado. Un día, las calles de Génova se inundaron de sangre; las gentes del almirante chocaron con las de los Fieschi y el combate fue tremendo; Galeazzo desplegó un valor temerario, ocupó los puestos de mayor peligro; esgrimiendo descomunal y agudísimo compás, hizo prodigios: nada. Andrés triunfó una vez más y los vencidos cayeron bajo el peso de una ley durísima. Afortunado se creyó Galeazzo con poder escapar, á uña de caballo, de la venganza del terrible vencedor.

Y he aquí por qué en ninguna de las mil laudatorias inscripciones que deletrearemos en los palacios de los Doria se vé el nombre de Galeazzo Alessi ni el *fecit* tradicional que tanto abundan en las de la *via Nuova*.

VIII

GÉNOVA—EL PUERTO—LOS MUSEOS PARTICULARES LA CATEDRAL DE SAN LORENZO

El sol y la atmósfera clara y transparente hacen muchos prodigios. Todos los puertos del mundo, quiero decir, los grandes puertos, como Barcelona en España, Marsella en Francia, Liverpool en Inglaterra, Hamburgo en Alemania y Génova en Italia, se parecen en sus detalles, y sin embargo, difieren absolutamente en el conjunto. ¿No hay en Liverpool, por ejemplo, el mismo ruido, la misma animación, el mismo atareado ir y venir de las gentes, el mismo humo, los mismos vapores y los mismos montones de carbón y de mercancías que en Génova? ¿No rechinan de igual modo sus grúas y no desgarran el aire de idéntica manera sus sirenas? Sí; y sin embargo, nadie comparará á Génova con Liverpool. Y aquí están los milagros del sol y de la atmósfera; en Liverpool el sol es un queso de bola, y la atmósfera, poblada de nieblas negras, se corta con cuchillo; en Génova el sol es el rutilante Febo, el rubicundo

Apolo, el legítimo hermano de las musas, y la atmósfera es sutil, fina, suave, saturada de puras emanaciones, marinas y campestres á la vez. Y el ruido de Génova es más sonoro, más alegre, más vivo; la animación más nerviosa y menos muscular; las gentes, al ir y venir, hablan á gritos entre sí, y con el sol y con el agua y con los barcos y con las gaviotas, que á su vez graznan á todo lo demás; el humo se colorea de rojo, de azul, de amarillo, de verde; los vapores relucen y los montones de carbón brillan como sembrados de polvo de diamante. En cambio, en Inglaterra el mismo color gris, uniforme, opaco, sin medios tonos ni gradaciones, del aire, desanima lo restante; color de lluvia inverniza, no de las frescas rociadas del verano, que lavan el paisaje y después de las cuales el ambiente queda más traslúcido y sereno y la campiña más adornada de varios vivísimos colores, sino de los chaparrones de Diciembre, fríos y fúnebres, sucios, enlodados, que cierran herméticamente las casas y convidan á refugiarse al lado de la prosaica y burguesa chimenea de *coke*. En Génova sí que obra el milagro el sol, el áureo numen, el potente germinador, el Dios de la Naturaleza en las regiones meridionales.

En pleno puerto y en plena Plaza *Caricamento* se hallan dos cosas: la primera el que fué palacio del Banco de San Jorge y hoy es Aduana; no tiene gran cosa que ver este edificio, pues las veintiuna esculturas de los Beneméritos de la Patria que se miran las narices

mutuamente en el salón principal y que son lo mejorcito de la casa, son regularmente malejas; verdad es que peor aún es el segundo adorno de la dicha plaza, ó sea la estatua de un señor Flório Rubbatino, que allá, á mediados del siglo XIX, fundó una poderosa compañía, no del género chico, sinó de navegación. Es de suponer que este negocio le haya producido muy buenos doblones y, pensando piadosamente, que sus virtudes privadas fuesen muchas: lo cierto es que, por lo uno ó por lo otro, le han hecho una de las tan reputadas estatuas de levita, y que el buen señor se está allí, sobre su pedestal, vigilando cómo los que fueron, mientras habitó este pícaro mundo, sus vapores, entran y salen en el puerto de Génova.

De tres magníficas colecciones de pinturas, creadas por generosas y espléndidas iniciativas particulares, puede envanecerse Génova: la *Brignole-Sale*, regalada por la última marquesa de este título, duquesa de Galliera, con el magnífico palacio *Rosso* que la contiene, á la ciudad; la *Durazzo-Pallavicini* en el *Marcello-Durazzo* y la *Balbi Senaregá* en el del mismo nombre. Las tres son, más que colecciones particulares, museos en toda regla, poblados de lienzos de Rubens, del Ticiano, del Guerchino, del Veronés, de Andrés del Sarto, del Tintoretto, de Alberto Durero y, sobre todo, de Van-Dyck, de quien se cuentan nada menos que veintinueve obras en Génova. Es la mejor de estas, sin duda alguna, el retrato de Jacobo I de Inglaterra con su familia, que existe en la co-

lección Durazo, y al cual hacen gloriosa compañía otros tres de Rubens, de lo más exquisito que jamás produjo el pincel del exímio flamenco: los de Felipe IV de España, Ambrosio Spínola y del propio autor. Por último, en esta grandiosa galería, Benvenuto Cellini tiene dos vasos maravillosamente cincelados.

El arte románico de Italia es hermano del de España, pero como lo son los mayorazgos, llevándose toda la riqueza de la familia y dejando al menor la humildad de lo pobre. Se conoce que estamos en la mitad del camino de Santiago á Constantinopla, pues lo que San Lorenzo, catedral de Génova, conserva del siglo xi tiene toda la exuberancia de ornamentación del bizantino más puro. Lo malo es que este monumento ha sufrido, como en general todos los de aquella inspiradísima época, múltiples restauraciones dentro del estilo propio del tiempo en que se efectuaban; así es que el gótico francés, el Renacimiento y hasta el incoloro, inodoro é insípido arte del siglo xix se han despachado á su gusto. En la puerta principal hay dos leones acostados, indecente y descaradamente modernos, que parecen dos perros de aguas, y que, á ser yo el Arzobispo aunque no fuese más que por veinticuatro horas, mandaba á hacer compañía á la estatua del Sr. Rubbatino.

En el interior, un sacristán de espadín y capa veneciana se ofrece galantemente como *cicerone*. En cuanto ve que tiene que habérselas con un español, le comunica la interesante

nueva de que él también ha estado en España, cuando era contra maestre en un buque de guerra. Apuntemos este dato por si escribimos su biografía, y admiremos las enormes columnas de mármol oscuro que separan la nave principal de las laterales. Aquí nos tropezamos de nuevo con el amigo Alessi, como autor de una cúpula convenientemente amazacotada.

En la nave de la derecha, el sepulcro de un Obispo del siglo xiv. El santo varón reposa en un hermoso sarcófago de Juan de Balduccio, soportado por cuatro leones en los cuales hubieran debido inspirarse al hacer los de la puerta. En la capilla que termina esta nave está uno de los más bellos cuadros de que puede envanecerse Génova, *La Crucifixión*, del Barocchio. El sacristán lo descubre con religioso respeto, y hace bien; es un lienzo inspirado y que inspira á la vez, y que no desmerece nada del *Noli me tângere* famoso.

En San Lorenzo reposan las reliquias de San Juan Bautista, en una rica capilla de fines del xv. Está ésta separada de la nave lateral de la izquierda por una verja, y á las mujeres, cualesquiera que sean su condición y estado, les está prohibido, bajo pena de excomuni6n mayor, el franquearla. Supongo que la prohibici6n nacerá de haber sido mujer Herodías y de sus habilidades coreográficas que costaron la vida al Santo Precursor, y no me parece mal. Pero propongo que se haga extensiva á tanto y tanto danzante masculino como anda por el mundo.

No es, ni con mucho, tan rico el tesoro de la

Catedral genovesa como lo son (ó mejor dicho, lo eran) los de nuestras basílicas españolas. Sin embargo, un objeto encierra que constituye una de las más preciosas reliquias del mundo, el *sacro catino*. Este vaso es nada menos que aquel que sirvió á Nuestro Señor Jesucristo en la Santa Cena, aquel sobre el cual se pronunciaron las palabras de la Consagración por la primera vez, y el que por primera vez también recibió el Cuerpo que redimió al mundo. Pero no fue este valor inapreciable lo que tentó á Napoleón I y lo que se prestaría para escribir un apólogo de instructiva moraleja, para uso de los conquistadores, que se titulase "el timador timado". Ha de saberse que la creencia general reputaba al *sacro catino* como tallado en una sola enorme esmeralda; tal noticia hizo abrir el ojo á Napoleón y le inspiró la temeraria idea de apropiarse la reliquia. Y así como cargó en España con la espada de Francisco I y no colgó en el Louvre todos los cuadros del museo del Prado porque en Vitoria se los cogieron dentro del equipaje á su hermano José, asimismo arrebató al tesoro de San Lorenzo su fuente veneranda. Pero Dios castigó al sacrilego, para lo cual, como los caminos de la Providencia son inescrutables, se valió de quien menos podía creerse, de un modesto embalador. En efecto, el designado para acomodar la reliquia á los azares del largo viaje, ó no sabía su oficio ó lo olvidó en aquellos momentos; el *sacro catino* fue rudamente traqueteado, y al llegar á París estaba roto. ¡Oh sorpresa! La ex-

traordinaria esmeralda, ni era tal esmeralda ni tal extraordinaria; era, lisa y llanamente, pasta de vidrio antiguo. Hoy ha vuelto á la Catedral de Génova y su Tesoro lo guarda con toda la reverencia y respeto que se merece.

Regocijémonos al ver el crimen castigado y la virtud triunfante; depositemos nuestro modesto óbolo en la mano del obsequioso sacristán para contribuir á que la capa veneciana color ala de mosca sea sustituida por otra negra como la endrina, y después de acariciar el pétreo lomo de los perros de aguas con pretensiones de león que yacen á la puerta, despidámonos de San Lorenzo.

IX

GÉNOVA—SAN AMBROSIO Y LA ANNUNZIATA—LOS PALACIOS DE LOS DORIAS—LOS VICOS

Una ciudad tan comercial como Génova no podía pasarse sin tener una Bolsa, y en efecto, la tiene, edificada en el siglo xvi por... ¿no lo adivinan ustedes?—¡Ah, por...—¡Precisamente!—¡Ya!—¡Por Galeazzo Alessi en persona!—Este Galeazzo era el diablo: si no son los Dorias, hubiese sido capaz de suprimir por completo la deliciosa campiña genovesa, no dejando en toda su extensión más que una serie no interrumpida de palacios. Otra cosa buena no la tendría, pero, á fecundidad, no le gana ni el Tostado.

Y, ¿á que no saben ustedes por qué no hizo la iglesia de San Ambrosio, á donde nos trasladamos inmediatamente? Pues nada más sino porque se había muerto un año antes de que empezasen las obras, que á no ser por esta insignificante circunstancia, Galeazzo Alessi tendríamos también en el hermoso templo de los Jesuítas. Esto se ganó el monumento, pues á ser obra del popularísimo arquitecto, no sen-

tiríamos, al penetrar en él, la grata impresión que nos produce con su alegría, su derroche de luz, de colores y de dorados. Aquí hay nada menos que dos lienzos de Rubens, uno de ellos realmente extraordinario, de los que mejor revelan el estilo del insigne flamenco. Es el no tan bueno una *Circuncisión*, y el magno un *San Ignacio curando á un poseído*: la figura del enfermo es, especialmente, maravillosa. Por cierto que en Flandes también hay Cogoletos para Pedro Pablo Rubens, pues nada menos que cuatro ciudades se disputan el honor de ser su cuna: Colonia, Amberes, Siegen y Hasselt.

Y con que de aquí nos vayamos á hacer una visita á la *Annunziata*, podemos decir que ningún templo famoso nos queda por ver, pues *San Siro*, que tenía el mérito de ser antiquísimo, lo perdió por completo por una total y reciente restauración. La *Annunziata* tiene una fachada de tableros blancos y negros de mármol (género de arquitectura de que también disfruta la Catedral de San Lorenzo) que no está acabada. Además de una hermosa vista sobre el puerto, tiene esta iglesia más riqueza que todas las demás de Génova juntas. Los frescos de Carloni debieron de ser muy buenos, pero una restauración desatinadísima les ha privado de toda su importancia.

Los Dorias eran muy grandes señores, antes, en y después de Andrés. Así es que en Génova poseen una docena mal contada de palacios; como que la iglesia de *San Mateo* está ro-

deada de ellos. Por cierto que el templo parece elevado, más que para gloria de Dios, para la de los parientes del insigne nauta, pues ya en el exterior, por ejemplo, la fachada está cubierta literalmente de inscripciones á ellos relativas y para ellos laudatorias; Andrés se ha hecho labrar aquí por Montorsoli y Compañía (pues el florentino vino á Génova con todos sus discípulos para mayor escarnio del desdichado Alessi) su sepulcro, en una capilla subterránea, y aquí descansan sus asendereados huesos y aquí cuelga en el altar mayor su espada invictísima. En el claustro aún hay otras diez y siete inscripcioncitas, también dedicadas todas ellas á decir que los Dorias eran las gentes más valerosas, más leales, más desprendidas y más simpáticas del haz de la tierra, y una estatua del propio Andrés, llena de chirlos y tolondrones; es el caso que los genoveses se olvidaron un día de las atenciones que debían á su almirante, y como hacía doscientos treinta y siete años que aquél había comenzado su sueño eterno, á falta de persona á quien apedrear, apedrearon á la estatua, dejándola en el lastimoso estado en que ahora la vemos.—¿Otra inscripción todavía?—Sí, señor, la referente á cierto Lamba Doria, que escarmentó á los venecianos en el siglo XIII, colocada encima de su tumba.

Entre los palacios que, como he dicho, rodean á la iglesia, el más notable es el que el Senado donó á Andrés cuando le obsequió también con el título de "Padre de la Paz", sin duda porque se había pasado en guerra toda su vida.

Es de mármoles negro y amarillo y tiene su correspondiente inscripción, la que recuerda el regalo: "Senat Cons Andreæ de Oria, patriæ liberatori, munus publicum." El segundo de los que pertenecieron al vencedor de Túnez está en la *piazza Principe*, detrás de la estación del ferrocarril. Es enorme, seguramente el mayor de toda Génova, y su patio forma un hermoso jardín. También dirigió su construcción el aborrecible Montorsoli, que vino á eclipsar la gloria de nuestro querido Galeazzo, y lo exornó con múltiples frescos Perin del Vaga, aventajado discípulo de Rafael, cuyo estilo llegó á tomar con gran fidelidad. Aquí, en este palacio, la inscripción es casi un discurso; resulta de ella que "Andrés de Oria, almirante de las flotas papal, imperial, francesa y genovesa, hizo reconstruir este palacio para sí y para sus sucesores, á fin de terminar honorablemente su vida, ya bien llena de heroicos hechos." El retrato del reconstructor está en el *Salón de los Gigantes*: el anciano almirante juega en él con su gato favorito; al contemplar las facciones del hombre que domó los mares y paseó triunfante nuestro estandarte por todo el Mediterráneo, de aquél á quien debimos Túnez y hubiésemos debido Argel si le hubiesen hecho caso, recuerdo las palabras de Richer: "Andrés Doria tenía aventajada estatura, aspecto robusto, agradable fisonomía, ojos muy vivos y una memoria tan feliz que no olvidaba lo que leía. Era de una piedad ejemplar: todos los días recitaba el oficio de la Virgen; sólo ha-

cía dos comidas y jamás bebía vino puro. Amaba mucho á las mujeres, pero sin que le hicieran en ninguna ocasión faltar á sus negocios." Tal era el salvador de Génova y justiciero de Ottobino Fieschi.

Las ciudades construídas en anfiteatro tienen un inconveniente, las muchas cuestas; pero tienen también una ventaja muy grande, las hermosas vistas. Otra de las buenas de Génova es la que se disfruta desde el murallón que corona la *villeta dil Negro*, un tiempo magnífica posesión particular y hoy prolongación municipal del jardín de Acquasola. Esta *villeta*, más pequeña, más umbría y más irregular en su diseño interior que los jardines, es el paseo de los elegantes y de los que por tales se tienen, así como los jardines lo son de la masa popular.

Y aquí viene de molde el decir dos palabras de cómo son los genoveses y las genovesas. No nos fiemos de lo que dicen los otros italianos, que siempre han detestado á estos infelices, no sé por qué: suponen que son gentes sin fe, crueles, inconstantes, que no piensan más que en el tráfico y en el lucro, y que no toman parte alguna en el desenvolvimiento intelectual y artístico de la península. Los toscanos, sobre todo, son los que más se ensañan; no tiene nada de particular, pues Pisa fue arruinada por Génova; así es que dicen que este país es tal que, en él, los mares no tienen pesca, los montes no tienen caza, los hombres no tienen palabra y las mujeres no tienen vergüenza. Yo no sé si los mares tienen pesca y los montes caza, porque no

se me ocurrió ni cazar ni pescar en Génova; deben de tener de todo eso, porque en las mesas de los hoteles sirven muy buenos bocados referentes al asunto, pero tal vez los traigan de fuera. En resumen, que no lo sé. Lo peor es que tampoco puedo pronunciar me de un modo definitivo en lo que se refiere á los hombres y á las mujeres, pero lo que sí puedo afirmar rotunda y terminantemente, sin temor á que nadie me contradiga, es que ellos y ellas tienen muy buenos tipos; tal vez los hombres adolezcan del defecto de adoptar en todas las ocasiones posturas de traidores de dramón, de dirigir á diestro y siniestro miradas furibundas y de pedir un par de *minghettis* en el estanco con la voz y la entonación con que un marido ultrajado diría: "¡Infame! ¡He aquí la prueba de tu crimen!" En el Norte de Italia es frecuentísimo el uso del sombrero negro flexible, y lo llevan un poco ladeado sobre unos cabellos negros muy brillantes y unos bigotes muy erizados. El genovés suele ser alto y descolorido, de ojos hundidos, boca grande y bien dibujada. Todo esto, y además el andar de prisa y á grandes zancadas, le da el aspecto de últimos retoños del romanticismo, pero no del romanticismo lloriqueador y sensible, sino del que sueña venganzas, crimen, sangre y exterminio; así debían de ser, en la acalorada fantasía de Ponson du Terrail, los personajes de *aspecto fatal*, aquellos en los cuales todo es "¡Misterio!" y "¿Qué ha sido del vizconde Agenor en los subterráneos de la Torre Maldita?"

Fuera de este exterior tan temeroso, los genoveses suelen ser integérrimos ciudadanos y excelentes padres de familia, digan lo que quieran los pisanos y hasta el propio Dante, que también aprovecha su *Infierno* para llamarles falsos, traidores y otras lindezas, y para preguntarles por qué no han sido expulsados ya de la superficie terrestre. Pero todo esto son rencillas y resquemores de vecinos que no pueden turbar la serena imparcialidad del extranjero. Da gusto el ver á los buenos habitantes de Génova en sus *vicos*, estrechísimas callejuelas en las cuales el sol riñe descomunal combate con las sombras de las apiñadas edificaciones para disputarse palmo á palmo el terreno de las fachadas pintadas de verde, de azul, de rojo, de amarillo violentísimos. El genovés y la genovesa, alta también, de esbelto y firme talle y gentilísimo andar, son todo lo contrario de los turcos, que viven encastillados, ajenos á todo lo exterior, sin ventanas y casi sin puertas, celosos hasta del aire y de las moscas; los genoveses podían ahorrarse las casas si no las necesitasen para que los *vicos* fuesen estrechos, pues viven en la calle; allí se espatarran al sol, allí se disputan á voz en grito, allí hacen sus fritangas de pescado, allí se lavan y se peinan algunas veces, forman sus corrillos, sus tertulias, trabajan, nacen y mueren. El olor de los *vicos* es fuertísimo, su suciedad modelo de suciedades, y sin embargo, aquellos barrios polícromos, tortuosos, miserables, son de lo más pintoresco que se ve en Italia. La hermosura

del sol y la pureza del ambiente los llenan de alegría, de vida, de animación y de carácter. La colmena genovesa está siempre en movimiento, y para que nada turbe su encanto, el zángano negro, el municipal de luto, jamás cae por sus múltiples celdillas.

X

EL CEMENTERIO DE GÉNOVA

En Génova es cosa muy sencilla tener una estatua, pero una estatua de verdad, de mármol ó bronce, tamaño natural, actitud meditada y pedestal adornado fantásticamente. Para conseguir todo esto, y que las facciones de los genoveses se perpetúen á través de las generaciones, no hace falta más que morirse. En cuanto el genovés se muere, ya es hombre célebre, gracias al cementerio en que reposarán sus huesos.

Hoy existen dos clases de reyes: aquellos cuyas fisonomías sirven para adornar los sellos y las monedas de sus respectivos países, y en cuyo nombre se gobierna, se administra justicia, se guerrea, se hace la paz y se cobran los impuestos; vástagos de familias más que ilustres, descendientes de los que, en tiempos pasados, formaban con sus nombres y sus espadas las nacionalidades. Estos reyes conservan como testimonio de las glorias que antes conquista-

ron, sus escudos, su altivez y una vaga nostalgia de sus perdidas grandezas. Son los reyes de antes. Pero hay otra segunda clase de Monarcas que se hallan en la actualidad en pleno disfrute de sus grandezas, que tocan hoy al apogeo de sus triunfos, los reyes del dinero, los *milliardarios*, esos que amenazan, desde los Estados Unidos, con apoderarse, á golpes de millones, de lo que allá les falta y aquí nos sobra, el arte, el refinamiento intelectual, las estirpes egrégias: el *rey del acero*, el *rey de los ferrocarriles*, el *rey del carbón*, el *rey del chocolate*, el *rey del algodón en rama*, el *rey de las sardinas en escabeche*, etc.

Pues bien, esta doble soberanía la hay también en los cementerios; el viejo, el glorioso, el hoy pobre y decadente, altivo y noble en su desgracia, es el cementerio de Pisa, gótico como una corona imperial, ostentando su desgarrado régio manto de pinturas del Giotto y del Aretino, estropeadas por el tiempo; el nuevo, el rico, el poderoso, el hartado de mármoles y bronces, el repleto de dorados y molduras, es el de Génova.

El *Campo santo di Staglieno* es magnífico. Los genoveses lo crearon en 1867, y han elegido, para colocarlo, la vertiente de una montaña amenísima, llena de rincones preciosos, de exuberante vegetación y de casitas de campo. La riente campiña, la profusión de mármoles, el cielo primoroso, le dan el aspecto más alegre, más profano, más mundanal que imaginarse puede. Pero se han equivocado de medio

á medio: los cementerios no son eso, no son lugares divertidos, propios para inspirar ideas ligeras, de vida y de animación. Detrás de los funerarios monumentos genoveses no se adivina el terrible misterio de la muerte, no se pasa por ante las tumbas de Staglieno poseído del religioso respeto que deben inspirar los que están ya esperándonos para descubrirnos el secreto del *más allá*; no, aquello ni es solemne, ni recogido, ni fúnebre, ni propio para inspirar ideas de paz y de sosiego infinitos; es rico y grandioso, y nada más.

Figuraos un inmenso cuadrilátero en pendiente, limitado por majestuosos soportales de mármol con esbeltas arcadas. En el centro de las que ocupan la parte superior, un blanco templo de estilo neoclásico, y, arrancando de las puertas de éste, larga y ancha escalinata; detrás de la iglesia, otro cercado irregular y sin soportales, encerrando los monumentos que prefieren el aire libre al encierro relativo de las arcadas. Este es, en conjunto, el famoso cementerio.

El templo es— como dije — blanco en el exterior, pero en su decoración interna predomina el brillante mármol negro. Es redondo, y la cúpula, por la cual recibe la luz, está sostenida por otro círculo concéntrico de hermosísimas columnas monolíticas negras. A los lados del altar hay dos magníficas estatuas, de clásica factura, las de Adán y Eva, ambas en mármol blanco. Las puertas son de bronce y soberbias. Y lo dicho: esta capilla es riquísima y construí-

da con escrupuloso rigor artístico, pero no convida á la meditación, y sí sólo sirve de grato recreo á la vista. Decididamente, eso de morir en Génova debe ser cosa que dé mucho gusto.

Lo admirable de los infinitos monumentos funerales que llenan los pórticos del cementerio de Staglieno es su suntuosidad. Parecería natural que los menos fuesen los ricos, y que, en cambio, abundasen los modestos, los sencillos, los de poco precio. Pero no es así, y por fuerza la mano de obra y los mármoles son baratísimos en esta privilegiada ciudad. No se ve más que doble fila inacabable de estatuas con sus pedestales y hasta con sus fondos, de relieves, de bronces. Si la magnificencia abunda tanto, no se puede decir, por desdicha, lo mismo de la belleza, del arte. Pocos, muy pocos son los panteones ante los cuales el indiferente visitante se para admirado; los más, la *turba multa*, es pobre de composición, banal en los detalles, vulgar y uniforme. Luego hay algunos que valen un imperio, pero al revés: ante éstos sí que se para el viajero y sí que se admira; pero una vez bien parado y bien admirado, no lo puede remediar: se olvida del recogimiento, del respeto que á toda persona bien nacida inspira la muerte, del dolor de las familias y de los méritos de los difuntos, y se echa á reir franca y descaradamente. Si á renglón seguido viene una tumba que conmueve por su sencillez ó impone por su belleza, el ataque de risa para pronto. Si no, no hay que hacerle: preciso será pasar por ante las enlutadas que rezan en los

sarcófagos de los seres queridos, con el pañuelo delante de la boca.

Sin duda alguna, el mejor de los panteones es el que representa á *la muerte arrebatando á la vida*. Dos solas y colosales figuras forman el artístico monumento; la Muerte está personificada en una estatua de bronce, un esqueleto cubierto por amplísimo velo que deja adivinar las rígidas y escuetas formas, derecho, firme, tremendo en su sencillez, imponente por la fija mirada de sus huecas órbitas; entre sus brazos descarnados lucha inútil y desesperadamente una hermosísima mujer; el blanco mármol se estremece, palpita en supremas convulsiones de agonía, sin lograr librarse del abrazo terrible que lo ahoga. Este grupo da frío en los huesos. La dolorosa impresión que causa se desvanece poco más allá con una conmovedora estatuita: una niña bonitísima, de profunda y soñadora mirada, vestida tan sólo con calada camisa de encajes, va marchando por un camino de rosas, y dice adiós con la mano. Es imposible figurarse nada más cándido, más infantil, más poético que esta inspiradísima producción. Si la pobrecita niña era tal y como el escultor la representa, ¡qué tesoro se llevó la muerte! ¡Qué desconsuelo el de sus padres!

Al lado de sencilla y severa lápida, un fraile franciscano lee en su libro de rezos. Pero es un fraile de mármol blanco; la estatua carece de pedestal, descansa sobre el suelo y al mismo nivel que el visitante. El inmóvil centinela es un prodigio de ejecución y de verdad; parece

que respira, que va á volver la hoja de su breviario, que se dispone á pedirnos una oración para el muerto aquél cuyo sueño custodia fielmente.

Más lejos, un anciano venerable llega á las puertas de la eternidad, mal envuelto en su sudario; en los negros umbrales se detiene á descansar el decrepito y fatigado cuerpo, é inclina la blanca cabeza y sus ojos se cierran. ¡Magnífica escultura! No es peor la del *Angel de la Muerte*, que, armado de flamígera espada, tranquilo y recogido, guarda la puerta de un panteón de espléndida riqueza.

Hasta aquí todo lo que hemos visto produce en el cementerio de Génova honda y artística emoción. Pero luego viene lo bueno. Un apreciable caballero se muere en su lecho; al lado de éste, una mesa de noche sostiene complicada batería de medicamentos de todas clases y—¡ay!—inútiles. La esposa amante se prepara á recoger el último suspiro, un hijo inconsolable arrastra fuera de la habitación á su hermana medio desmayada, otro se arrodilla piadosamente, otro gime en un sillón, un niño, nieto del que va á pasar á mejor vida, contempla asombrado la triste escena, y el médico, impasible, consulta su reloj. Todo esto y más varias sillas y una lámpara y de tamaño natural, lo han hecho en mármol blanco y con modas de hace treinta años; así médico é hijos visten *jaquettes* rabicortos con trencilla, y las damas, flotantes faldas de múltiples volantes. El curioso quiere llorar con la desolada familia y no lo logra.

¿Cómo lo ha de lograr si casi no puede reprimir la risa?

Pero no es esto todo. En Génova vivía feliz un portugués, pero no un portugués como otro cualquiera, sino un *morgado*, un *patrizio portoguesse*, según reza la inscripción de su sepulcro, añadiendo que se llamaba el *Excmo. Sr. Da Costa*. Puesto que hablo de su sepulcro, es obvio añadir que murió, ó por lo menos que por muerto le dieron los médicos, y que le enterraron. Ahora bien, la Parca fiera le sorprendió cuando menos lo esperaba, pues la escultura le representa con bata, zapatillas y gorro, todo ello bordado con flores, frutas y otros atributos de jardinería y horticultura. Exornado con esta cómoda *toilette* de andar por casa, el respetable portugués yace cadáver. No sabré nunca recomendar lo bastante el detenido y concienzudo examen de la indumentaria en los monumentos, pues gracias á él se llega á conclusiones exactísimas; así por ejemplo, observando que la estatua del sobrino del pobre Sr. Da Costa que vela al difunto, y que, en señal de luctuosísimo duelo, lo contempla y piadosamente le pone la mano derecha sobre el ombligo, observando, digo, que esta estatua viste, sobre la *jaquette* de trencilla que ya hemos admirado en el cuadro de desolación anterior, hermoso y robusto gabán de pelo, colegimos que el óbito ocurrió en época de invierno, sin necesidad de acudir á la difusa inscripción de que queda hecho mérito, y en la cual, bajo los claros blasones de los Da Costa, se especifican las cualidades del

tío muerto y del sobrino vivo y abrigado. Tan inspirado é interesante grupo nos reconcilia un poco con las estatuas de levita y nos permite proponer al arte una nueva división de los géneros escultóricos, á saber:

1.º Estatuas de invierno: modelo, el sobrino del Sr. Da Costa.

2.º Estatuas de verano: modelo, el general Garibaldi en mangas de camisa.

3.º Estatuas de entretiempo: modelo, los señores de *jaquette* de trencilla.

XI

DE GÉNOVA Á MILÁN

Un hábil político de á principios de la Edad Moderna ha comparado la Lombardía con una alcachofa, pues todos los que la conquistaban lo iban haciendo hoja á hoja, reservando para el final lo más sabroso, el cogollito, el ducado de Milán. Nosotros también hemos sido de los golosos, y por cierto que cuando nos pusimos á ello no hemos dejado ni los rabos. Pero entonces éramos muy diferentes de lo que somos hoy: hoy llevamos traza de convertirnos á nuestra vez en hortaliza, pues, por lo menos, las hojas de alrededor ya nos las han comido. Lo cierto es que el empleado que con dramática entonación va diciendo en las paradas del tren los nombres de los lugares, me trae á la memoria otros tiempos mucho mejores, no sólo por lo de ser pasados, sino también porque eran aquellos en los cuales el viajero hacía mejor en llamarse *Adelante* en castellano que *Forward* en inglés. Todo esto que ahora atravieso fue

nuestro, como lo era Nápoles y como lo fue Sicilia; aquí acabo de oír un nombre glorioso para España: *Pavía*, donde todo un rey de Francia se rindió á nuestras armas, donde hemos conquistado uno de los más sonados triunfos que consigna la historia, y Milán, la hermosa Milán, la espléndida ciudad protegida de los Alpes y de los Apeninos que amorosamente la resguardan, Milán fué nuestra mucho tiempo, cuando nosotros éramos grandes señores y hacíamos lo que nos daba la gana en el mundo; tanto hicimos, que hicimos muchas barbaridades, y así estamos. Sin embargo, debemos recordar hoy lo bueno solamente, y antes de marchar de Milán, iremos un día á ver cómo en los campos de Pavía sale el sol, el sol de nuestra gloria, el sol que hoy tan implacablemente se oculta á nuestra vista.

Milán no ha podido sustraerse á la suerte común de Italia, infeliz porque ha salido hermosa de las manos del Creador, amada por todos, pero no con la adoración que hace del objeto un ídolo y que subordina al amador á lo amado, sino con las ansias y ferocidades del deseo, de la posesión. El apasionamiento que Italia ha inspirado la desgarró siempre, y el ducado milanés, el *primer ducado del mundo*, causó tantas ambiciones como el reino napolitano pudo causar: propiedad de los nobles Viscontis, propiedad de los *condottieri* Sforzas, blasón del escudo de España, florón de la corona de Francia, largo tiempo lugartenencia del Austria, dominio de Napoleón, que hizo de él

la capital de su reino italiano, otra vez provincia austriaca y hoy, por último, parte de la flamante monarquía que Cerdeña creó, Milán jamás tuvo, como Génova y como Venecia, como Nápoles y como Roma, personalidad absolutamente propia: siempre fue un pedazo de otra cosa.

Elegí mal el viaje de Génova á Milán, pues lo hice de noche; de modo que ni pude darme cuenta de dónde acaba la Liguria y empieza la Lombardía, ni ví las márgenes del Tesino, que presenciaron una de las más ilustres victorias de Anníbal. En mi departamento iba un francés que en seguida me dijo su nombre, Mr. Mario X...; su profesión, contrabandista de objetos artísticos; su patria, Marsella; su edad, cuarenta años, y que era viudo y que tenía dos hijos y que se iba á casar en seguida con una viuda que tenía tres y que Italia era cosa buena, pero que donde estaba la *Cannebière* que se callase el resto del orbe; mi ameno y comunicativo compañero había recorrido diversas veces el trayecto, siempre para asuntos de su oficio, pues ha de saberse que en Italia está severísimamente prohibida la exportación de las obras de arte, razón por la cual todos los años sale un número de ellas infinitamente mayor que si fuese libre la salida. Mr. Mario X... tiene en Marsella una fábrica de falsificaciones muy bien montada, pero sólo para uso de los ingleses de Niza y Monte-Carlo, pues á los alemanes y rusos, grandes compradores también, es más difícil darles gato por liebre.

Gracias á su conocimiento del camino, me comunicó detalles interesantes que yo, por la obscuridad, no podía apreciar: me dijo que la salida de la Liguria, donde mueren los Apeninos, es bellísima, con su complicado entrecruzamiento de montes pequeños y numerosos, cubiertos de obscuro arbolado é hirvientes de rápidos arroyuelos; que un poco á la izquierda, á corta distancia de Alejandría, está Marengo, otro campo de batalla tan célebre en la Edad Moderna como en la antigua lo fué el Tesino; que en Novi se disfruta de una bella vista desde una elevada torre feudal, construída por cualquier gran señor de otros tiempos, pues el buen marsellés, á pesar de su profesión de anticuario, no sabía precisamente quién había sido el fundador; que Tortona no tenía importancia, y que Voghera, ciudad de diez y seis mil almas, era la *Iria* de los romanos, y que tenía una iglesia del siglo xi, reconstruída en el xvii. Hablando así el contrabandista, nos acercábamos á Pavía; yo, inocentemente, le pregunté:

—¿Y Pavía? ¿Y el campo de batalla? ¿Y la Cartuja?

—*¡Troun de l'air!* ¡No valen nada!

Callé. El francés se había quedado silencioso, torvo, ceñudo. Cuando pasamos á los pocos minutos por la histórica ciudad, ambos nos asomamos á la ventanilla, cada uno á su lado. No vimos nada, pues la noche era obscurísima, pero con los ojos del alma de seguro que en la imaginación del nieto de los vencidos apareció la trágica silueta del rey cubierto de sangre,

rendido de cansancio, con la armadura abollada, el penacho roto, entregando su noble espada, mientras yo oía los gritos de alegría de los españoles triunfantes. y veía las banderas imperiales flameando altivas, á los ilustres capitanes moderando dignamente su regocijo, rodeando respetuosos al insigne rendido; veía al virrey con sus armas doradas y blancas y su penacho rojo y gualdo, al marqués del Vasto, armado de veros azules y vestido con sayo de tela de plata, al señor de Alarcón que se adornaba con sobreveste de terciopelo negro, al marqués de Pescara con su celada borgoñona y sus calzas de grana, prodigando todos sus atenciones á la desgraciada majestad.

El marsellés me sacó de mi sueño: más ceñudo y torvo que antes, se retiró de su ventana, se envolvió en la manta, y gruñendo un "buenas noches", se puso á hacer como que dormía. Yo respeté su mal humor patriótico y justificado... El tren italiano me hacía ver bien claro que si Pavía no era ya francesa, tampoco era española: "Ambos somos, francés, aquí extranjeros — pensé; — el labrador que remueve con su arado el polvo de los huesos de los que murieron bajo tus banderas y las mías, ni obedece á los descendientes de Carlos ni á los de Francisco."

Media hora después estábamos en Milán.

XII

MILÁN—ASPECTO NOCTURNO—LA GALERÍA “VITTORIO EMANUELE”—EL “DUOMO” DE NOCHE

En cualquier estación de ferrocarril es molestísimo tener que tomar billetes, facturar, ir de una á otra ventanilla en demanda de tal ó cual papelito de los que acreditan el derecho que nos asiste á que nuestros huesos y nuestros equipajes lleguen relativamente intactos al final del trayecto, papelitos que los viajeros poco prácticos y acostumbrados guardan con tanto esmero en el más recóndito escondrijo de la cartera y que luego nunca aparecen cuando se presenta el revisador. Por la molestia dicha, los hoteles bien montados tienen establecido un servicio de empleados especiales que hacen todo eso con prontitud y equidad, lo cual es muy cómodo y agradable. No quiero decir que, en Milán, el engorro ferrocarrileso se convierta en amenísima ocupación, pero sí que el viajero amante de lo bello debe acompañar á la estación al empleado del hotel, y, mientras éste se dedica á los menesteres propios de su

cargo, admirar el soberbio edificio, especie de museo con humo.

La Compañía de la *Rete Mediterránea* ha sabido hacer aquí muy bien las cosas y ha exornado la magnífica Estación con esculturas admirables de Strazza, Magni, Tabacchi y Vela, y con no menos admirables frescos de Induno, Casnedi y Pagliano, artistas modernos de verdadero mérito. Es lástima que esculturas y pinturas tan sobresalientes estén en una estación, por dos razones, la primera, porque nadie las mira, pues el que llega tiene mucha prisa por irse al Hotel, y el que se marcha, ó se entretiene con el billetito y el taloncito, ó si le sustituyen en esta labor, preséntase en el preciso instante de la marcha; y la segunda, porque el carbón que se desprende de las máquinas las estropea no poco. Pero de todas maneras, enviemos nuestra felicitación á la expresada Compañía, que así sabe reunir lo útil con lo bello.

También es suntuoso de verdad el *Hotel de la Ville*, alojamiento que recomiendo eficazmente á todos los que á Milán vayan, pues en él encontrarán, además de cuantas comodidades deseen, un amplio zaguán en el cual una lápida conmemorativa se destina á comunicarnos que *Giusseppe Garibaldi* pasó allí... una noche, sin especificar cuántas camisas rojas, cuántos calzones anchos y cuántos gorros bordados llevaba en su equipaje; después, un patio cubierto, hermosísimo, con su fuente murmuradora, sus palmeras en cubas, sus cómodas mecedoras y los anuncios de los teatros, amén de la lista

completa de cuantas notabilidades cosmopolitas se albergan en el Hotel, y más allá un lujoso comedor de caoba, iluminado zenitalmente á través de grandes lunas deslustradas y en el cual se come muy bien. De manera que el viajero que llega de noche y que se encuentra con el fresco baño y la reconfortante cena, está en muy buena aptitud para aprovechar la hora de las once á las doce dando una vuelta por el *corso Vittorio Emanuele*, en el que se encuentra el Hotel, hacia la *Piazza del Duomo*, y para echar una ojeada al aspecto nocturno de Milán, que es de lo más animado.

Milán es, en pequeño, muy semejante á París; como allí, las calles son llanas, largas, rectas y admirablemente edificadas, la iluminación espléndida, el movimiento extraordinario. Gran ciudad manufacturera, es entretenidísimo un paseo dedicado tan sólo á la contemplación de sus escaparates, en los cuales, entre torrentes de luz, se agrupa artísticamente cuanto exigen la moda, el lujo y las necesarias superfluidades de la vida moderna. Las joyerías nos hacen comprender que aquella sortija tan mona ó aquel reloj tan sencillo y elegante nos son de todo punto precisos; las sastrerías nos dan ganas de renovar nuestro vestuario, las zapaterías nos infunden la creencia de lo convenientísimo que nos será calzarnos en Milán. Claro está que, después de tantas adquisiciones, aquel baúl charolado y sólido á la par que ligero nos es necesarísimo, y que sería una lástima desaprovechar la excelente ocasión que se nos pre-

senta de *hacernos con* tales magníficas pieles ó cuál sillería soberbia y baratísima. Estos deseos, que son en París el pan nuestro de cada hora, lo son, en Milán, por lo menos de cada día.

Los mejores comercios milaneses están en la soberbia *Galeria Vittorio Emanuele*, el más hermoso paseo cubierto del mundo. Esta gigante construcción, que une la Plaza de la Catedral con la de *la Scala*, tiene la forma de una cruz latina y sus brazos un largo de cerca de doscientos metros; en su centro, una cúpula octógona se eleva hasta cincuenta. De noche es cuando presenta su más maravilloso aspecto; profusamente iluminado, cobijando almacenes grandiosos, lleno de gente, de conversaciones y de ruido, el espléndido paseo es, sin duda alguna, lo más grandioso que, en lo moderno, tiene Milán. Cuatro soberbios frescos adornan la cúpula, representando á Europa, Asia, Africa y América; otros cuatro, en las arcadas personifican la Ciencia y el Arte, la Industria y el Comercio; además, veinticuatro estatuas de italianos ilustres pueblan los entrepaños. No es menos bella la fachada que da á la Plaza del *Duomo*; la sencilla y elegante ornamentación da alta idea del talento de su desdichado autor, el arquitecto *Mengoni*; el infeliz cayó desde la cornisa y murió al pie de la obra que perpetúa su nombre y su genio.

Pèro la luna me distrae de la contemplación de la colosal Galería: frente á mí, ilumina teatralmente la blanquísima mole del *Duomo* famoso, poetizando sus contornos, haciéndolos

más aéreos, más sutiles aún; la aguda flecha se pierde entre la bruma nocturna, allá en lo alto, en donde la vista casi no se atreve á fijarse. Todo parece adquirir, en las sombras, proporciones desusadas, todo se rodea de fantástico aspecto: la ilusión de que la calada iglesia es algo impalpable, etéreo, que va á desvanecerse lenta y gradualmente en los aires, es completa.

El viajero queda mudo de admiración; de pronto, una nube oculta la luna; el mármol se ennegrece súbitamente, la catedral se torna ruda, amenazadora, temerosa como un castillo roquero; su tamaño se agranda, sus proporciones resultan más imponentes; de sus rasgados ventanales parece que van á brotar fuegos misteriosos...

El cielo se entolda más aún, y entonces ya no queda de toda la visión sobrenatural más que una enorme masa negrísima...

Mañana por la mañana lo primero que haré será visitar el Duomo.

XIII

MILÁN—EL DUOMO

La imagen del *Duomo* visto á la luz de la luna me hizo dormir mal; esperaba impaciente el nuevo día para renovar la gratísima impresión en condiciones mejores aún, cuando el sol descubriese el secreto de los mil detalles que dan vida al mármol. Así pensaba cuando salí de estampía muy de madrugada, en dirección de la catedral insigne.

¿Cómo haré para decir que tuve y no tuve una decepción? Vamos á ver: todos sabemos que la torre Eiffel, por ejemplo, es la obra humana más alta del mundo. Nos acostumbramos á esta idea y nuestra imaginación se la figura mucho mayor aún de lo que realmente es; así es que, cuando llegamos al pie de la gigantesca construcción, decimos: "¿Pero esta es la torre Eiffel? Pues es muy pequeña." Claro está que más tarde nos damos perfecta cuenta de toda su enorme magnitud, pero la primera impresión, el primer momento son descorazonantes.

Pues algo de esto pasa en Milán con el Duomo: lo he visto de noche y me ha parecido colosal, grandioso, solemne, regio; desemboco de repente, á la luz del sol, en la plaza y créo hallarme enfrente de una tarta inmensa.

Supongo que ninguno de ustedes, lectores amigos, me creerá reo del delito de considerar al Duomo como una obra de confitería y que comprenderán, por haberse hallado mil veces en circunstancias análogas, lo que quiero decir. Quiero decir que la catedral de mármol debe ser menos elogiada y menos ensalzada á la categoría de maravilla única en su género para que, al verla, nos demos perfecta cuenta de lo que es. El Duomo es una cosa muy grande formada por infinitas cosas muy pequeñas; carece de la sublime unidad del románico puro, no posee la excelsa idealidad religiosa del gótico severo: es un asombro de detalle, pero su conjunto no corresponde á la filigrana de sus mil adornos. Figuraos un encaje precioso de Bruselas sobre el cuerpo de voluminosa jamona; si miráis el encaje, solamente veréis la delicadísima trama, el fino dibujo; pero si contempláis el total del adorno, lo deforme es lo que aparecerá á vuestra vista.

Así es que la catedral milanesa hay que mirarla detalle por detalle, subir á su techo para fijarse sucesivamente en cada una de las innumerables estatuas que forman su inmóvil población. Por miles se cuentan las esculturas que constituyen este monumento, y como son relativamente pequeñas y la masa total

enorme, la ojeada general no puede apreciar sus bellezas y sí sólo ver el confuso amontonamiento.

Porque esta obra de cinco siglos, cuadrada, maciza, se empezó por Galeazzo Visconti, sin duda para lavar el pecado de sus crímenes, dentro del estilo gótico ultraflorado, y luego sufrió, más que ninguna otra, las consecuencias del Renacimiento. Todas las puertas y ventanas de la fachada principal son de este género, y lo mismo gran parte de la crestería. Por fortuna, va gradual é inteligentemente siendo sustituido por el primitivo gótico, pero el Gobierno de Italia concede para ello sumas irrisorias y las obras marchan lentamente. La planta de la iglesia es enorme, y la flecha, que, para corresponder á ella, debiera ser colosal, formar una torre nunca vista, es alta, sí, pero delgadísima; más parece un pararrayos que otra cosa. Fachada, crestería, lados, puertas, ventanas y la complicada trabazón exterior de las bóvedas, están cubiertas literalmente de estatuas de uno á dos metros, algunas nada menos que de Miguel Angel, otras malísimas, como es la de Napoleón, quien quiso meter también su cuchara en aquel corro de santos y se hizo retratar en traje romano. El interior es, sin duda, lo más artístico: el suelo está labrado en magnífico mosaico, las columnas son esbeltísimas y de imponentes proporciones, la nave central, limpia de los antiestéticos coros de las catedrales españolas, produce religioso respeto.

Además, abunda en soberbios monumentos

y en pinturas de extraordinario mérito. No tiene tanto, desde el punto de vista artístico, cierta estatua de San Bartolomé desollado y sosteniendo su propia piel en los brazos; los músculos del Santo aparecen al descubierto y producen una impresión desagradabilísima. No era, sin embargo, esta la opinión del autor, pues que colocó en su obra la siguiente modesta inscripción: "Non me Praxiteles sed Marcus finxit Agrates". No era preciso que la escultura nos lo dijese: bien claro se vé que Praxiteles no tuvo arte ni parte allí.

El Duomo posee la momia veneranda de San Carlos Borromeo, encerrada en espléndida urna de plata, regalo de Felipe IV de España, cuyas armas ostenta. El delantero de esta urna se descorre, dejando ver, al través de rico cristal, el cuerpo incorrupto, vestido con deslumbrantes ornatos, cubierto con la mitra y empuñando el báculo, literalmente enterrado bajo la profusión de joyas que la piedad general depositó en tan santo lugar. La capilla subterránea que custodia esta maravilla es riquísima también.

El paseo por los techos de la Catedral ofrece uno de los más hermosos *belvederes* del mundo: más allá de la extensa llanura lombarda, los Alpes se cubren de nítida blancura y las eximias cumbres del Monte Blanco, del San Bernando, del Monte Rosa, del Fletschhorn, del San Gotardo, brillan con argentados reflejos. La majestuosa cordillera aparece desde aquí en toda su extensión, desafiando al cielo como en la fábula de los gigantes. Al Sur, se ve

clarear la Cartuja de Pavía, que parece asentada en las mismas faldas de los verdes Apeninos. A pesar de la enorme distancia, parece que las inaccesibles montañas se tocan con la mano, que se distinguen sus detalles, que se palpan sus mares de eterna nieve. El sol hiere oblicuamente el magnífico panorama y se quiebra en mil colores en las heladas superficies. Por fin desaparece el radioso astro y la llanura va gradualmente cubriéndose de opacas tintas, mientras las cimas hercúleas brillan, aún largo tiempo, llenando el cielo de resplandores fantásticos. El *cicerone* va lentamente diciéndome uno por uno los nombres de los reyes de las montañas europeas, y yo no sé apartar la vista del imponentísimo espectáculo, hasta que la noche que llega apaga por fin los últimos rayos de la aureola que ciñe las intangibles frentes.

XIV

MILÁN—EL PALACIO REAL—EL ARCO DEL SIMPLÓN—EL “CENÁCOLO”

Mucha verdad contiene el refrán de que bajo una mala capa suele ocultarse un buen bebedor, porque el *Palazzo Reale* de Milán más parece por fuera cuartel ó cárcel que habitación destinada á albergar soberanos. Es enorme, macizo y de desigual planta, y fue construido á fines del xviii, en el solar que fué de los Viscontis; la ornamentación tiene en él de extraordinario una sola cosa: que no es ornamentación. De manera que sólo á reiteradas instancias del guía, que jura por todos los Manes de la vieja Italia que los salones son espléndidos, me decido á entrar. En efecto, el apreciable guía tiene razón: cierto que el puro arte sólo se encuentra en los dos bustos que de Napoleón hizo Canova; pero la magnificencia, el lujo deslumbrador, la solemne sucesión de estancias á cual más régia, eso sí, eso se encuentra en todo este palacio. Uno de los salones es especialmente soberbio

el de baile, llamado de *las Cariátides* y hecho para la mayor gloria del propio Napoleón I, pues no solamente aquí se coronó como Rey de Italia, sino que los frescos representan su apotheosis.

Bonaparte tenía algo de artista, á su modo; no sentía el arte, no lograba experimentar su emoción divina, y, mucho menos, sabía crearlo; pero comprendía su valor y lo respetaba. Así es que, no pudiendo hacer uno nuevo como hacía reyes y reinos, se agarró al que más encajaba con su modo de ser y lo resucitó: el arte de Roma. Ya hemos visto cómo en la Catedral se hizo retratar en traje de emperador romano con su correspondiente toga, su brazo desnudo y su coronita de laurel, y ahora nos vamos á ver el *Arco del Sempione*, que se empezó á elevar en el sitio en que concluía el camino de los Alpes construído por el audaz conquistador.

Los aduladores dicen que el tal arquito fue hecho por los milaneses ellos solos, sin que nadie les dijese nada y hasta sin que Napoleón se enterase, que, á haberlo sabido, su mucha modestia le impulsaría á declinar el regalo. Y esto, ó cosa parecida, reza el letrero ó inscripción correspondiente. No hagan ustedes caso: Napoleón estaba en todo, y, como los emperadores romanos, sus modelos, se hacían levantar arcos triunfales cuando volvían victoriosos, él no quiso ser menos y se colgó dos, uno en cada una de sus capitales, en París y en Milán. Y por cierto que el del *Sempione* es mucho más elegante que su colega parisiense, de proporciones

más airosas, de más artística composición y más interesantes detalles. Lo malo fué que Waterlloo ocurrió algo antes de lo debido, con lo cual Napoleón se quedó sin la estatua con que contaba rematar la obra; no hemos perdido nada los que no somos Napoleones, pues la Apoteosis de la Paz, que, en bronce, corona la plataforma, es bellísima.

Todo el que viaja tiene, en cada población, una cosa obligada que ver: si va usted á Roma y no ve la Capilla Sixtina, á París y no ve el Louvre, á Londres y no ve la Torre, á Madrid y no ve el Museo del Prado, á Venecia y no ve los Plomos, á Sevilla y no ve la Giralda y á Berlín y no ve al Emperador, puede decir que ha perdido tiempo y dinero lastimosamente. Esto último pasa en Milán con el *Cenáculo*, la sublime *Cena* de Leonardo da Vinc: todo el que va á Milán ha de verla y nadie la ve, sin embargo, por lo menos tal como ha sido. ¿Por qué?

En primer lugar, porque la habitación en que está es muy húmeda, y hubo temporadas en las cuales el agua llenó el recinto, gracias al singular talento de no sé qué autoridad encargada de la custodia de la joya artística; á este fenómeno de sabiduría no se le ocurrió cosa mejor para que no se estropease la pintura que cerrar á piedra y lodo todas las comunicaciones con el exterior y estarse así unos añitos; luego fueron á abrir, y, claro, el agua había seguido entrando, y por nada ocurre una inundación.

En segundo, porque por detrás del fresco va una chimenea; de modo que cuando la pintura

no se desleía en el agua, se resquebrajaba con el fuego.

En tercero, porque le han dado la luz con mucha inteligencia: de costado y al través de una cristalera; de modo que el reflejo lo llena todo.

En cuarto, porque en este mundo abunda mucho el bípedo implume desprovisto de razón, ó, en otras palabras, hay muchísimos bárbaros, y al pobre *Cenáculo* le han tocado en suerte no pocos; los soldados austriacos tiraron al blanco sobre él, no sé quien abrió una puerta debajo de la figura del Salvador, y hasta hubo sacrílegos que tuvieron la inconcebible osadía de pasear sus inmundos pinceles por los mismos sitios en que Leonardo posara los suyos magistrales.

Comprenderá el pío lector que después de tales vicisitudes lo verdaderamente maravilloso no es la insigne creación del florentino genio, sino que aún queda algo del cuadro. Y sin embargo, el borroso resumen de tanta y tanta desdicha produce una impresión enorme; el Salvador pronuncia, con infinita tristeza, las clarividentes palabras: *Amen dico vobis quia unus vestrum me traditurus est*; el Hijo de Dios ha sido traicionado; uno de sus discípulos amadísimos, uno de los elegidos para difundir por el mundo la Buena Nueva, la palabra que ha de redimir á la humanidad y crear una civilización imperecedera, se ha vendido al precio de unas cuantas monedas, y el corazón de Cristo mana sangre. El traidor empieza á

experimentar el terrible remordimiento que lo llevará al suicidio; el peso de su falta lo abruma, lo destroza; la pura alegría de los Apóstoles fieles al Divino Maestro se turba con la idea de que entre ellos se sienta el réprobo.

Y esta sublime escena ha brotado de la mano de Leonardo con toda la fuerza de la realidad, con todo el idealismo de la poesía cristiana. Las injurias de la brutalidad y de los elementos conjurados no son lo bastante para hacernos perder una emoción intensísima de amor inmenso hacia el celestial vendido, de odio hacia el vil vendedor, de admiración profundísima hacia la humana inteligencia creadora de la grandiosa escena.

XV

LA "GRAN VÍA" EN MILÁN

Maldito si pude soñar nunca que en Milán iba á tropezar con gente conocida y mucho menos con gente tan popular en España como lo es, ó mejor dicho, como lo ha sido (pues la popularidad suele ser flor de un día) la que me tropecé. El hecho es que, cuando menos podía figurármelo, cuando pensaba que tales personajes habían traspuesto las riberas del Manzanares por milagro, pero que jamás atravesarían los Pirineos y menos los Alpes, dí de manos á boca con el Caballero de Gracia, los tres ratas y la pobre chica.

En Milán hay muchas *Vias*: tantas, que á excepción de algunos *Corsos*, todas las calles de la populosa *Mediolanum* lo son. Mas les faltaba una *Gran Via* para hacer competencia y hasta eclipsar á la *Carlo Alberto* magnífica, á la espléndida *Alessandro Manzoni* y á la regia *Torino*. Pero, gente práctica por excelencia, en vez de gastarse millones en expropiar inmuebles, buscar rasantes, empedrar, iluminar y reconstruir, tradujeron al italiano la revista

de Pérez y González, Chueca y Valverde, y cáta-
los ya poseyendo una *Gran Via* sobre poco
más ó menos como la que es gala y ornato de
la coronada villa del Oso y el Madroño.

Un anochecer salía yo del hotel para dar mi
paseo por el *Corso Vittorio Emanuele* en di-
rección á la *Porta Venezia*, cuando pasó por
delante de mí un jovencito silbando el conocido
estribillo del *Caballero de Gracia*. “¡Demonio!
—pensé.—¡Un *golfo* de Madrid! ¡Qué cosa más
rara!”—Al instante me puse á fantasear una
novelita: un niño que juega inocente á la puer-
ta del hogar mientras el honrado padre gana el
sustento en el dignificador trabajo y la madre
se ocupa en el arreglo y cuidado de la casa;
unos gitanos, que pasan con sus monos, sus
osos y sus borricos, ven al niño; una mirada
que cambian entre sí les basta para concertar
el nefando plan; unos vigilan la calle, otros cor-
tan la retirada de la casa, otros se apoderan rá-
pidamente de la criatura. Pasan años y el niño
no sabe ni dónde ha nacido ni cómo se llama;
pero un recuerdo imperecedero queda grabado
en su mente: no es el dulce rostro de la madre,
no la tranquila y serena faz del padre, no la
blanca cuna, no la primera oración que sus la-
bios balbucieron: ¡Es la música del *Caballero
de Gracia!*

Pensando ya en la emocionante novela de fo-
lletín que con este argumento podía componer-
se, llegué á un puesto en el cual una venerable
matrona vendía periódicos y distraía sus ocios
por medio del canto; no hay que olvidar que

nos hallamos en el centro musical más importante del mundo, á dos pasos de la *Scala* y del café en el que se reúnen todos los esbeltos tenorinos y respetables bajos de ambos hemisferios. De manera que no tiene nada de particular el que la matrona cantase, y hasta no sería extraño el que cantase bien; pero no, cantaba mal y cantaba la *¡Pobre chica!*

Sigue la novela: la madre termina sus labores y sale en busca de su hijo; el hijo ha desaparecido. Un siniestro presagio nubla la frente y oprime el corazón de la infeliz; anhelante, recorre la calle, una y otra vez. La vecina amiga ha visto pasar á unos gitanos que huían llevando en brazos un bulto sospechoso. "¡Ah! ¡Es mi hijo!" grita la madre, y se vuelve loca; corre desolada por la ciudad, sale al campo, anda, anda, traspone valles, escala montañas; la fatiga la destroza, sus pies sangran, pero sigue, sigue siempre la línea que su demencia y el destino le trazan. Un día llega á una populosa ciudad: la policía la recoge y la recluye en un manicomio; allí se cura y sus primeras palabras, al recobrar el raciocinio, son: "¡Hijo mío!" —Para ganarse el sustento establece un puesto de periódicos y, allí, los recuerdos preñan sus ojos de lágrimas: continuamente entona la dulce y melancólica balada con que adormecía al perdido vástago en la cuna:

*¡Pobre
chica
la que tiene que servir!*

Pero, uná mañana, aquél pasará por delante

del puesto y se detendrá á comprar *Il Séccolo*: la madre sentirá un vuelco en el corazón; el hijo, turbado también sin saber por qué, cantará maquinalmente:

«Soy el rata primero.»

La madre experimentará una conmoción eléctrica y contestando:

“Y yo el segundo, ¡hijo de mis entrañas!” se precipitará en los brazos del joven. “Soy tu madre!”—“Yo tu hijo!”—“¡Y yo el tercero!”—
Cuadro final: apoteosis del amor materno.

¡Interesantísimo argumento! De él, un buen narrador obtendrá motivos para un drama que luego un inspirado músico convertirá en ópera, basándose en los motivos de *La Gran Vía*. En uno y otro caso el teatro se vendrá abajo con los aplausos y bravos, las señoras llorarán francamente en los palcos y los caballeros se morderán el bigote para no hacer pucheros; yo voy andando y pienso en los ingresos que se pueden obtener, y tan ensimismado me hallo en el cálculo de los detalles de mi futura producción, que tropiezo con una esquina.

Todo el que tropieza con una esquina lo primero que hace es mirar detenidamente el sitio en el cual debió de romperse la cabeza. Miro, pues, y me encuentro con un cartel: el asombro, el estupor, me paralizan; ¿qué es lo que leo? ¿Es un sueño? ¿Es un delirio? ¡No, allí está con letras bien gordas y bien claras: “759 representación de *La Gran Vía*!”

¡*La Gran Vía* en italiano! ¡Corramos al tea-

tro en que se representa! ¿Qué entenderán estos infelices de nuestras alusiones políticas? Y, sin embargo, el teatro está lleno de bote en bote y la gente prorrumpe en estruendosa salva de aplausos cuando el *Caballero de Gracia* empieza á cantar

«Cavaliere di Grazia mi chiamo,
effetivamente ognun lo sá.»

y luego salen tres Ratas machos y el público aplaude de nuevo y con más furia, á consecuencia de lo cual salen tres Ratas hembras que repiten la cantata entre más aplausos frenéticos, y luego tres Ratoncillos pequeños que entonan con sus antecesoras un concertante; jamás música alguna alcanzó en Milán triunfo parecido; el teatro ruge de entusiasmo y yo siento impulsos de levantarme y de gritar patrióticamente: "¡Italianos! ¡Milaneses! ¡Ya no sois súbditos del Rey de España, pero sí lo sois de nuestro arte imperecedero! ¡Vivan Milán y la calle del Gato, unidos!"

Al salir, paso por delante de la *Scala*, donde ayer oí el *Otello* á Tamagno y donde en aquel momento el insigne cantante vivifica de nuevo la partitura inmortal. Me encojo de hombros desdeñosamente, y el amor patrio satisfecho me hace olvidar la decepción de mi novela perdida.

XVI

MILÁN—EL “CASTELLO”—“LA BRERA”—EL MUSEO “POLDI-PEZZOLI”

Si juzgamos por el inconcebible número de obras artísticas que Italia, pese á nuestro amigo Mario X..., el marsellés contrabandista, y á sus múltiples colegas, encierra por todos lados, parece ser que los italianos, desde los tiempos más remotos, no han hecho otra cosa que dedicarse al cultivo de las Bellas Artes. Y esto no es verdad: también han guerreado y no poco, tal vez más que nadie en el mundo, y no solamente ellos entre sí, sino que todos los pueblos que significan algo en la Historia les han tomado siempre por cabeza de turco y á su país por campo de batalla. Pero la guerra es civilizadora: *de bello lucem*, y la sangre, vertida á torrentes en la Península, fue fertilísimo abono para el Arte.

En Milán se ven muy claros los dos aspectos de Italia: el artístico y el guerrero; al lado de la *Brera*, insigne museo de Ciencias, Letras y Artes, el imponente *Castello* de los Viscontis

y los Sforzas; después del delicadísimo *Sposalizio* de Rafael, los recios muros y las agudas saeteras de las torres feudales. Aquí está escrita toda la vida de Italia: sentir la belleza, realizarla y luego andar á mojicones.

El *Castello* infunde un compasivo respeto: es algo que fue fuerte y poderoso, altivo y dominante y que hoy sus rivales vencedores, los que han desarrollado sus alientos mientras él, seguro de los suyos, se dormía en los laureles, conservan con la desdeñosa cortesía que se otorga á lo que ya no puede nada; es la fábula del león enfermo: el asno se reirá de él y se mofará de su melancólica impotencia; los otros leones, ni siquiera se acordarán de que existe.

Porque este castillo representó un gran papel en otros tiempos, cuando los milaneses se preguntaban todas las mañanas de qué humor habría despertado el temible duque que lo habitaba; la tiranía, que muchas veces engrandeció á Milán y otras muchas lo rebajó, tenía allí su nido de águilas, y de allí salían las huestes cubiertas de hierro que, ora iban á conquistar gloria al extranjero, ora á desmondongar á sus propios convecinos. Allí dentro ocurrieron dramas tremebundos de familia, de los cuales eran á la vez autores y actores los Viscontis, raza valerosa y cruel, noble y criminal al mismo tiempo; desde allí Galeazzo, no Alessi, sino Visconti, uno de los hombres de peores tripas que hubo en el mundo, se entretenía en asesinar á sus propios deudos y en fundar la Cartuja de Pavía y la Catedral de Milán, mezcla rara de

piedad y fiereza, de temor de Dios y de amor al crimen en que es muy fecunda la historia. Y el inútil castillo conserva hoy como una vaga nostalgia de su vida, siniestra y gloriosa á la vez; la vieja torre, que de aquellos tiempos subsiste parece aún amenazar al cielo y á la tierra con sus escuetos flancos y su poderosa barbacana desierta. Es una ruina que se rebela, un César agonizante que se agarra al último soplo de vida para lanzar todavía su postrer sentencia, su ley póstuma. La espléndida arboleda moderna lo ahoga, y con su vida nueva, frondosa, risueña, empuja hacia la Eternidad al campeón ya herido de muerte. Milán quiere reir y gozar de una dicha fácil y descuidada, y no estremecerse diariamente ni con el temblor del miedo ni con el calofrío de la gloria.

Una postrer satisfacción estaba reservada al moribundo castillo; frente á sus puertas vió cómo empezaba á elevarse un monumento rival, destinado á celebrar glorias que no eran suyas, hazañas no realizadas por sus Viscontis y sus Sforzas: el Arco del Simplón, en el cual habían de escribirse con letras de oro las victorias de Bonaparte. La guarida feudal tembló hasta en sus cimientos de impotente rabia, de inútil desesperación: Italia ensalzaba, en su propio solar, al extranjero. Pero un día, antes aún de que el blasón de las conquistas modernas sustentase la estatua del flamante conquistador, éste dió en tierra con toda la inmensa pesadumbre de su imperio, y los mercachifles de la *City* borraron de una plumada la magna empresa.

El Arco del Simplón ya no recordaría glorias vivas, fehacientes, actuales: si el castillo de los duques es una ruína más en la Historia, el Arco del emperador revolucionario será una ruína también sobre la cual la Paz extenderá su rama de olivo.

El estrépito guerrero se hunde, pero el arte subsiste en Milán: dígalo si no el asombroso palacio *Brera*, con su Galería de pinturas, su biblioteca de 200.000 volúmenes, su colección numismática de 50.000 ejemplares y su museo arqueológico; el palacio *Brera*, que atesora el Sposalizio, la más hermosa creación de Rafael en su primera época, y el boceto de la cabeza del Salvador en el *Cenáculo*, y las más inspiradas obras de Bernardino Luini en telas y frescos, y tantas otras maravillas que Palma, Moretto, Crivelli, Bonifacio el Mayor, Montagna, el Veronés, el Tintoreto, Ticiano, Giotto, Bellini, Lorenzo Costa, Rembrandt, Rubens, Mengs, el Dominiquino, Lucas Signorelli y cien maestros más legaron á la admiración de la posteridad. Doce salas de pintores antiguos tiene este soberbio museo, con quinientos cuadros, todos ellos de primer orden, y otras doce de arte moderno, en las cuales, anualmente, se celebran exposiciones que dan una alta idea del refinado y cultísimo espíritu que reina hoy en Milán. Y para que nada falte, Canova y Thorvaldsen, los más geniales escultores del siglo XIX, han dejado aquí dos obras maestras: el primero su *Vestal*; el segundo, el felicísimo grupo de las *Tres Gracias y el Amor*.

También en Milán, como en Génova, un gran señor, el caballero *Poldi-Pezzoli*, ha legado á su ciudad natal su magnífico palacio y la rica galería de pinturas que contiene, con más interesantísimas colecciones de las armaduras milanesas, famosísimas por sus delicadas incrustaciones de oro, de bronce romanos, de vasos antiguos, de esmaltes, de armas orientales, de joyas, de cuanto la fantasía de un artista millonario puede soñar. ¡Qué feliz debió ser este noble milanés, mientras atesoraba tantas maravillas! ¡Y qué felices son los pueblos que tienen hijos como estos, que creen que el mejor modo de eternizar su nombre es el reunir bajo el mismo techo lo que el Arte crea en todo el orbe!

XVII

MILÁN—SAN AMBROSIO—EL CAFÉ DE LOS CANTANTES

Una iglesia hay en Milán que está llena de recuerdos históricos, San Ambrosio. Por de pronto, es antiquísima, pues el santo varón, cuyo nombre lleva, la fundó en el siglo iv, sobre las ruinas de un templo de Baco. Es de suponer el inmenso número de borracheras que los milaneses gentiles habrán cogido en tan devoto lugar, cuando el dios de los taberneros tenía allí su tabernáculo: la imaginación nos rehace el pintoresco cuadro que allí se ofrecería: los sacerdotes y las sacerdotisas loando á Baco en inglés clásico, el pueblo fiel y bebido prosternándose por tierra, medio por devoción, medio por obligación. Con el Cristianismo, y como era natural, los milaneses mejoraron de costumbres: ya no se emborracharon más que en las tabernas de verdad, pero nunca en los templos, y San Ambrosio, agradecido á tal prueba de continencia espartana y de austeri-

dad cenobítica, elevó una iglesia á la mayor gloria del Señor.

Mientras en Milán el varón de Dios elevaba templos, en Tesalónica el varón del diablo, Teodosio emperador, distraía sus ocios en terribles hecatombes, en inauditas matanzas. Hecho lo cual, tomó de nuevo y tranquilamente el camino de la ciudad que San Ambrosio evangelizaba con el ejemplo de sus virtudes. Teodosio era un poco turista, y al enterarse de la nueva edificación que exornaba á *Mediolanum*, quiso verla, para lo cual ordenó en ella un *Te Deum* en celebración de su vuelta y del completo éxito que había favorecido á sus cultas diversiones tesalonicenses. A la hora fijada se dirigió, con gran pompa y boato, á la iglesia flamante, en cuyos dinteles le esperaba el fundador; el César suspiró un poco al pensar que uno de los inconvenientes de la realeza es el no poder llegar á ninguna parte sin pasar antes por uno ó varios discursos, y se preparó á escuchar, con faz sonriente, la alocución ambrosiana; no fue mala la tal alocución, á fe mía. Ambrosio, que temía mucho á Dios, pero nada á los poderes de la tierra, se dejó de retóricas más ó menos floridas y de eufemismos más ó menos velados, y muy clarito le dijo al Emperador que él se creería una persona decente y hasta un monarca glorioso, pero que no era más que un asesino, un réprobo, un bandido y otras galanterías por el estilo, añadiendo que ni soñase siquiera con entrar en la casa del Señor mientras el arrepentimiento y la expiación no hubie-

sen lavado su alma pecadora, pues allí estaba él, Ambrosio, para impedirselo en nombre del Cielo, provisto de una fuerza incontrastable, infinitamente superior á la que daban al culpable Teodosio sus legiones y sus verdugos: la fuerza de la Cruz que enarbolaba. Teodosio, al escuchar el formidable anatema, se sintió desfallecer: penetró en su mente la convicción de que sólo verdades oía, de que era indigno de que techos sagrados lo cobijasen y de que su empuje no podía nada contra el que, frente á su audacia, se levantaba; veía bien claro que el brazo del hombre, aunque este hombre sea emperador y déspota, jamás chocará con el de Dios sin destrozarse. Rabo entre piernas se volvió con toda su corte á sus reales, llevando en el alma, más que la rabia del amor propio herido, el remordimiento de las atrocidades que en mal hora cometiera.

Pero si Teodosio no pudo entrar en San Ambrosio, sus sucesores, los reyes lombardos y los Césares del Sacro Imperio, penetraron todos, y todos con la mayor solemnidad y esplendor, después de haber jurado, sobre la simbólica columna, obediencia á Dios y fidelidad á las leyes, para ceñirse la Corona de Hierro. Claro está que habiendo hecho esto todos y cada uno de los emperadores gloriosísimos, á Napoleón también había de antojársele hacer dos cuartos de lo mismo, y así, la corona que oprimió la frente de Carlomagno tuvo que resignarse también á oprimir la del afortunado general.

El templo fue reedificado en el siglo XII, den-

tro del inspiradísimo estilo románico propio de la época: Luini lo adornó con espléndidos frescos, y por último, San Ambrosio, San Protasio y San Gervasio por un lado, y por otro Pipino el Breve, duermen el sueño eterno bajo las bóvedas de la moderna cripta.

Dejémosles dormir en paz y vámonos á cierto café de la *Galeria Vittorio Emanuele*, que ya tuve el gusto de mencionar, aunque sólo de paso. Cuando un señorito ó una señorita de cualquier rincón europeo, desde Calpe á Arkan-gel, y desde Astrakán á Islandia, siente arder en su pecho el sacro fuego de la inspiración musical; cuando, en las soledades de la bohardilla, ha lanzado al viento media docena de *árias* sin tropezar con muchos gallos, y sin que un vecino poco artista le haya quitado las ganas, á puros ladrillazos, de seguir invocando á Euterpe, lo primero que hace es el equipaje; luego se mete en el tren; después cruza ninguna, una ó varias fronteras, según los casos, y, por último, una casa de huéspedes milanesa lo recibe en su amoroso seno. Pero aún no ha terminado su peregrinación: aún tiene que penetrar en la antecámara de la *Scala*, en el café de los cantantes.

Porque el ir directamente al celeberrimo teatro, como no sea para tomar una localidad y oír tranquilamente la ópera que la empresa haya tenido á bien disponer, es lo mismo que no ir á ninguna parte. El director, personaje olímpico, permanecerá invisible; los sub-directores no harán caso ninguno del recién llegado,

los porteros le darán con la puerta en las narices, aunque sea una Malibrán en embrión ó un Gayarre en estado de canuto. En cambio, en el café será otra cosa: no hay nada que una tanto como el infortunio, y todos los aspirantes á celebridad musical son desdichadísimos hasta que tal *do* de pecho ó cual *re bemol*, lanzados ante un público inteligente, les abren las áureas puertas de la gloria; así es que los parroquianos que le preceden le dispensarán una entusiasta acogida; elegirá el grupo que más afín sea á sus aptitudes, el de las sopranos dramáticas, pálidas y desmelenadas, el de las frescas y mórbidas contraltos ó el de las alegres y juguetonas tiples ligeras si es mujer, y si es hombre, la variedad aún será mayor: en un rincón, una docena de tenores de la *pur sang* italiana, altos, delgados, lívidos en fuerza de ser descoloridos, con luengas melenas, barbas escasas y finas y ojos de fuego, le admitirá á sus apasionadas discusiones acerca de las facultades de Fulanini ó de Menganini; por otra parte, otro género de tenores también, el género francés, cuyo tipo característico es pequeño y gordo, lucio, coloradote, de franca y comunicativa fisonomía y cabello y bigote castaños, le *protegerá* en los difíciles principios, y es probable que le beba una buena parte de los ahorrillos trabajosamente apatuscados. Los barítonos son la aristocracia de la reunión; hombres de mediana edad generalmente, su aspecto es distinguido, su vestir severo y elegante, su actitud reservada; hablan poco y beben menos, y de vez en

cuando dirigen una mirada rápida y desprecia-
tiva á los bulliciosos cónclaves de los tenores.

Los bajos, á su vez, son el elemento serio: con voz reposada emiten luminosos é incontables fallos; no se disputan, y en vez de estropearse la garganta con los licores, toman, á sorbitos, una limonada. De vez en cuando, la notabilidad ya efectiva, el que ha llegado, el famoso tenor *J...* ó el ilustre barítono *Z...* caen por el café de sus primeros pasos: al punto cesan todas las conversaciones, y las miradas convergen sobre el recién llegado; *J...* ó *Z...*, haciendo como que no notan el efecto que su llegada causa, se sientan ante una mesa vacía, se desabrochan para lucir la pesada cadena de oro, tectlean sobre el mármol para que se vean los ricos anillos y encienden un magnífico cigarro de brillante sortija, toman cualquiera cosa, pagan espléndidamente y se van despidiéndose con ligera y protectora sonrisa de tal ó cual conocido que, á su vez, se dislocará á fuerza de cortesías. No bien han salido, cuando los gritos vuelven con más fuerza; el saludado proclamará al saludador como lo más asombroso que jamás ha pisado tablas; los otros le llamarán intrigante y nulidad. Y yo pienso, cuál de aquellas voces que insultan, alaban, piden *caffé nero* ó *limonata* y juran y discuten en todos los idiomas europeos, será la que mañana aplaudiremos con entusiasmo en todas las escenas del mundo.

XVIII

PAVÍA Y LA CARTUJA

A muy corta distancia de Pavía, el Tesino que nace nada menos que en el Lago Mayor, muere en el Po, tranquilo y sereno como persona de vida honesta. Allá, en sus primeras etapas, cuando no es más que joven y juguetón riachuelo, suele echar un poco los pies por alto y permitirse alguna que otra fantasía, tales como la de correr locamente unos cuantos kilómetros, despeñarse de algunos metros y hervir espumoso en ciertos recodos; pero todo ello son calaveradillas sin importancia y efectos de la sangre juvenil que retoza en su cauce; luego, se convierte en un señor de mucha seriedad, respetable padre de familia de varios arroyos á los cuales da sano ejemplo de virtudes cívicas, cariñoso suegro de diversos canales, y, cuando pasa por Pavía, es casi casi un senador vitalicio; así es que su muerte es la del justo, y que, sin las angustias y sobresaltos que acompañan á los últimos momentos de los que

han llevado vida agitada, en una verde y hermosa llanura, y bajo un sol que presta aureolas esplendentes á su dichoso fin, desaparece entre las anchas riberas del magestuoso Po.

La circunstancia de hallarse tan cerca de la confluencia de ambos ríos, y también la de ser el punto céntrico de los caminos de toda la Italia septentrional, han dado á Pavía su importancia estratégica. Por eso Francisco I la sitió con tanto empuje, y por eso, asimismo, nuestro insigne Antonio de Leyva la defendió con más empuje todavía que el que el de Valois empleara en embestirla; aquí, el glorioso capitán, enfermo y postrado, pagó á los tudescos que se rebelaban por no cobrar sus sueldos, con lo poco que los españoles poseían de sus peculios particulares; aquí confiscó la plata existente en la ciudad y la acuñó con esta sencilla y épica leyenda: "Los cesarianos cercados en Pavía, 1525"; desde aquí cayó como una avalancha sobre la retaguardia francesa, aquel famoso viernes 24 de Febrero, que costó á Francisco la libertad y la concordia de Madrid; y por todo esto y mucho más, el César, el grande, el inconmensurable Carlos I de España y V de Alemania, decía de sí mismo: "Yo soy Carlos de Gante, soldado de la compañía del señor Antonio de Leyva", considerando más gloriosa la pica de los soldados que fueron sitiados en Pavía que su cetro imperial y real.

Hoy, Pavía no es más que un recuerdo y su aspecto triste y sombrío no convida á larga permanencia; hay la consabida estatua de Ga-

ribaldi veraneante, y hay, en la catedral, un hermoso relicario llamado *Arca di San Agostino*, cubierto de encantadoras figuras y alegorías. Fuera de esto, la catedral está restauradísima y vale poco, y no mucho San Miguel, iglesia del siglo xi. Un sitio alegre tiene tan sólo Pavía: el puente cubierto del *Ticino*, desde el cual se abarca una linda vista del río colmado de embarcaciones. Pero no he de marcharme de la *ciudad de las cien torres* (hoy apenas de las tres y media) sin llamar la atención de los señores concejales de toda España sobre una importantísima mejora que aquí he observado.

Es muy frecuente en la actualidad el cambiar de nombre á las calles. Menos mal cuando se trata de premiar los méritos de personajes que los tuvieron ó los tienen reconocidos, pero pésimamente cuando los obsequiados son seres poco menos que anónimos y perfectamente desconocidos fuera del círculo de sus relaciones. Así sucede que un amigo de usted se muda de casa y le envía las señas de su nuevo domicilio: "Calle de D. Pegerto Fernández y Gómez, número tantos, ó Plaza de D. Robustiano Rodríguez y González, número cuantos".

Y usted se queda sin saber á dónde se ha ido á habitar su amigo, y tiene que comprar un plano cada ocho días ó que preguntar á los municipales, que suelen saber lo mismo que usted. En Pavía también se vieron en la necesidad de cambiar los nombres de casi todas las calles, porque la política lo envenena todo, y Víctor Manuel, Garibaldi, Cavour, Mazzini,

Humberto, Menabrea, Carlos Alberto, Manzoni, etc., no podían quedarse sin su correspondiente vía de comunicación. Pero el Ayuntamiento paviano, previsor cual ninguno, adoptó un sistema capaz de contentar á todos: las calles llevan el nombre nuevo y así se las conoce oficialmente, pero, debajo del letrero negro de la novedad, otro rojo conserva la denominación antigua. Con lo cual el espíritu moderno y la tradición se dan un cariñoso abrazo y vitorean á la igualdad ante el letrero, y los ciudadanos de la culta Pavía tienen donde escoger al hacerse tarjetas.

A ocho kilómetros de Pavía está la renombrada Cartuja, en cuyas inmediaciones se libró la para nuestras armas gloriosísima batalla. Ya dije que la fundación de este insigne monumento se debe á aquel Juan Galeazzo Visconti que fundó también la Catedral milanese, y que de este modo esperaba desarmar la cólera celeste que sobre él debía caer. Aquí, el famoso Ambrosio Borgognone ganó honra y prez imperecederas, así como una pléyade de hasta otros treinta escultores que llenaron la imponente fachada de magníficas estatuas y delicadísimos bajo-relieves. Es, sin duda alguna, este exterior el más rico de todos los del Norte de Italia. Las magníficas ventanas, los medallones con retratos de emperadores romanos, la edificante vida de varios santos de la Orden mezclada con la no tan pura del fundador y perpetuadas todas ellas en el bajo-relieve, la sencillez de las proporciones dentro de la fastuosísima decoración,

producen un efecto único tal vez: tanta riqueza para albergar la vida más pobre, más dura, más terrible que imaginarse pueda. Allí dentro, detrás de aquellos muros suntuosísimos, han vivido inmaculada vida espiritual muchos desengañados de la vida; de ahí han volado al cielo sus almas purgadas del pecado por la estrechísima obediencia, por el sacrificio más completo de cuanto en el mundo causa alegría, felicidad, dicha. Hoy, los monjes han sido expulsados de su morada, y el soberbio monumento ha perdido todo su poético encanto, toda su rutilante corona de paz y de virtud; queda el cuerpo, bellísimo, pero sin vida: el alma le ha sido violentamente arrancada.

Salgo de Milán, donde todo es ruido, animación, estruendo de ciudad grande, y la dulce tranquilidad de la Cartuja, solitaria en medio de la fertilísima llanura, me causa intensa emoción, artística y religiosa á la vez. Y sin embargo, ¡cuánto falta para que el cuadro sea completo! ¿Por qué, á aquella hora en que el sol declina lentamente, no tañe el *Angelus* en las campanas del Monasterio? ¿Por qué la grave salmodia no puebla los ámbitos de las obscuras naves? ¿Qué es, más que un cadáver, una Cartuja sin frailes?

XIX

DE MILÁN Á LOS LAGOS, EN DOMINGO

Todos los domingos, con tal que el tiempo sea bueno y las brumas tengan la amabilidad de remontarse un poco, Milán entero se va de paseo á los Lagos; los trenes *de placer* se suceden de momento en momento, llenos de la multitud alegre y jaranera de las grandes ciudades en día de fiesta, exceptuando Londres. En Londres toman tan al pie de la letra el precepto dominical que creen que hasta el divertirse constituye un trabajo durísimo, y así, se pasan las veinticuatro horas abriendo la boca y leyendo la Biblia sin notas.

Afortunadamente, en Milán la cosa es muy distinta. Lombardía es la región más trabajadora de toda Italia, pero esto sólo quiere decir que allí se trabaja un poco, que en Roma casi no se trabaja y que en Nápoles no se trabaja absolutamente nada; bien es verdad que tampoco se lee la Biblia, ni con notas ni sin ellas. Quedamos, pues, en que los milaneses, vagos impenitentes

si se les compara con los ingleses, pero portentos de actividad con relación á los napolitanos, encuentran que el sacudirse el sábado por la tarde sus escasas ocupaciones y el irse, desde el amanecer del domingo, á correrla en las orillas de los verdes lagos, es cosa muy agradable y simpática. Y por Dios que tienen razón archisobrada, pues la Naturaleza, el Arte y las Compañías de ferrocarriles, en dulcísima alianza, brindan al desocupado dominguero con diversiones sin cuento.

Los sesenta y pico de kilómetros que hay de Milán á Arona se andan, con cierta relativamente vertiginosa velocidad, en dos horas y pico, como término medio. Digo que como término medio, porque si en cualquiera estación el maquinista ó el conductor ó hasta el propio fogonero y casi casi cualquiera de los viajeros se encuentran con un amigo, suelen empalmar un ratito de sabrosa charla, y á nadie se le ocurre quejarse del retraso ni exigir las llegadas y salidas á las horas oficiales del itinerario. En este caso, las dos horas y pico se alargan hasta tres; pero supongamos que los dichos maquinista, conductor ó fogonero tengan en Arona la novia, la mujer ó el desayuno; entonces el tren marcha locamente, salva como un rayo la fértil llanura y las dos horas y media que los reglamentos exigen, se encogen hasta dos. La aceleración del movimiento se transmite, por medio de inmutables leyes físicas, á la sangre de los milaneses excursionistas, y el convoy se puebla de cantos, discursos, gritos de alegría

y vociferaciones de disputa, que hacen competencia y á veces llegan á dominar el fragor de las ruedas y al desgarramiento de los silbidos. El tren se convierte en una jaula de locos, llena de vida y de animación.

El espectáculo no puede ser más pintoresco; lástima que no les guste á los ingleses. En todos lados, en Italia sobre todo, hay por lo menos un inglés viajando en cada tren, y en cuanto ocurre un retraso de un minuto, ó un expedicionario levanta un poco la voz, ya empieza á poner mala cara y á decir que todo es *shocking*. Me refiero únicamente á los ingleses masculinos y á los femeninos entrados en edad (hay muy poca diferencia, á lo menos aparente, entre estos dos géneros), pues las lindas *misses*, de ojos azules y profundos, boca infantil y pelo color de lino, cuerpo alto y esbelto y delicadísima vocecita, se suelen divertir mucho con los mil incidentes de un viaje de dos horas, que no se sabe cuándo, cómo y dónde acabará; yo sospecho que entran por mucho en su diversión las fulminantes miradas que los horteras milaneses despiden sobre ellas; las pobres muchachas se equivocan un poco y todas se figuran que quien tiene aquella gallarda apostura, aquella romántica melena y aquellos ojos de basilisco, debe de ser algún aventurero príncipe capaz de raptarlas con lamentable desprecio del derecho de gentes inglés, de conducir las á la montaña, convertirse en bandido generoso, defenderse contra los *carabinieri*, llevar á cabo hazañas nunca puestas en opereta

y amarlas con ese fuego y ese ardimiento que sólo sienten, contra lo que vulgarmente se cree, las juveniles organizaciones del Norte cuando el sol del Mediodía empieza á arrancar oriente de perla á su blanca tez.

La desdichada inglesita se forja á escape su correspondiente novela apasionada, se ruboriza, se marea; el tren, el lago, la estatua de San Carlos Borromeo y la inevitable *frittata erbi* del *Albergo* empiezan á darle vueltas en la cabeza... y, al día siguiente, ya de nuevo en Milán, se le ocurre comprar una vara de cinta, entra en un lujoso establecimiento, y, tras el mostrador, ya sin la mirada incendiaria propia de la excursión dominguera, se encuentra á su príncipe bandolero que con la mayor amabilidad le presenta el muestrario de los *moirés*. ¡Primera y trágica desilusión! La pobre niña se vuelve desolada á su hotel, donde la espera el prosaico padre, cómodamente instalado ante un kilo de *roastsbeef* y medio litro de cerveza.

Una cosa característica de las excursiones de los lagos en días de fiesta es el colocarse, en cada departamento, precisa y exactamente el doble del número de las personas que caben, sin contar los niños. Los coches suelen ser corridos, á consecuencia de lo cual cada uno parece un gallinero. Todo el mundo fuma los empecatados *Virginia*, todo el mundo habla á un tiempo y todo el mundo va tomando un tentempié mientras no llega el momento

solemne de la pitanza en las riberas del lago.

Los chiquillos son indiscutibles propietarios del terreno que cuadra debajo de los asientos. Los cuidados paternos y maternos terminan con la entrada en el vagón; una vez dentro, cada retoño se desliza por donde puede, se une al compacto montón, se revuelca encima ó debajo, grita, llora, araña y muerde á los demás, y, cuando se le ocurre la fantasía de respirar y ver la luz del día, se agarra á la primera pierna de persona mayor que encuentra, trepa por ella, recorre cinco ó seis regazos, y, por otra pierna, vuelve á bajar y á reunirse con el resto de la gusanera; todo ello, sin que ninguno de los propietarios de las piernas ascensora y descendora y de los regazos del tránsito, interrumpa sus ocupaciones del momento, deje de fumar, de cantar ó de comer para enterarse de á quién pertenece el tierno vástago que se pasea por sus rodillas.

En cada estación se produce un rebullicio, porque todos y cada uno de los expedicionarios pretenden asomarse á un tiempo; suele haber algunos niños pisoteados, algunas señoras medio ahogadas y algunos estómagos violentamente adheridos á la columna vertebral por medio del tacto de codos, tan recomendado por la Ordenanza; entonces, las conversaciones se convierten en alaridos, las interjecciones en blasfemias, los cantos en gritos salvajes. Pero el tren vuelve á rodar y se restablece el relativo orden, hasta la próxima parada.

¡Arona! El convoy se vacía rápidamente y

cada madre busca á su hijo. Al encontrarlo con el traje en girones y la cara llena de arañazos, le administra un convincente correctivo; los padres cargan con la merienda, las madres con los cachorros, la desordenada procesión se pone en marcha, y la colosal efigie de San Carlos sonríe benévola desde su altura, al ver cómo á sus piés se divierte el buen pueblo de Milán.

XX

EL LAGO MAYOR—LA SUIZA FALSIFICADA—LA ESTATUA DE SAN CARLOS BORROMEO—PSICOLOGÍA DE LAS GUÍAS Y DE LOS GUÍAS.

Todo el mundo sabe lo que es un lago: una vasta depresión del terreno llena de agua, ordinariamente alimentada por las vertientes de las montañas y que suele dar origen á uno ó varios ríos. Esto es, sobre poco más ó menos, un lago en general; pero un lago en Italia y sobre todo un lago, una de cuyas riberas es italiana y la otra suiza, un lago en estas condiciones, y aun especializando más, el Lago Mayor, es cosa muy diferente.

Por de pronto, hay quien afirma que, á lo menos, su mitad helvética es una falsificación; no se asusten ustedes, pero sepan que un ilustre novelista francés insinúa, con grandes visos de verosimilitud, que la República de Suiza no existe: parece ser que á los turistas les gusta mucho todo eso de montañas inaccesibles, ventisqueros peligrosísimos, ascensiones temerarias, atmósferas irrespirables, cascadas verti-

ginosas, leche cuajada, juguetitos de madera, *ranz des Vaches* matutinos, cazatas de gamos, historias de Guillermo Tell, etc., etc. En vista de estas aficiones de los viajeros en general y de los ingleses en particular, se constituyó en una aldeilla llamada Berna cierta sociedad en comandita, formada por ingeniosos y atrevidos negociantes norteamericanos, la cual supo aprovechar algunos charcos para hacerlos lagos y determinadas ligeras tumescencias para convertirlas en montañas grandiosas. El hielo lo producen por medio de máquinas escondidas en el seno de las propias montañas; los gamos y las gamuzas los crían en corrales recatados á toda mirada indiscreta; llega un inglés y quiere darse el gustazo de ver una avalancha: inmediatamente el guía telefonea á la central, funcionan los aparatos y el espectáculo se produce según tarifa; catástrofe de 100 francos: caída de 10.000 kilos de hielo, arrastrando tres árboles seculares y el *alpenstock* de un viajero; esto es lo más barato. Catástrofe de 250 francos: 25.000 kilos de hielo y fallecimiento de un guía (de madera, naturalmente, pero *muy propio*). Catástrofe de 1.000 francos: caravana sorprendida; definitiva desaparición de varias señoras y diferentes caballeros; actos de heroísmo; una madre que salva á su hijo; una suegra que arranca del precipicio al yerno de sus entrañas; relato detallado al día siguiente en todos los periódicos de la confederación y telegrama en el *Times*, etc.

De modo que, si esto es verdad, nadie podrá

negarme que un lago que sólo es lago hasta la mitad y después falsificación de lago, es cosa que tiene que ver. Pero además de esto, en el Mayor hay recuerdos históricos: Italia es un país muy afortunado; en cada esquina ha ocurrido algo digno de escribirse con letras de oro, y en Arona, humilde pueblecillo que se refleja en las verdes aguas del Lago Mayor, vino al mundo en 1538 San Carlos Borromeo. Por cierto que fue español, puesto que el Milanesado pertenecía entonces á Carlos I.

La estatua del que Gregorio XIII llamó *lumbra de Israel*, monumento colosal de cobre y bronce, de treinta y cuatro metros de altura, domina desde una colina al pueblo natal y al lago en cuyas orillas se deslizaron los primeros y apacibles días del héroe de la caridad cristiana. Maravillosamente trabajada, con la grandiosa severidad de ropajes en que fue tan fértil la estatuaria del siglo xvii, la efigie del santo Cardenal produce admirable efecto: las proporciones están estudiadas con tal cuidado que, á pesar de su extraordinaria magnitud, el conjunto no tiene nada de deforme.

Dicen que en la cabeza del coloso caben tres personas, que por los ojos y por las orejas se domina un panorama espléndido y que en el libro que tiene en la mano no sé que pasa. Pero Alejandro Dumas nos cuenta la historia de las gimnasias que tuvo que hacer para cazar á un sacristán que le servía de *cicerone* en las interioridades del gigante, y esta historia es de tal manera terrorífica y nos pinta en ella con tan

vivos colores el martirio del vértigo y las ansias del vacío, que, generosamente, yo renuncio á la ascensión, con ó sin sacristán, pensando que la naturaleza pródiga ha de brindarme con mil y un puntos de vista mucho mejores aún para la contemplación de las bellezas lacustres.

Estoy en Arona para conocer el Lago, y digan lo que quieran las guías, me decido á tomar un guía. Vean ustedes la diferencia que hay entre el femenino y el masculino de la palabra guía; es muy importante, y todo viajero debe conocerla. *La guía* difiere casi absolutamente de todas sus cosexuales; tal vez sea la única hembra del mundo que reúna las tres condiciones de ser barata, fácil de manejar y fácil de conducir; es barata porque con desembolsar de un golpe unos cuantos, muy pocos, francos, ya se está servido; facilísima de manejar porque sus previsores padres se esmeran en hacerla de tal forma, que su dueño y señor conozca al instante los más recónditos repliegues de su alma, las más ligeras variaciones de su íntimo ser; en cuanto á su manuabilidad, baste saber que la guía más completa cabe en cualquier bolsillo de cualquier traje de viaje.

Pero la suma perfección no pertenece á este mundo: la guía, que tales virtudes atesora, padece un vicio nefando: es celosa. Así es que en cada una de sus páginas nos dice: "Desconfiad de los guías, inútil tomar un guía, rechazad al tivos á los guías, fusilad sin piedad á los guías."

El guía, por lo contrario, es caro, porque

tiene familia, come, bebe, fuma y cuenta leyendas; aun si no contase leyendas se podría sin gran esfuerzo subvenir á sus otras necesidades, pero las leyendas están sometidas á una tarifa casi tan elevada como las avalanchas: leyenda con dama encantada, cinco francos; con dama encantada y caballero convertido en animal fantástico, siete cincuenta; con dama, caballero y hada bienhechora, quince. Hasta aquí menos mal. Pero como el guía note en el viajero cierta predilección por el diablo... la ruína; en este país todo es del diablo: puentes del diablo, castillos del diablo, gargantas del diablo, precipicios del diablo *et sic de coeteris*. Con lo cual resulta que al cabo de veinticuatro horas el diablo presenta, por mano del guía, una cuenta aterradora. He aquí un suplicio que se le olvidó al Dante.

De modo que el guía es lujo caro. En cuanto á su manejo y á su conducción, no digamos: es él quien maneja al viajero y lo lleva por donde le parece y le hace trepar por los vericuetos más cabrunos y lo deja tranquilamente á caballo de cualquier agudísima arista suspendida sobre un agujero de 500 metros de profundidad, mientras se va á cortar la ramita de un pinito.

Pero, con todos estos inconvenientes, el guía tiene una ventaja enorme: es algo vivo, personal, individual. Algo que tenemos para nosotros solos y no, como la guía, exactamente semejante á lo que llevan los demás turistas. Nos contarán las mismas cosas que los otros

guías contarán al prójimo, pero sus palabras nos pertenecerán completamente. Es la poesía del viaje, el lazo que nos une íntimamente con las costumbres y la vida de los lugares que pisamos por primera y quizá por última vez. Nos roba, pero lo hace con muchísima gracia.

De modo, que quedamos en que voy á tomar un guía y que mañana, cuando haya descansado convenientemente en el limpísimo *albergo Reale d'Italia*, emprenderemos ambos la excursión hasta la ribera suiza.

XXI

EL LAGO MAYOR—DE ARONA Á PALLANZA—LAS ISLAS BORROMEAS

Al atardecer verifiqué mi elección entre la docena muy cumplida de *ciceroni* que el propietario del *Albergo Reale* reunió á mi requerimiento. Cada uno alegó sus méritos é insultó á los demás; yo, cual Salomón prudente, designé por futuro compañero en mi próxima expedición al que menos había hablado bien de sí mismo y mal de sus colegas; le pregunté su nombre, dijo llamarse Luigi y lo despaché, encargándole que al día siguiente, á las seis en punto de la mañana, viniese á despertarme. Hecho todo lo cual, me dispuse á contemplar la puesta del sol sobre el lago; busqué el paraje más á propósito, y cuando iba á instalarme en él, volvió Luigi á pedirme un ligero adelanto de dos liras; se lo dí y se marchó definitivamente. Entonces pude entregarme á mis anchas á la admiración del soberbio espectáculo. El lago, larguísimo y estrecho, se teñía de los colores más armoniosos y suaves; las cimas nevadas

tornábanse rosáceas; una extraña fulgurancia opalina flotaba en la atmósfera. Aun mucho después de desaparecido el radioso astro y ya sumidas en la obscuridad las riberas, las lejanas cumbres seguían reflejando los postreros destellos. Por fin todo quedó en tinieblas y yo fuíme en busca de la sencilla refacción y del nítido lecho con que me brindaba el *Albergo Reale*.

En el cual lecho me hallaba durmiendo con el sueño de la inocencia no perseguida cuando, puntual como la muerte, hizo su presentación Luigi. Creí hallarme en presencia del mismo fenómeno de óptica que la tarde anterior tanto me había gustado en las cumbres alpinas: era el mismo rosicler de la nieve herida por los rayos del sol poniente, sólo que esta vez, en lugar de producirse en las lejanas eminencias, tenía efecto en la nariz de Luigi. Traté de indagar, por medio de la lógica, la causa de tal coloración insólita, cuando vino en mi ayuda la elocuencia: Luigi se sentía elocuentísimo, aunque un tanto premioso al emitir su pensamiento. Por fin el sentido del olfato acabó de descorrer el velo del enigma: Luigi olía á Chianti desde un kilómetro; se había bebido mis dos liras y estaba perfectamente borracho.

—Excelencia... una mañana hermo... hermosísima... el la... el la... el lago tranquilísimo... el vapor espe... espe... esperando... Vá... vá... vámonos... Aprisa... exce... excelen... excelen-
cia... ¡Uy!

Y se sentó sin más ceremonias.

—¡Pues me he lucido! —pensé.—Ahora éste ni se acordará de los nombres de los lugares ni de las fechorías que hizo el diablo en todos los rincones. ¡Por vida de los juicios salomónicos!

Mientras pensaba me vestí; Luigi se había dormido beatíficamente y hasta comenzaba un armonioso solo de ronquidos. Le sacudí con energía.

—El cas... el castillo del diablo... del diablo... el conde Borro... Borromeo... San Carlos... Lo... Locar... Locarno... otro va... so... ¡Ah, perdón, excelen... excelencia...!

—Andando.

Salí del *Albergo*, guíé al guía hasta el embarcadero, le metí á bordo del vaporcillo que ya estaba casi lleno, y poco después empezó la excursión. Luigi se tumbó á proa, patas arriba, y yo me resigné á contarme á mí mismo lo que se me fuese ocurriendo de la excursión.

Aunque, en rigor, la travesía de todo el lago puede hacerse en un día, yo preferí descomponerla en dos, yéndome en el primero á pasar la tarde y á dormir en Pallanza, donde, según mis noticias, había dos cosas igualmente agradables: un buen hotel y un paseo delicioso hasta el puente... del diablo, por fuerza; así se lo comuniqué á gritos y al oído á Luigi sin obtener de éste más contestación que un *brvrrr* muy ambiguo.

El vapor costea rápidamente la ribera occidental; pero saliendo de Arona es tan estrecho el lago, que en la oriental se percibe perfecta-

mente el primero de los castillos del Conde Borromeo que hemos de ver; colocado en una amenísima península, dominando una de las extremidades más pintorescas del Lago y á la falda de un monte cubierto de tupida y obscura vegetación, este castillo puede hacer competencia á las otras posesiones borromeas que en las famosas islas vamos á visitar. El vapor se detiene algunos instantes en Meina, después en Lesa, luego en Belgirate, lindo pueblecillo rodeado de quintas encantadoras. El Lago Mayor es uno de los lugares predilectos, no sólo de ingleses y alemanes, sino también de una buena parte de la aristocracia italiana para pasar el estío; así es que todas estas pintorescas aldeillas están cubiertas de *villas* deliciosas; en Stresa está la de la Duquesa de Génova, las de los Imperatori, Durazzo, Casanova, y algunos viajeros, por fin, hacen calurosos elogios de la Pallavicini que, en un altozano y rodeada de espléndido parque, se distingue á alguna distancia del poblado. Stresa se halla colocada enfrente de Pallanza y cerrando ambas la entrada del golfo que abriga á las renombradas Islas Borromeas.

Dos son las que pertenecen á esta ilustre familia, ó, por lo menos, sólo en dos han desplegado los parientes de San Carlos su señorial magnificencia: la *Isola Bella* y la *Isola Madre*, ambas cubiertas de terrazas superpuestas y de una vegetación maravillosa. En la *Bella* está el palacio de los condes, medio arruinado, pero conteniendo una no despreciable galería de

pinturas. Desde las arcadas de un largo pórtico que sostiene á aquel, se domina una de las vistas más hermosas del mundo, sin duda alguna. Lo más bello de este panorama es el contraste que forman la eterna nieve del Simplón y la profusa masa de laureles, castaños, olivos y viñas que cubren materialmente las rientes orillas del Lago. Pocas veces la Naturaleza se muestra más grandiosa y alegre á la vez; en pocos lugares la imponentísima solemnidad de los helados gigantes europeos se une de manera tan poética al coquetón aspecto del laurel-rosa, del naranjo, de la magnolia, del cedro. Allá arriba, el frío de la muerte; abajo, la exuberancia, la fuerza, el vigor de la vida vegetal de las regiones templadas. ¡Qué Condes Borromeos éstos! Si se aburren aquí, no sé dónde se van á divertir.

El vapor se ha largado; Luigi empalma su tercera siesta del carnero en la primera plataforma, á la sombra de un magnífico laurel y al lado de un mármol que representa á Baco durmiendo la mona; los criados que me enseñan las maravillas de la isla, bien llamada Bella, me significan asaz claramente que mi presencia les encanta, pero que si me voy, seré mucho más encantador aún. Un bote con dos remos se dispone á recibirme en su seno, y yo, después de acomodar en él mi equipaje, Luigi inclusive, enderezo la proa hacia el almuerzo en Pallanza.

XXII

EL LAGO MAYOR—DE PALLANZA Á LOCARNO

Me figuro que al pío lector ha de tenerle muy sin cuidado el relato de cómo almorcé en Pallanza y de cómo en Pallanza dejé durmiendo á Luigi. Hágole, pues, gracia de estos pormenores muy interesantes para mí solo, y únicamente me permitiré recomendarle, si alguna vez hace esta excursión, el Gran Hotel Pallanza, situado en amenísimo rincón, ó el Garoni, desde el cual se disfruta de una vista deliciosa. Ambos son buenos y en ambos se come muy bien.

Una vez cumplidos mis deberes para con el estómago, emprendí, á pie, la caminata hasta el puente de *Santino*. La carretera faldea primeramente el monte *Rosso*, en pendiente suave; á cada paso se descubren nuevos puntos de vista á cual más lindo, ya sobre el golfo, ya sobre el legítimo (aún no estamos en Suiza) lago; unas veces las tres islas Borromeas, la *Bella*, cercana á la ribera; la de *i Pescatori*, larga y

estrecha, y la *Madre*, en mitad del golfo y presentando su magnífico parque inglés, que sustituye, en la parte que desde aquí se vé, á las terrazas que por sus otros flancos se escalonan, aparecen tranquilas y alegres; otras veces es el panorama de *Intra*, acostada en el hueco de dos ribazos y dominada á vista de pájaro.

Llego á un río, el *San Bernardino*, lo atravieso y comienzo á remontar su agitado curso, en medio de un bosque espléndido y de miriadas de arroyuelos. Pasamos por algunas aldeillas, blancas y limpias, diseminadas entre la compacta masa de verdura. A nuestra espalda queda el monte y, frente á nosotros, el terreno desciende bruscamente. Hay que abandonar la carretera, lanzarse por un sendero, bajar hasta el borde del río y allí, por fin, se encuentra el puente de *Santino*, uno de los cinco ó seis mil puentes con que el diablo, amabilísimo ingeniero, se dignó gratificar al país de los Alpes.

La borrachera soñolienta de Luigi me deja sin nuestra correspondiente tradición; de manera que tendré que contentarme con pensar que el diablo habrá encarnado, á los efectos de esta construcción, en el cuerpo de cualquier emperador romano. Realmente esto no tiene nada de particular, porque dichos señores más parecían demonios en forma humana que personas naturales, á juzgar por las muchas atrocidades que cometían; aquí cerca tenemos un ejemplo, el glorioso martirio de la legión Tebana. Pero el hecho es que, desprovisto como me hallo de la imaginación heredada de Luigi,

yo sólo veo uno de tantos puentes romanos, obras admirables por su atrevimiento y por su duración. Sucede que las generaciones posteriores, mucho menos adelantadas en ingeniería de lo que lo estaban las hijas de la Roma imperial, se asombraron al encontrarse con tales fábricas, y no comprendiendo que el humano calletre pueda llegar á tanto, las atribuyeron bonitamente á las potencias del infierno, las cuales, por cierto, dan una prueba más de su poca honradez al aceptar sin protesta una paternidad que no les corresponde.

A mi vuelta á Pallanza encontré á Luigi sumido en amargo llanto. Disipados los vapores alcohólicos que nublaban su claro intelecto, el remordimiento empezó á morderle en el alma. Así es que me dispensó una acogida conmovedora: allí fue el poner á Dios Padre, á Dios Hijo, al Espíritu Santo y á *la Madona*, todos ellos escoltados por buen golpe de santas y santos de los más escogidos, por testigos fehacientes de que *aquello* que le había sucedido era una pura casualidad; que él, Luigi, era un virtuoso padre de familia, hasta indicado para un cargo concejil en Arona, y que de su proverbial templanza se ocupaban las mil trompetas de la Fama. Lo que había sucedido era que en este mundo hay muchos envidiosos, y que cierto granuja y bandido, guía tan sólo de nombre, pues nunca había logrado saber con exactitud cuántos puentes eran obra del diablo en el país ni otros interesantes pormenores, lleno de rabia porque nadie utilizaba sus servi-

cios, le había conducido con engaño á la taberna, y allí, valiéndose también de malas artes, obligado á beber más de la cuenta. Por lo cual, en cuanto estuviésemos de nuevo en Arona, el escarmiento que hiciese con el corruptor había de ser tal, que las generaciones venideras lo recordarían, tanto por lo menos, como la historia de Guillermo Tell ó la de Garibaldi.—“¡Sí, excelencia, la culpa fue de *Pietro*, de Pietro tan sólo, del canalla de Pietro, *figlio d'un cane!*”

A pesar de que Pietro se había quedado en Arona, encargué al dueño del hotel que, aquella noche, pusiese un poco á tasa el vino de Luigi: yo soy muy partidario del *jus utendi*, pero creo que en la moderación está el gusto.

Ya estamos de nuevo embarcados, Luigi y yo, para recorrer el resto del lago; la mañana es fría y brumosa, pero el guía, completamente despejado esta vez, consulta la atmósfera, enarca las cejas y dictamina que el sol barrerá muy pronto á las nieblas.

Al pasar por delante de *Intra*, sin embargo, sólo percibimos, á través de los girones de la nube que nos envuelve, aquí una puerta, allí una ventana, más lejos el remate de una chimenea. Gracias á que ayer pude contemplar desde tierra todo el conjunto. En cambio, hoy tenemos otra gran cosa á bordo: tenemos á un sabio, sabio legítimo, con gafas y barba rala, joven, feo y definidor *ex-cathedra*. Va acompañando á unas señoras y les explica, con voz campanuda, que el Lago Mayor está á 197 metros de altura sobre el nivel del mar, que su

profundidad máxima es de 854, que tiene 60 kilómetros de largo, que los romanos le llamaban *lacus Verbanus* y que, por cierto, acababa de señalarse una importantísima depresión barométrica en las costas de Nueva Zelanda, según un telegrama que desde allí habían puesto para él solo. A consecuencia de la cual depresión era muy fácil que á aquellas horas lloviese en San Francisco de California, etc., etc. Poco después volvió á decir que el lago estaba á 197 metros sobre el nivel del mar, y que ni subía ni bajaba de ahí.

El hecho es que la niebla se fue disipando poco á poco, sin duda para ir á referir á las nubes aquello de los 197 metros, y que, al acercarnos á Laveno, villita que duerme en el fondo de una lindísima bahía y á la cual defiende una montaña cubierta en su totalidad de espléndido verdor, pudimos ver el monte *Rose*, con su argentada diadema de agudísimos picos.

El vapor recorre caprichosamente la costa, tocando en una y en otra orilla y dejando marcada anchísima estela en la tranquila y gris superficie del lago. La niebla, un instante deshecha, vuelve á concentrarse á nuestro alrededor y en la toldilla aparecen algunos paraguas. El sabio no deja de dar algunas explicaciones científicas acerca del fenómeno meteorológico, y yo no sé si á causa de estas explicaciones ó del olor de la máquina, una de las señoras que van con el docto profesor se desmaya; gritos de

la otra, que es su hija; órdenes del sabio; grupo alrededor; frascos de sales que aparecen por todos lados; confusión general. Por fin, la desmayada abre los ojos poco á poco; suspira, aprieta la mano de la hija y, con voz dolorida, pregunta:

—¿Dónde estôy?

—Aquí, mamá; aquí, con nosotros, en el Lago Mayor.

—Sí, señora—añade el sabio;—en el Lago Mayor... á 197 metros sobre el nivel del mar.

Nos detenemos un instante en Luino, donde dicen que hay una estatua de Garibaldi; esta estatua forma la extrema vanguardia del ejército innumerable de mamarrachos que perpetúan en Italia la memoria del *solitario de Caprera*; aquí ya empiezan á hacer competencia á su popularidad, por un lado Guillermo Tell y por otro los *Mazzarda*, apreciable familia de bandidos que había sentado sus reales enfrente, en *Cannero*, ocupando un par de castillos medio arruinados. Es fama que estos dignísimos ciudadanos hicieron en todo el país de los lagos un número incalculable de fechorías dignas de ser puestas en romance de ciego. Por ahora no les elevaron estatua ninguna, pero se la elevarán, de seguro.

Unos minutos de parada en *Canobbio* y penetramos ya en la parte suiza del Lago, es decir, en la falsificada: esas riberas, que por las escasas desgarraduras de las nieblas aparecen de vez en cuando, son ya territorio federal, la Suiza famosa, *alma mater* de la Naturaleza

pintoresca, mansión de los colosos que confunden sus cimas con el cielo. El vaporcillo deja á ambos lados enormes deltas arenosos, se mete por un estrecho canalillo, y, casi en la desembocadura de un río, se para resollando. Hemos llegado. Y mientras el sabio comienza una disertación acerca del nacimiento de los deltas, me reuno con Luigi y ambos pisamos la tierra de la República Helvética en Locarno.

XXIII

LOCARNO—LA "MADONNA DEL SASSO"

El Cantón del Tesino es suizo por la misma razón que Saboya es francesa, por una razón pura y exclusivamente política y en la cual no tienen la menor parte las consideraciones etnográficas y lingüísticas. La dinastía saboyana, impotente por sí sola para realizar la unión itálica, tuvo siempre, tanto para batir á los austriacos que ocupaban la Lombardía y el Véneto, como para apoderarse de Nápoles y de Roma, que recurrir á extrañas ayudas; unas veces á la de las armas, otras á la de la política francesas. Pero Napoleón III no hacía nada gratis: Víctor Manuel tuvo que comprar la sangre vertida en Solferino y la que no se vertió en Roma, y el precio fue su propia casa solariega, el país que daba nombre á su raza, la Saboya de Filiberto Manuel y de Carlos Alberto. La suspicacia francesa que así se cobraba del *fate, ma fate presto*, impidió asimismo que el Cantón cuyas orillas baña el Lago Mayor y que es más italiano que la *tarantela* por idioma, costumbres, co-

lor típico y todo, pasase á obedecer á la blanca cruz saboyana, en lugar de á la roja helvética.

El hecho es que Locarno es suizo, y que de esto nos enteramos por unos postes con las armas de la República, y por el uniforme de los escasos aduaneros que vigilan por las riberas para impedir un contrabando imaginario. Lo demás es pura Italia, y Luigi, que cae en la Confederación como en su propia casa, no tardaría en hallar *Chianti* abundoso, si yo no me creyese en el caso de representar cerca de él al espíritu de la templanza. Nos hallamos, pues, en la Arcadia feliz de Europa, en un país en el cual el trabajo, la honradez, la economía, el patriotismo, la religiosidad, la pureza de costumbres y no sé cuantas virtudes más, anidan á la sombra de patriarcales instituciones políticas; aquí, Guillermo Tell se entretenía en el tiro al blanco sobre la familia y en desmondongar gobernadores crueles; y aquí, Juan Jacobo Rousseau hacía trataditos de educación enciclopédica. ¡Válgame Dios y lo que nos perdemos con no ser suizos! Lo malo es que luego se me ocurre comprar un periódico: "Los granujas del Contón de Vaud" ¡Demonio, pues esto no es fraternidad precisamente! "Los bandidos grisonnes".—¡Hola, hola! ¿De modo que vosotros, oh tesineses, no podéis olvidaros de que lleváis sangre italiana en las venas, ahora que ya os cobija el pabellón inmaculado, y os tirais los trastos á la cabeza con vuestros compatriotas, como si fueseis turineses y florentinos? Pues esto no era lo tratado: nosotros venimos aquí

bajo la fe de Juan Jacobo, y nos encontramos con que, al fin y al cabo, la humanidad es la misma en todas partes, y con que el cándido optimismo del filósofo genebrino es pura monserga.

Locarno es una villa muy mona, pequeña como todas las que esmaltan los bordes del lago, limpia y brillante como tacita de plata. Los montes que, detrás de ella, forman la primera estribación de los Alpes, ofrecen un panorama mucho más grandioso que el de las otras orillas. La vegetación no es tan tupida, pero en cambio enormes masas graníticas anuncian ya la proximidad de las próceres cumbres. Luigi me lleva á la plaza y me dice que allí mismo, en los sitios en los cuales descansábamos nuestras plantas, *por poco* ahorcan á los Mazzarda.

—¡Hombre! ¿Y por qué los dejaron?

—Pues nada más que porque no los cogieron, excelencia. Lo demás, ya tenían las horcas hechas.

Noté gran animación en la plaza, á la que faltó tan poca cosa para haber presenciado el suplicio de tan distinguidos sujetos: multitud de mujeres, vestidas y peinadas de las maneras más diferentes y pintorescas, buen golpe de hombres no menos diferente y pintorescamente ataviados, gritaban á la vez y entre sí en una especie de *patois* muy italiano. Luigi tuvo á bien informarme de que aquella multitud se congregaba en el mercado, de cada dos jueves uno. El espectáculo era atractivo, y allí me hubiese quedado largo rato si el guía no me hubiese indicado la conveniencia de ir pensando

en apechugar con una mediana cuestecilla con honores de derrumbadero en varios de sus puntos, y que conducía á cierta *Madona del Sasso*, muy venerada en todo el país, á la cual se dirigían peregrinaciones de continuo, y que estaba situada de tal forma que dominaba una maravillosa vista del lago. Conque empezamos nuestra peregrinación, mucho más profana que piadosa, y después de resoplar bien por la endemoniada pendiente, llegamos á una roca que domina á Locarno, al delta y á la extremidad Norte del lago. En efecto, el panorama es asombroso: las serenas aguas resplandecían, bajo los tenues rayos de un sol filtrado por las desgajaduras de la niebla, con cambiantes de plata mate; caído el viento por completo, algunas barcas inmóviles, plegada y ondulante la vela, parecían pedazos de hielo desprendidos de la fría corona del monte Rose; uno de los vaporcillos llegaba rompiendo espuma y enviando á las nubes denso penacho de humo negrísimo. Luego el delta prolongaba su extensión tranquila y solitaria mientras que, á la espalda, el desordenado granito escalonaba los primeros pasos de su calzada de gigantes. El majestuoso silencio de la naturaleza entregada á sí misma envolvía al cielo, á la tierra y al agua á la vez, y cuando todo el paisaje se llenaba de la pálida tristeza de la atmósfera húmeda, allá, lejos, en donde la altura aterra y adonde sólo la imaginación puede llegar, las cumbres de eterno frío reverberaban como metal en fusión, al brillo del sol libre de brumas.

XXIV

DEL LAGO MAYOR Á VENEZIA

El viaje de vuelta por el Lago Mayor y por el ferrocarril hasta Milán no difirió del de ida más que en la rapidez, que fue algo mayor, y en que en vez de tomar compañía en Arona, allí mismo abandoné la de Luigi. Reintegrado el buen guía á los patrios lares, restituído al amoroso seno de la taberna y de la familia, se creyó en el caso de conducirme todavía hasta la estación, de ocuparse aún de mis equipajes, de tomarme el billete y acomodarme en un buen departamento; en el momento solemne que precede á la salida del tren, Luigi, visiblemente emocionado, me estrechó contra su corazón; luego se llevó el pañuelo á los ojos, y, hasta la primera curva del camino, pude ver la inmóvil silueta del leal aronés, amigo de cuatro días y guía de mucho menos tiempo, del que le dejaban libre los alcohólicos.

Mi segunda estancia en Milán fue muy corta, pues sólo me detuve el tiempo preciso para

esperar el tren que había de conducirme á Venecia, el *Cannes-Nizza-Vienna-Varsavia-Pietroburgo-Express*. Las pocas horas que mediaron entre mi llegada y mi salida, las empleé, puesto que ya eran vespertinas, en recorrer calles mirando iluminados escaparates. Comí en la espléndida estación y, poco después, ya estaba camino de la Dogaresa.

Pié forzado de este viaje: llegar á Venecia con luna, precisamente llena. Sin los pálidos fulgores de la casta Diana, hemos acordado ya de antiguo que no se pueden ver ni los canales ni la *Piazza* ni la *Piazzetta*. De manera que el viajero que con cuarto menguante se prepare á ir á Venecia, una de dos: ó pierde todo derecho al glorioso título de turista y por ende al respeto de sus conciudadanos, ó lo deja para mejor ocasión y espera la rutilante fase del astro de la noche, recorriendo otros rincones de la península, cosa que no ha de pesarle, pues todo el tiempo es poco en Italia. Lo malo del caso fue que yo me había olvidado el verdadero Zaragoza en España; que por muchas gestiones que hice para procurármelo en todas y en cada una de las poblaciones recorridas hasta la fecha, no me fue posible dar con él, y que, por lo tanto, no sabía ni aproximadamente cómo estaría Febea en aquellos momentos. De aquí mi intranquilidad: mientras el *Cannes*, etc., iba echando demonios por la monótona llanura lombarda, me esforzaba en rasgar el negro crespón nocturno; de vez en cuando me parecía que á través de la espesa nubareda se filtraba un

tenue rayo de plata, y entonces el corazón me latía apresuradamente: pero de pronto la obscuridad lo envolvía todo de nuevo. En estas angustias pasó una hora y luego pasó otra. El tren redoblaba su fantástica velocidad, iluminando con fulgores rojizos é instantáneos la planicie inmensa. ¿Qué iba á ser de mí? ¿Llegaríamos á Venecia como era debido, pudiendo contemplar cara á cara la redonda y agujereada faz de la luna, ó toda la negrura de una noche tempestuosa no sería lo bastante para ocultar mi vergüenza?

Afortunadamente mi buena estrella no me abandonó en tan crítico momento; más aún, de estrella vulgar se convirtió en satélite esplendente. Vino un airecillo, disipó las nubes y la luna apareció radiosa, llenando de suave claridad la llanura esmaltada de pantanos, surcada de canales y cruzada en todas direcciones por larguísimas alamedas de escrupulosa rectitud.

Y así llegamos á Bréscia, en donde muere la planicie lombarda y cuyos accidentados alrededores sirven de asiento á muchas y muy pintorescas casitas de campo, silenciosas á aquellas horas; poco más allá, una vasta extensión de agua aparece á nuestra izquierda, cortada por una península cubierta de obscuro follaje: es el gran Lago de Garda que penetra como una espada en los flancos del imperio de Austria; la perspectiva, á la luz de la luna, es encantadora. Unos minutos más y, á la derecha ahora, queda un lugar célebre, el campo de ba-

talla de Solferino que costó la Lombardía á Francisco José.

El Véneto se acerca: de nuevo distinguimos el lago y, á sus orillas, Peschiera, una de las plazas fuertes con que Austria defendía sus estados italianos. No tardamos en llegar á otra de las puntas del cuadrilátero famoso: Verona la inexpugnable, dominando al tumultuoso Adigio. Y después, casi al pie de las estribaciones primeras de los Alpes, fertilísimos campos de moreras y viñas, cubiertos de complicada red de canales de riego. Por momentos la vista de las montañas es más hermosa, á estas horas en las cuales las sombras parecen prestar á todo proporciones desusadas; en todas las cimas, castillos roqueros medio arruinados, á lo menos al parecer, de romántico aspecto. Pronto vuelve la llanura, una vez dejada atrás Vicenza, y desde Padua, la ciudad del santo de las niñas, aún percibo muy lejos, en un horizonte muy remoto, una cordillera de nevadas cumbres: los Alpes del Tirol, los Alpes siempre.

Por instantes la llanura se vuelve más desierta y pantanosa; el rápido expreso corre como poseído del vértigo, hasta que de repente se detiene: hemos llegado á uno de los extremos del continente, á Mestre.

Aquí acaba la tierra firme, aquí muere Europa: más allá, un larguísimo arrecife, un muro que no sostiene más que la vía férrea, sirve de lazo de unión á Italia con la pobre ex-reina de los mares. Y el tren, que marcha ya lentamente, hace la ilusión de que navega, de que flota

sobre las tranquilas aguas en que se quiebra la luna y que, de tiempo en tiempo, dejan aparecer ligeros deltas de cortísimas proporciones. Así atravesamos la histórica laguna en pocos minutos, y por fin, en una estación parecida á todas las demás, aunque un poco más tranquila, libre del febril movimiento de la milanese, oigo la palabra sacramental, la palabra dulcísima para los oídos de todos los viajeros, que encierra en sí las ilusiones de toda la vida de un artista, de un historiador ó simplemente de un *globe-trotter*, y que siempre se oirá con íntimo regocijo, con hondo deleite:

—Venecia.

XXV

VENECIA DE NOCHE

La primera sensación que produce Venecia es de tristeza hondísima y de compasión respetuosa. Yo no sé si en ello tienen parte la calma, la muda soledad que á las altas horas de la noche invaden los canales, y el contraste de Milán, abandonado horas antes y estremecido de vida y de animación. Pero lo cierto es que se penetra en la ciudad de los Dux como puede penetrarse en un cementerio. El viajero siente la emoción que inspira lo que fue grande, glorioso, ilustre, y hoy, envuelto aún en el derrotado manto de su dignidad, conserva sólo la añoranza de sus perdidos esplendores. Tal vez para nosotros los españoles sea aún más intensa esta impresión por cuanto muy semejante tiene que causárnosla nuestra Patria en conjunto y casi todas sus ciudades en detalle: también nosotros, como Venecia, hemos sido mucho y hoy somos muy poco, y también las piedras de los palacios de Toledo y de Zamora,

de León y de Santiago, conservan, como los mármoles venecianos, impresos los blasones de una edad de oro. Vemos aquí y allá, en las orillas del Adriático y en las riberas del Tajo, la huella de ilustres grandezas históricas, las frías cenizas de un fuego que llenó al mundo... hoy, por desgracia, extinguido: pero á los venecianos y á nosotros nos queda aún ese reflejo melancólico que, á través de las edades, perpetúa el recuerdo y resucita la admiración.

Lo más característico de Venecia es el solemne silencio: duerme la ciudad, y ni el murmullo de las olas, monótona cantinela de las playas abiertas, turba su reposo de muerte. Duerme Venecia y duerme el Adriático, duermen los góticos y bizantinos palacios, duermen las multicolores iglesias de profusa ornamentación. Y sólo se siente el suavísimo deslizar de la góndola por los negros canales, el pausado golpe del remo, el fúnebre grito del *barcajuolo* al llegar á una esquina. A lo lejos pasa, agrandada por la noche y fantástica por su velocidad, otra góndola, negra cual todas, columpiando su farolillo y haciendo brillar de vez en cuando, al ser herida por cualquier tenue resplandor, la clásica alabarda de su proa, el *ferro* tradicional. Y mientras en medio del silencio resbalamos por los angostos canales, el gondolero me va diciendo los nombres de los palacios que dejamos atrás, nombres todos que evocan glorias pasadas, tragedias semifabulosas, crímenes históricos, hazañas magníficas, pero todo, lo bueno y lo malo, grande y potente: "Palazzo

Pésaro, Palazzo Barbarigo, Palazzo Morosini, Palazzo Dándolo, Palazzo Fóscari, Palazzo Giovanelli.”

¡Qué nombres! En ellos se condensa toda una historia de áureo esplendor, hoy muerta como lo están ellos. Estos palacios son los vacíos panteones de sus dueños, lápidas sepulcrales que sólo el apellido perpetúan. El palacio Dario Angarini es hoy consulado de América; el Manzoni, el Contarini, el Balbi, el Malipiero, son almacenes; el Giustiniani, el Tiepolo-Zucchelli, el Ferro, el Fini, están convertidos en prosaicos hoteles; Escuela de Comercio es el Fóscari, Audiencia el Grimani, Ayuntamiento el Farsetti y el primero de los Loredanes, que sirvió de vivienda á Guido de Lusignan, Rey de Chipre; el Banco Nacional se apoderó del Manin, en el cual ha habitado el último dux; ¿qué diría Catalina Cornaro, Reina de Chipre, si supiese que su solar estaba convertido en casa de préstamos? ¿Qué los nobles senadores cuyas casas son hoy propiedad de judíos enriquecidos? Y apenas si en este tremendo desastre de toda una gran nobleza, el palacio Loredán segundo puede envanecerse de ser propiedad y hogar del Jefe de la Casa de Borbón, el Mocenigo de haber albergado á Lord Byron, y el Vendramin de pertenecer á los ilustres Duques della Grazia.

Y es que jamás aristocracia alguna cayó tan bajo como ha caído la aristocracia veneciana. Se hundió con la oligárquica república que era su obra; no ha podido sobrevivir á sus privile-

gios. Napoleón, que supo deshacer y jamás crear, dióle el golpe de gracia. Y desde entonces los nietos de los Dux pasaron de la pobreza á la abyección, de la desdicha soportada con dignidad al envilecimiento, y ahora son gondoleros, taberneros y limpiabotas. Afortunado se cree el último conde Loredán con tocar el violín en un café, y contento con su suerte está el postrero de los Stenos cuando algún turista, al cual ha conducido en góndola á visitar su propio palacio, le da una lira para emborracharse en cualquier taberna de la *Riva degli Shiavoni*, regentada tal vez por el Dándolo de hoy en día.

El espectáculo de esta catástrofe que se ha tragado á toda una raza histórica, es lo que presta á Venecia su melancólico aspecto. La Reina no ha resistido á la ruína de sus cortesanos, y entregada en manos de explotadores venales de su belleza, arrastra trabajosamente su vida sin objeto, fijos los ojos en el sueño ilustre de un pasado que jamás ha de volver.

XXVI

VENECIA—LAS GÓNDOLAS

Hay dos términos que se confunden en la fantasía del turista, hasta el punto de que no se concibe el uno sin el otro: Venecia y la góndola. Al llegar, se recuerdan algunas barcarolas más ó menos cursis, las narraciones de todo bicho viviente, la *Gioconda*, hasta una docena de novelas, y obra de tres ó cuatro mil cuadros que representan invariablemente una serenata, un rapto, un entierro, un doncel ofreciendo un ramo de flores á una doncella, ó una plegaria al ponerse el sol; se barajan todos estos recuerdos, y se observa que en todos hay una góndola, cuando no hay más. Venecia necesita para ser en la imaginación y en la realidad tal Venecia, de la góndola, y la góndola no se concibe sino en Venecia. Constrúyase usted una, aprenda el difícil manejo de sus remos, salga á pasear en ella por una bahía, como no sea en ocasión de serenata marítima de esas que mejoran al Gran Canal, y todos los amantes del

buen gusto pediremos á gritos su cabeza de usted, y hasta puede que pasemos á vías de hecho y nos la tomemos sin pedirla.

Porque la góndola vive de varios elementos que sólo en Venecia se reunen: necesita, en primer lugar, de la pobreza del país: es el medio de transporte más barato que existe, y si no he aquí un presupuesto para un español, ó séase para una persona que, en viaje, paga el doble por todo, por aquello del *qué dirán* en un sitio donde se es perfectamente desconocido; un presupuesto generoso, á lo gran señor, á lo príncipe, en una palabra.

El caballero español llega á un puesto de góndolas, y se queda un rato contemplando los resbaladizos embarcaderos de tablas mal juntas y los pintorescos postes de amarre terminados por un farol ó un nicho con su correspondiente santo, recargados ambos de adornos borrominescos, ó, simplemente, por una cruz; poco durará su contemplación, pues antes de diez segundos tendrá veinte gondoleros á su alrededor, ponderándole todos ellos las excelencias de su respectiva embarcación, tirándole por la manga, haciéndole observar la ligereza, la elegancia y la limpieza de su góndola, ó la robustez de sus propios brazos.

El caballero español se incomodará un poco y dará un par de gritos, á favor de los cuales los importunos no se irán, pero vendrán otros tantos con más diez pilletes y un guardia alabardera de pobres, armada de largas pértigas. Si el español responde á las gloriosas tradicio-

nes de su heroica raza, no se arredrará ante aquel alarde de fuerzas; pero, si se deja dominar por el pavor, es fácil que se tire de cabeza al agua; entonces las pértigas llenarán uno de sus dos cometidos: aun estará el bañista en su primer *brrrr* cuando ya lo habrán pescado y vuelto á la tierra casi firme; el grupo, mientras tanto, se habrá aumentado con otro personaje: un inglés que obtendrá una instantánea del suceso. Pero supongamos que todo marcha bien; el español elige su góndola y se dispone á entrar en ella: la guardia alabardera le ahorrará esta molestia; uno de sus números le cogerá de una mano, otro de otra, otros dos por el talle, dos por las piernas, tres servirán de sostén al cuerpo y no faltarán los que se ocupen del sombrero, del bastón, del abrigo, de los guantes y del perro, si el viajero lo usa. Mientras tanto, los gondoleros (dos) preguntarán si es preciso *cavar il felze*. *Cavar il felze* quiere decir levantar el techo y abatir los lados de la especie de carroza que tienen las góndolas. Entonces el español, puesto de pie y en actitud de dominio, pronuncia dos palabras tan sólo, con voz tonante: *¡Basta uno!* Al oír la orden, uno de los dos *barcajuoli* saldrá humildemente de la embarcación: sólo en ciertos días y para ir á ciertos parajes se necesitan dos; pero, por si acaso, dos se cuellan siempre, lo cual dobla el precio. Ahora que ya está el caballero español instalado, todos los alabarderos se quitarán los sombreros ó lo que sirva de tal, pondrán cara fúnebre y dolorida y tenderán la mano derecha;

el español se cree arruinado: error craso, pues con dos céntimos por barba queda como un Rothschild. Supongamos que el viajero ocupa la navecilla durante tres horas, lo cual ya constituye un regular paseo; eso le costará exactamente, dos liras. De modo que sumemos:

1.º	Diez guardias alabarderos de salida á 2 céntimos.	0,20
2.º	Tres horas de paseo, á una lira la primera hora y 0,50 las siguientes. .	2,00
3.º	<i>Da bere</i> (propina); 0,50 por medio día, de modo que por tres horas debía ser 0,25; pero pongamos, por ser rumbosos, los dos reales.	0,50
4.º	Guardia alabardera de llegada. . .	0,20
		2,90
	TOTAL.	2,90

De modo que, por menos de tres liras, se da un español el gustazo de creerse héroe de una aventura romántica durante tres horas. Se me olvidaba añadir que los alabarderos se sirven, á la llegada, de sus pértigas para atracar sólidamente la góndola. He aquí explicado el otro uso de aquéllas.

El segundo de los elementos de que vive la góndola, es la estrechez de los canales. Las dimensiones de aquélla son exactamente las precisas para poder circular por estos, tanto la eslora como la manga y el puntal. La mayor parte de los canales son muy poco profundos, y como

en el Adriático hay mareas (cosa rara, puesto que en el resto del Mediterráneo no las hay), á ciertas horas sólo la góndola puede, por no calar casi nada, aventurarse por ellos. Lo malo es que el Gran Canal es ancho y hondo, y la civilización se coló en él sin pedir permiso al arte; una de las cosas peores que tiene el progreso es la de ser igual á sí mismo en todas partes, y los vaporcillos con que profanan á Venecia en nombre del adelanto científico, son tan feos como los del resto del mundo. La góndola se defendió valientemente de la usurpación, pero los monstruos de hierro y fuego la vencieron brutalmente en el campo abierto del Gran Canal, y la infeliz vencida tuvo que refugiarse en los canalillos, desde los cuales dice á su antiestético rival: "¡Atácame aquí, cobarde!", y de los que sigue felizmente siendo indiscutible reina.

Tercero y último de los elementos gondolísticos y tal vez el principal: la tradición. Las góndolas son Venecia, y son todas igualitas, como fueron siempre. Una vez un inglés, algo fantástico de más, pintó la suya de blanco: Venecia entera se amotinó, y el hijo de Albión por poco paga con el rúbio pellejo su osadía. Digo mal: las góndolas, en otros tiempos, no eran como ahora; claro está que tenían las mismas dimensiones, puesto que los canalillos no han menguado, la misma elegancia de líneas y el mismo *ferro* que sirve de contrapeso al gondolero; pero los nobles venecianos, privados del lujo del coche, gastaban sumas inmensas en su

adorno, llenándolas de soberbias pinturas, de riquísimos tapices, de plata y bronce por todos lados. Este exceso acarreó no pocas ruínas, en vista de lo cual la Serenísima República no se anduvo con chiquitas: sometió todas las góndolas á un patrón rigurosamente uniforme, severo y sencillo, negro y mate. Esto ocurría allá por los años de mil cuatrocientos y pico, y desde entonces sólo hubo la pasajera innovación del inglés de que queda hecho mérito. Así es que las góndolas que son propiedad de los particulares, sólo se diferencian de las de alquiler en la blandura de los cojines del *felze* y en el traje de los *barcajuoli*. Fuera de esto, y también de la limpieza del farolillo, la góndola que hoy me conduce por el Gran Canal es la misma que condujo á Dándolo al Bucentáuro, y á Silvio Pellico á sus prisiones.

Esta es la góndola, ilustre resto de una civilización que ha desaparecido, vivo recuerdo de un emporio muerto. Bella cual lo fue la Venecia de las conquistas y melancólica como el destino de la grandeza que perpetúa, la negra góndola causa impresión hondísima, formada á un tiempo por el Arte y por la Historia.

XXVII

VENECIA—ASPECTO GENERAL—LOS PICHONES DE SAN MARCOS

Sale el imprevisor viajero de su hotel y toma una góndola; pero como tiene tanta prisa por ver la plaza de San Marcos, á la plaza de San Marcos manda ir; el gondolero da dos golpes de remo con aire satisfecho y atraca: "Ya estamos, excelencia." En efecto, la excelencia paga una carrera, ó séase lo mismo que una hora, por dos minutos escasos de trayecto, y desembarca en la *Piassetta*, puesto que la propia *Piazza* no linda con el agua. El sagaz lector habrá comprendido que este suceso ocurre á causa de hallarse todos los hoteles en la extremidad sudeste del Gran Canal, y tocando, por consiguiente, con San Marcos.

El viajero se consuela pensando que nadie se exime en ninguna ocasión de pagar la novatada, y al día siguiente quiere, como es lógico, puesto que nunca cansa, volver á San Marcos; sale de nuevo de su hotel, pero hoy sale por la puerta de tierra, se orienta ligeramente, y cal-

cula llegar á su objeto en unos cien pasos. Empieza á andar y anda un kilómetro, y luego otro, y otro luego, y atraviesa sesenta puentes y recorre ciento veinte calles, y por fin, no vuelto aún de su asombro, se decide á interrogar cortésmente á un transeunte. "Non sono práctico" — responde el interpelado sin volver la cara. — "Vamos — piensa el pobre extraviado, — otro forastero como yo, y tal vez como yo perdido." Pasa un segundo transeunte: "Escusi, signor, ¿la Piazza di San Marco?" — "Non sono práctico." — "¡Otro forastero!" Y el tercero, cuarto, quinto y enésimo transeuntes tampoco son prácticos, y el viajero se figura que en Venecia hay de todo, menos venecianos.

Momento de perplejidad; afortunadamente, por allá abajo asoma un municipal con guerrera y pantalones negros y casco inglés de hule, mordiéndose ferozmente la carrillera. "Signor guardia municipale, ¿per andare in piazza di San Marco, vi prego?" El señor guardia municipal dice que es muy fácil: basta seguir aquella calle hasta el fin, luego pasar un puente, torcer á la derecha, luego á la izquierda, después á la derecha; por fin se llegará á otro puente, que se atravesará también, seguir de frente, una vez á la izquierda, dos á la derecha, de frente de nuevo, otro puente, y ya se habrá llegado á una iglesia, en cuya fachada puede ser que recline su persona otro municipal, al que se le preguntará por el resto del itinerario. El viajero da las gracias y empieza á sudar frío; un pillete que le observa desde hace un cuarto de

hora le dice que por *mezza paecca* (perro chico, en veneciano) se compromete á llevarlo hasta la misma puerta de la Catedral famosa. Una vez allí, el *traviato*, que había llegado á temblar pensando que jamás volvería á ver el baúl de su corazón, se enternece y remunera al apreciable joven con una *paecca* de tamaño grande. Admira de nuevo la polícroma fachada del templo, y luego se pone á pensar en cómo, yéndose en unos cuantos segundos del hotel á San Marcos en góndola, se tardan dos horas en ir á pie.

Si hubiese empezado por consultar un plano se habría evitado ambos sinsabores, el de pagar una lira por dos golpes de remo y el de haberse convencido de que los venecianos, hartos de no poder dar un paso sin que les pregunten el camino, han adoptado unánimemente el feliz acuerdo de decir que no conocen su propia ciudad natal. Vería que en las ciento diez y siete islas que forman la Dogaresa está de tal manera tasado el terreno, que las calles de tierra firme son aún más estrechas que los canalillos, que es cuanto se puede decir; y sobre serlo tanto, se cruzan y vuelven á cruzar una y mil veces en todas direcciones, formando inextricable laberinto imposible de aprender. La falta de plazas, fáciles puntos de orientación, es una ayuda más para perderse. De modo que no hay esos puntos de vista que ofrecen las ciudades de anchas y rectas vías, y se necesita ser *cicerone* ó golfo para no ir á dar precisamente al punto contrario del deseado.

He dicho que no hay plazas, y rectifico: hay

dos, la Piazza y la Piazzeta, y nada más, pues no merecen el nombre de tales ciertos lugares en los cuales las calles se ensanchan un poco hasta adquirir las proporciones de una alcoba de casa de huéspedes; estos desahogos se llaman *campos* é, indefectiblemente, á esta designación genérica sigue la sustantiva de algún santo: San Stephano, Sant' Angelo, San Polo, San Vio; la explicación es muy sencilla: los sitios que hoy tienen las de todo punto injustificadas pretensiones de pasar por plazas, eran los antiguos cementerios, adosados á las respectivas parroquias, y en la actualidad secularizados.

Una particularidad de Venecia, muy notable para nosotros los españoles, es que las calles se llaman exactamente lo mismo que en castellano, *calle*; en plural, naturalmente, han adoptado la transformación italiana y dicen *calli*. Pregunté la causa de este tan singular españolismo, y nadie me la supo explicar.

El Gran Canal, verdaderamente grande, pues mide más de tres kilómetros, y verdaderamente ancho, pues en algunos puntos alcanza hasta sesenta metros, divide á Venecia en dos partes, siguiendo un caprichoso trayecto en forma de S. A pesar de su magnitud, hasta hace muy poco sólo un puente lo atravesaba, el encantador puente de Rialto; ahora han hecho dos de hierro, horrorosos. Sin embargo, es facilísimo ir de una á otra orilla: á cada paso se encuentra un puesto de góndolas en el cual, por cinco céntimos, llevan al transeunte hasta

el otro lado. Pero si el Gran Canal está tan pobremente servido de puentes, sus hijos los *ríos* (canalillos) nadan en la opulencia, pues tienen nada menos que trescientos setenta y ocho. Estos puentecitos, casi todos ellos de piedra, son muy pintorescos: altos en su centro, llenos del carácter peculiar de su época respectiva, agradan tanto que el turista se para en el primero y en el segundo y hasta en el tercero, lo cual ya es mucho, pues á cada paso se encuentra uno.

La Piazza famosa me permitirá que, antes de tener la osadía de intentar describirla, diga dos palabras de sus legítimos dueños por derecho propio, los negros pichones de San Marcos.

Son unos animalitos de nobleza muy ilustre, puesto que sus progenitores remontan conocidamente nada menos que al siglo XIII. Dándolo bloqueaba á Candía, y una pareja de pichones le trajo noticias tan importantes que, gracias á ellas, la plaza fue tomada. El almirante fue agradecido, y envió á Venecia, con la nueva de la victoria, á ambos cónyuges volátiles, convenientemente agasajados, en una nave de la República; y la República acordó conceder á perpetuidad hogar y alimento en sus propios palacios, no solamente á la pareja, sino también á cuantos descendientes gustasen tener. Desde entonces la buena vida les ha permitido procrear, sin cuidarse de si el exceso podría dejar á las generaciones futuras en mal estado de fortuna, y es una bendición el ver el *innúmero* *cuanto* de alados símbolos del amor que por la plaza se pasea.

Los venecianos, gente agradecida si la hay, llevan siete siglos de prodigar á los nietos de los vencedores de Candía el mismo culto que Dándolo profesara á sus eximios abuelos. ¡Ay del temerario niño que se atreva á poner sus manos pecadoras sobre la negra cola de un pichón de San Marcos! ¡Ay del perro poco versado en historia veneciana que ladre y persiga á una paloma dulce y amorosa! Todas las maldiciones del cielo y todos los tormentos del infierno parecerán poco para castigar al culpable.

A pesar de su elevado origen y rancia antigüedad genealógica, los pichones de San Marcos no son orgullosos. Antes bien, si de algo pecan es de excesivamente campechanos y confianzudos. En cuanto entra un ciudadano en la *Piazza*, una docenita de palomos y palomas toma posesión de su persona, colocándose cómodamente en brazos, piernas, sombrero, hombros y bolsillos; el ciudadano no puede atenderles dignamente, porque ha de mirar dónde pisa, y no se ha dado todavía el caso de que un pichón que esté posado en el suelo se moleste para permitir pasar ni al lucero del alba. Lo que sí son es muy glotones; no les basta la abundante pitanza que el Municipio les pasa en nombre de la ex-República, sino que todos los transeuntes tienen la obligación de comprar maíz del que multitud de vendedores ambulantes ofrecen en cartuchitos de á diez céntimos, y regalar con él á la nube que inmediatamente se reunirá á su alrededor.

Cuando el sol se pone y la *Piazza* empieza á

llenarse de gente, los pichones se muestran generosos, y ceden el sitio á los bípedos implumes. Y entonces la negra bandada se remonta graciosamente hasta el cielo, para luego colarse en las intrincadas cresterías del bizantino templo, convertidas, por la gratitud de un pueblo ilustre, en históricos y soberbios nidos...

XXVIII

VENECIA—LA PLAZA DE SAN MARCOS

I

Los venecianos llaman á su única plaza *Piazza di San Marco*, ó, sencillamente, *la Piazza*; y á su anejo, prolongación lateral, muelle, embarcadero ó como quiera llamársele, *la Piazzetta* á secas. Pero si en cuanto á cantidad está mal Venecia de plazas, en cuanto á magnificencia creo yo que sólo la de San Pedro en Roma puede en toda Italia compararse con ellas.

En Venecia *la Piazza* lo es todo; es el paseo y es el centro comercial; allí están los cafés, mentideros de hoy, y allí está la *Logetta* del *Campanile*, mentidero de ayer, cuando servía de sala de espera de los procuradores mientras duraban las sesiones del Gran Consejo; allí anidaron los pichones conquistadores de Candía y anidan hoy sus dichosos descendientes; allí se reza, al caer el sol, por *il póvero*

fornarino, desdichada víctima de un error judicial y á la que la Serenísima República dedicó un desagravio digno de la trágica aventura; allí se encontraron un día las dos más grandes potestades de la tierra, la Tiara y la Corona, las llaves de San Pedro y la espada imperial, Alejandro III y Federico Barbarroja; y entre ambas, entre los dos soles que aquel día fulguraron juntos en Venecia y sirvieron de radiosa diadema á la insigne República, el Dux Sebastián Ziani, cubierto de damasco y de armiños, grandiosamente teatral en su fastuoso esplendor, fue el testigo de la reconciliación del Papa y del Emperador; Barbarroja, hincada la rodilla en tierra, hizo su protesta de sumisión á la cátedra infalible, pero, orgulloso como tiene derecho á serlo un Emperador, dijo muy claro: "Non tibi sed Petro". Lo malo fue que si Federico era altivo, más altivo aún era Alejandro, quien no vaciló en contestar: "Et mihi et Petro."

En esta ilustre plaza, Venecia izaba, en los tiempos de su máximo poderío, tres banderas reales, las de los tres reinos que prestaban pleito homenaje á la aristocrática República: Chipre, Candía y Morea. Pero si Venecia mantenía en su recinto esclavos á los estandartes de tres Reyes, al menos, como gran señora que era, los mantenía magníficamente en tres altísimos mástiles sostenidos por soberbios candelabros de bronce, forjados por Alesso Leopardo. De aquella gloria no quedan hoy más que el recuerdo y los mástiles, rojos, enormes, des-

cansando siempre en sus regios pedestales. Hogaño, los domingos, el Gobierno italiano iza en ellos su propia feísima bandera tricolor: el trapo verde, blanco y rojo sólo conmemora para Venecia la pérdida de su independencia, pero, en cambio, tapa por completo la vista de la Basílica de San Marcos.

En otros tiempos, del Palacio de los Dux salía una solemne procesión: iban los abogados del Consistorio y el Consejo de los *Pregadi*, iba el Gran Consejo, iba el Consejo de los Diez, iba el Senado, é iban los nueve Procuradores de San Marcos; y en medio de todos ellos, el Dux, semejante á una deidad bizantina, arrastraba su larga cola y se cubría con el *corno ducale* tradicional; seguían los hombres de armas, los alabarderos, los arcabuceros, los que manejaban los pesados mandobles y las agudas picas. Y detrás, el pueblo veneciano, abigarrado, multicolor, rebosando animación y vida; en el embarcadero de la *Piazzetta* esperaba rodeada de mil góndolas, una nave monumental, llena de oro, flámulas, gallardetes y estandartes, ornamentada riquísimamente, deslumbradora de lujo oriental; y en esta nave embarcaba el Dux con su séquito, y á fuerza de remos y siempre escoltada por cuanta góndola había en Venecia, la fantástica embarcación, el *Bucéntauro*, se dirigía al Adriático, á donde el mar empieza á ser mar verdadero y donde sus furias son grandiosas; y una vez en pleno cerúleo elemento, el Dux, personificación de Venecia, se desposaba con él en nombre de la ciudad,

arrojando su anillo á las olas: *Desposamus te mare in signum veri perpetuique nostri domini.*

En la *Piazzetta*, dos columnas monolíticas sostienen, la una al primer patrón de Venecia, San Teodoro, con su cocodrilo; la otra al león alado de San Marcos, traído de Siria en el siglo XII. Este león fue una de las víctimas venecianas de la rapacidad de Napoleón, que se lo llevó á París juntamente con la cuadriga romana de San Marcos; por cierto que en Venecia creían y aún creen que los ojos del enorme animal, en cada uno de los cuales cabe la cabeza de un hombre, eran dos finísimos brillantes, y que, al ser devuelto aquél á Venecia, en Francia se habían quedado con ellos. Lo cierto es que, como el *Sacro Catino* genovés, los tales ojos eran pura y simplemente vidrio y que, con el viaje, se rompieron. Pero para muchos venecianos, diamantes eran y de lo mejorcito. Entre estas columnas se hacían antes las ejecuciones capitales.

Esto fueron la Piazza y la Piazzetta; hoy, San Marcos y el Palacio de los Dux, las *Procuraties* y el *Campanile*, la torre del reloj y los mástiles, no conservan, como recuerdo de su bellissimo pasado, más que los pichones. Fuera de esto y de un edificio que Napoleón, que por meterse se metía hasta en los charcos, que para él eran las lagunas venecianas (porque hay clases), echó como remiendo á ambas *Procuraties*, todo ha muerto en Venecia. ¿Qué pensarán los caballos de bronce, arrancados sabe

Dios á qué arco triunfal romano é inmóviles testigos del perdido esplendor, cuando, á los acordes de una música militar, vean dar vueltas por la Plaza á los fúnebres sombreros de copa y á las monótonas levitas negras de los venecianos de hoy en día, que tan vivo contraste forman con los donceles pintados por Carpaccio?

XXIX

VENECIA—LA PLAZA DE SAN MARCOS

II

En rigor, la Piazza y la Piazzetta forman un solo y único todo, aunque, geoméricamente, sean distintas. La primera está formada por la Basílica famosa, las dos *Procurazie* y la *Nuova fabbrica* debida á Napoleón; la segunda, por el Palacio de los Dux, la *Libreria Vécchia* y el embarcadero.

Afortunadamente para el arte, el que penetra á pie en la plaza lo hace por bajo los pórticos de la Nuova fábrica, de modo que, en la primera impresión, no aparece la desdichada obra napoleónica. Las Procurazies se llaman *Vécchie* las de la izquierda, *Nuove* las de la derecha, por más que ambas sean producto del mismo siglo xvi, hechas las unas por Bartolomeo Buon y las otras por Scamozzi. Estas inmensas construcciones de mármol, ennegrecidas por la acción del tiempo, dan asilo, bajo sus

pórticos, á multitud de cafés y almacenes de objetos venecianos cuya visita es muy interesante; en cierto café, por ejemplo, compuesto de varias salas pequeñas, se reúnen en una de ellas los judíos, tan abundantes en Venecia, sin que, ni por casualidad, caiga por la improvisada sinagoga ningún cristiano. La precaución de las diferentes divisiones es muy prudente, y el *padrone* del café hace muy bien en cuidar de sus intereses y en mirar por la conservación del servicio: los semitas, justa ó injustamente (pues no esta ocasión de discutirlo) no suelen, en ninguna parte, ser recibidos con los brazos abiertos, y, aunque su virtud dominante no sea el valor, tal vez, si estuviesen mezclados con los no judíos, anduviesen las tazas por el aire. Más característicos aún son los *ricordi* de Venecia, y hay que hacer la justicia de declarar que el que sale de la *Dogaresa* sin algo bonito que le traiga á la memoria los canales y la Piazza, es porque quiere, pues todo es aquí muy barato, de muy buen gusto y muy original. Estas dos últimas son ventajas que en casi ninguna parte se encuentran; en París, por ejemplo, los *souvenirs* suelen ser prensapapeles, carteras, tinteros, frascos, dijes, etc., con una torre Eiffel muy cursi; en los puertos, conchas muy mal pintadas con un barquito y un letrero que dice: "Recuerdo de *Coruña* ó de Santander ó de Bilbao ó de cualquier sitio", y así, por este estilo, *urbi et orbi*. En Venecia, no: sin hablar ya de las tarjetas postales que tan de moda están ahora y que son aquí prodigios de elegan-

cia y buen gusto, los escaparates de la Plaza están llenos de chucherías preciosas y de coste inverosímil por lo ínfimo: pichones de San Marcos, alfileres con el *corno ducale* ó el *ferro* de las góndolas, broches de venturina y mosaico representando generalmente al león alado, delicadísimos cristales de ténues colores y esbeltas formas, sortijas, pendientes y mil cosas más. Y al lado de la modesta tienda de la cual, por unas cuantas liras, se lleva el viajero ocho ó diez *ricordi*, joyerías magníficas ofrecen el mismo *corno ducale* en rubíes y brillantes, collares de bizantina forma llenos de perlas orientales, legítimos vidrios de la vieja fábrica de Murano de subido precio, cosas todas capaces de trastornar la cabeza del artista que más segura la tenga.

Abandonando los pórticos y recorriendo la plaza embaldosada de mármol, se llega al frente de San Marcos; la primera impresión, para los que estamos acostumbrados á la sencilla grandeza del románico, á la espiritual idealidad del gótico ó á la clásica y regular factura del Renacimiento, es tan extraña que, por un instante, no se acierta á discernir claramente lo que es aquello; llama primero la atención la viveza de los colores, la armónica policromía de las fachadas y de las cinco cúpulas mayores, unida á la nota vibrante de los innumerables mosaicos y á la oscura de los cuatro famosos caballos de bronce. Poco á poco se comienza á ver, al través de la fantástica y recargada adición gótica del siglo xv, la oriental fábrica bizantina

del XII, pero están ambas tan maravillosamente combinadas, que el conjunto no pierde jamás su feliz unidad. Múltiples columnas, de mármoles de diversos colores soportando capiteles de todos los estilos imaginables, llenan el primer cuerpo de la fachada, dejando ver encima una bóveda cubierta de mil cupulillas. Y, llenando todos los huecos, cubriendo los grandiosos pórticos, una extensión colosal de mosaicos, algunos del siglo X, muchos del XII, la mayor parte de los siguientes hasta el XVI, sobre áureo ó rojo fondo, representando escenas del Antiguo Testamento llenos de figuras de hierática rigidez, cubiertas las unas por vestiduras de pliegues regulares y ornadas con joyas de riqueza asiática, desnudas otras con tal realidad que pasa de lo permitido por las buenas costumbres. En los muros de las arcadas, los mosaicos, que son únicos dueños de la bóveda, comparten el terreno con los bajo-relieves del más puro estilo bizantino y con las esculturas de maravilloso carácter de época.

Pero la vista vuelve instintivamente á los mosaicos: el sueño de José, el dolor de Jacob, José en Egipto, José vendido por sus hermanos, las historias de Abraham y de Moisés, la construcción de la torre de Babel, la Creación, el Diluvio, todos ellos del siglo XII, ocupan el Atrio, mientras que, en plena fachada, escenas de la vida de Nuestro Señor alternan con las que representan incidentes de la traslación del cuerpo de San Marcos; tal vez sea el mosaico el género artístico que más riqueza encierre, que más asombro cause. Y así seguiría contemplando

tantas maravillas si no me sacase de mí arrobamiento el ruido de la campana de un reloj.

Al extremo de las Procurazie Vécchie, una esbelta torre, que descansa sobre una especie de arco triunfal, ostenta en su frente la esfera de un reloj. La dorada aguja marca las doce, y en aquel instante, dos colosos de bronce descargan alternativamente sus mazas sobre la campana que domina el conjunto; es uno de los momentos más solemnes de Venecia: los pichones surgen por todos lados y, como obedeciendo á una consigna, desaparecen hasta el último, mientras que los mil turistas que pueblan la Piazza se dirigen á los respectivos hoteles. Unos minutos más, y la grandiosa plaza de San Marcos queda desierta.

XXX

VENECIA—LA PLAZA DE SAN MARCOS

III

La *Piazzetta* está formada, como he dicho, por la *Libreria Vécchia* y por el palacio de los Dux. Esto de *Libreria Vécchia* no quiere decir que haya allí un puesto de libros á real y medio la pieza, sino, lisa y llanamente, Biblioteca. En cuanto á lo de *Vécchia*, cierto que no es de hoy y que pronto contará quinientos años, pero su vecino de enfrente, el palacio ducal, tiene trescientos más y á nadie se le ocurre llamarle viejo ni joven. Caprichos de las denominaciones populares. Por lo demás, el hermoso monumento de Sansovino está en perfectísimo estado de conservación y para vivir muchos siglos más, como le deseo.

Hay quien opina que esta Biblioteca es el edificio profano más magnífico de toda Italia. No digo que no, y hasta añadido que yo no he visto otro que alcance su importancia; pero, en primer

lugar, yo no conozco la península entera, y en segundo, en esto de la magnificencia pasa algo lo que con las mujeres hermosas, que es muy aventurado el decir cuál es la que lo es más en cada sitio. Pero sea ó no sea el número uno, lo cierto es que el célebre Sansovino ha hecho aquí alarde de su poderoso genio y de su fecunda inventiva. Toda la fachada la forma una elegantísima galería doble de pilares y medias columnas, que produce un efecto extraordinario. Y aquí me permitiré copiar de la Guía lo que la Guía copia á su vez de no sé qué concienzudo y científico autor, cuyo principal mérito, como verá el que leyere, consiste en la claridad de los términos:

“El efecto es tan hermoso, que Sansovino ha podido permitirse ciertas libertades sin inconveniente, por ejemplo, exagerar las metopas en perjuicio del diámetro de los triglifos y del arquitrabe.”—Esto sí que me huele un poco á hablar del arquitrabe.

Volvámonos á enfrente y admiremos la soberbia fachada del célebre palacio de los Dux. También aquí hay un largo pórtico sostenido por gruesas y cortas columnas, cuyos capiteles son cada uno un prodigio de ornamentación. Representan escenas varias, algunas de emperadores romanos, y una cuyo motivo es la vida de una joven pareja; en la primera cara, el varón tañe el laud bajo la celosía de la dama; en la segunda aquél, en vez de raptar á ésta, la pide buenamente á los padres y *entra en casa* como cualquier burgués de nuestros días que

tenga algo; viene la tercera, y en ella el enamorado galán conduce al altar á la elegida de su corazón; yo bien quisiera poder decir lo que pasa en la cuarta, pero no encuentro perífrasis suficientes para describir la realista escena; el autor no se anduvo por las ramas y supo llamar al pan pan y al vino vino. De modo que paso á la quinta cara, en la cual el matrimonio se halla al lado de una cuna ocupada por un robusto infante. Pero como la vida no es nada, en la sexta el marido fallece de muerte natural y la viuda lo llora. Todo ello con los trajes y demás detalles de la época y con la rigidez de dibujo característica. ¡Encantador capitel! Todos los que piensen casarse debían ir á verlo.

Encima de esta arcada hállase la *Lóggia*, riquísima galería dotada de una profusión arquitectónica asombrosa. Entre dos de sus columnas se proclamaban las sentencias de muerte. Y, coronando esta galería, una serie de ojivas en las cuales el arte gótico semiorienta que es característico de Venecia despliega toda su fastuosidad opulenta. Realmente no se puede imaginar nada que de manera más decorativa componga sobre el extraordinario fondo con que el Arte y la Naturaleza le han dotado, que este suntuoso palacio: apoyando uno de sus flancos en la fachada de San Marcos, el otro torciendo en ángulo recto para formar otro frente igual en riqueza, teniendo á un lado la laguna veneciana, libre ya, y rematando, allá en el fondo, con la mole de *San Giorgio Maggiore*, el Palacio Ducal es, sin duda alguna,

el edificio que en mejores condiciones para ser admirado se encuentra.

No es San Marcos la única Catedral italiana en la que el campanario está separado de la iglesia; más aún, en varias hay otra dependencia que forma también rancho aparte, que ocupa un edificio exprofeso, que goza de autonomía, como diríamos ahora: el baptisterio. En la basílica veneciana el *Campanile*, soberbia torre de noventa y ocho metros de altura, obra del siglo xiv á la cual el xv añadió una especie de pirámide de mármol no muy airosa y el xvi un ángel de cinco metros de tamaño, se halla á un lado de la Piazza, completamente aislado y cerca del palacio de las *Procurazie Nuove*.

En su interior no hay escalera hasta llegar al segundo cuerpo, pero sí una rampa muy cómoda de subir. Y por cierto que á nadie le pesarán ni los céntimos que al entrar se dan á una amabilísima portera, ni la cuestecilla, porque la vista es admirable: á los pies del espectador se desarrolla todo el irregular contorno de Venecia, la doble curva del Gran Canal poblado de góndolas y esmaltado de palacios, la infinita red de canalillos, las grandiosas moles de las iglesias; más allá, hacia el Sur, otras dos islas, la Giudecca y San Giorgio, aparecen la primera llena de árboles y de viviendas de humilde aspecto, la segunda ostentando la imponente masa de su convento, hoy cuartel, y de su basílica de altas cúpulas; después, la Laguna Muerta cruzada por la recta línea del ferrocarril, y Murano al Norte y la Laguna viva, brillante

como plata fundida y defendida del mar por el antemural del Lido, larguísimo y estrecho. Y del lado de tierra aún se alcanzan á columbrar una blanca cordillera, que son los Alpes, y otra obscura, que son los montes Eugáneos. Y, por fin, los techos azules del palacio de los Dux, los horrendos *piombi* que los novelistas nos presentan como lugares de increíble tormento; la imaginación vuela un poco y, aun antes de haber penetrado en los calabozos que tantas y algunas veces tan ilustres lágrimas regaron, vé confusamente al siniestro tribunal, á los hercúleos verdugos, á las víctimas de calzas multicolores, trusa de oro hilado, juboncillo de terciopelo y ligero birretillo terminado por enhiesta pluma.

XXXI

VENECIA—SAN MARCOS POR DENTRO

La impresión que el interior de San Marcos causa no desmerece en nada de la fantástica del exterior. Aparte de su carácter singular, la profusión de mosaicos y de bajo-relieves, el derroche de colores, el bronce y el oro esparcidos por todas partes, le dan un aspecto de cosa no real, increada, de algo que sólo puede vivir en la imaginación de un artista, pero no en la piedra y en el mármol. Lo repito, tal vez para nosotros los que vivimos en medio de órdenes arquitectónicos completamente distintos de estos, sea más fuerte el contraste y más asombrosa la impresión. Pero lo cierto es que, en San Marcos, yo creo soñar y no hallarme verdaderamente en presencia de un monumento que vive, que se asienta en el suelo, que no va á evaporarse en los aires y á desaparecer como desaparece lo que no es más que producto de una excitación puramente ideal; me parece San Marcos oriental decoración que un Gustavo Doré hiciese para teatro suntuosísimo, uno

de esos sueños de artista en los cuales no existe nada verdadero, nada que no sea el producto de una imaginación calenturienta.

Como en el exterior, San Marcos está por dentro cubierto de mosaicos: de ellos es el pavimento y son las cúpulas mayor y menores, las paredes, los arcos, todo. Y en los cortos intervalos, la ornamentación, que jamás quiere dejar de ser esplendorosa, se llena de estatuas, bajo-relieves, candelabros de bronce, cruces griegas de oro y pedrerías. El contraste, en una palabra, vivo y tangible de las sencillas columnatas, de los severos muros, desnudos de adornos, de nuestras catedrales románicas. En Génova señalé la influencia que Bizancio ejercía sobre este último estilo en Italia: aquí, más hacia el Oriente aún, la diversidad alcanza un grado tal que, al español que llega lleno del recuerdo de Santiago y de Burgos, de Salamanca y de León, le parece que ha caído de golpe en un mundo distinto, en un planeta desconocido, que contempla las creaciones con que el estro de los poetas puebla los mundos ignotos. Nuestra educación artística es diferente, es más aún, contraria á aquel derroche lujurioso de brillos y colores; pero el instinto nos basta para comprender que allí también la sublime unidad del arte ha sabido revestirse de una de sus múltiples formas de expresión. Logramos traducir, poco á poco, el complicado jeroglífico que para nosotros los hijos de otras civilizaciones constituye la fastuosidad oriental que en Venecia ha tomado carta de naturaleza.

Y es que la Dogaresa tiene para todo el mundo un encanto particular y especial que aclimata á su propio modo de ser á todos los temperamentos artísticos que trasponen sus umbrales; el pintor, el escultor, el poeta, se dejan dominar por la magia de los angostos canales, por la medioeval y extraña impresión que la ciudad única ejerce. No vale rebelarse y echar mano del temperamento, de la educación anterior, de la decisiva influencia que el medio ambiente, en el cual han empezado á delinearse nuestras aficiones á lo bello, tiene que causar: Venecia puede más que todo junto y, una vez dominado el primero natural estupor que lo desconocido causa, nos sentimos arrastrados, irresistiblemente atraídos por aquella gloria artística que habla tan alto á los sentidos. Y el recuerdo de las esbeltas columnas que se dirigen, tímidas y confiadas á la vez, como lo es la fe cristiana, hacia el cielo, en el ideal simbolismo gótico, se desvanece ante el radioso brillo del bizantinismo veneciano; vemos á Dios, pero no al Dios de San Francisco de Asís que flota en medio de un puro y sencillo ambiente de mansedumbre y esperanza, sino al Dios que brilla y deslumbra desde la apoteosis de su inconmensurable poderío. ¿Qué más da? Ambos aspectos son manifestaciones de una misma verdaderísima idea imperedecera, modos diversos de comprender la fuerza creadora y eterna.

Y este dominio que sobre los temperamentos que otro arte ha forjado ejerce Venecia se ve muy claro en la basílica de San Marcos, como

se ve también en el interior del palacio ducal: los broncees del Sansovino, el clásico escultor del siglo xvi, sus estatuas de los evangelistas, escenas de la vida de San Marcos, bajo-relieves que representan la muerte y la resurrección del Señor y los Profetas, parece como que, en medio del polícromo derroche de lujo de los mosaicos, se desprenden de la fría regularidad de su época que tan característica es en su autor; es este otro Sansovino diferente del que ha ejecutado las obras no concebidas dentro del áureo resplandor que Venecia proyecta. Y lo mismo puede decirse del monumento funerario del Cardenal Leno, creación de Pedro Lombardo, montaña de bronce llena de imponente fastuosidad, y también de las grandiosas fuentes bautismales que la efigie del Precursor surmonta. Todo, todo en San Marcos tiene el mismo carácter, y por eso el visitante experimenta en la dorada iglesia una impresión nueva, distinta, extraordinaria.

Sin embargo, la reacción viene pronto; al fin y al cabo somos españoles y llevamos en las venas la sangre de los reconquistadores, de aquellos que sentían, en los pobres y sencillos templos románicos, descender hasta sus pechos la inspiración caballeresca y religiosa que produjo la colosal epopeya. La guerra continua, la constante lucha por un ideal, eran incompatibles con el refinamiento, el alarde de lujo que la opulencia veneciana pudo permitirse en las bóvedas de San Marcos; nuestra idiosincrasia artística rechaza instintivamente este derroche

de fastuoso y profano esplendor. La dorada basílica aturde nuestros sentidos, pero el alma vuela hacia los templos de ingenua y dulce inspiración que quedan, allá, en España, la patria que, como ellos, se ve hoy pobre y profanada por la mano de audaces y modernos restauradores.

XXXII

VENECIA—EL PALACIO DUCAL

En la vida que la imaginación concede á los objetos inanimados, las casas llegan á adquirir la propia fisonomía de quien las habita; todo el mundo dice que el Escorial es fiel trasunto, con su solemne y grandiosa severidad, del austero carácter de Felipe II, y no nos figuramos á una odalisca sino entre calados ajimeces y doradas celosías, á un monje sino en desnuda y fría celda, á Julio César solo en el Foro, á Cleopatra unicamente al lado de las Pirámides, á Napoleón como no sea entre las altas gorras de pelo de la Vieja Guardia; al ver el Palacio ducal de Venecia comprendemos lo que era la extraña dignidad de los dux y estamos viendo á los Ziani y á los Morosini, cubiertos de armiños, de terciopelo y de oro. La espléndida jaula nos permite abarcar la oculta, sombría vida del ilustre personaje, temido y temeroso, vigilado como un prisionero y, como tal, sometido á la constante inspección de los diversos organis-

mos que formaban la noble oligarquía. Era el dux á modo de soberana deidad, siempre encerrado en lo más profundo de su palacio, invisible de continuo; solamente en los días solemnísimos aparecía en público, pero rodeado de una pompa que aumentaba su inaccesibilidad; y esto es lo que se vislumbra en el áureo alcázar; por todas partes, la huella del receloso gobierno que secuestraba á su jefe, que lo convertía en ídolo solemne, mudo, inmóvil, extraño á la múltiple variedad de la vida; ser exento de pasiones, de nervios, de inteligencia, de alma; personificación petrificada de los regios esplendores de la tiránica y grandiosa República.

Para llegar á las habitaciones de los dux hay, forzosamente, que recorrer otras muchas, hoy pobladas tan sólo de obras de arte, de recuerdos históricos y de ingleses que siguen en rebaño al *cicerone* que va describiendo la significación de las pinturas; pero, antes, allá en los tiempos del máximo esplendor de la Serenísimá, llenas por los diversos cuerpos que formaban la múltiple muralla tras la cual el augusto fantoche intangible estaba encerrado. En la Sala de las Cuatro Puertas campearían los hombres de armas, cubiertos de hierro, llenos de la pasiva indiferencia de la fuerza bruta en descanso; en el *Anticollégio*, los pajes de dorada cabellera, esbelto talle, rostro infantil y ceñido trajecillo de múltiples colores, rodeando á los Embajadores que esperaban la hora teatral de la Audiencia; sería preciso que, entre las personas de los representantes extran-

jeros y el dux mediase, en el *Collégio*, toda la *Signoría* con sus diez y seis Sabios, seis Consejeros y tres Jefes de la *Quarantia peñale*, á fin de que ni una palabra ni un gesto del encarcelado no pasase antes por su censura severísima; y, si no había embajadores á quien recibir, aun precederían á la Cámara Ducal el Senado, el Consejo de los Diez, la Sala de la Brújula con los secretarios de aquél, la de los tres *Capi* que abrían la correspondencia del dux, la del Mayor Consejo que ejercía la verdadera soberanía, las de las *Quarantie* civiles, la Biblioteca, la Cámara *degli Scarlati*, la del Escudo, la de los Bustos, la de los Bronces y no se cuantas más. Y como si todo esto no fuese bastante, aun ponían á Dios entre el dux y los hombres y una capilla cerraba el paso á aquél. Y así, rodeado de hierro y de togas, suspendido sobre el mar y bajo el cielo, el noble que ostentaba la más alta magistratura de Venecia vivía más aherrojado que los sospechosos de los Plomos, sin que sus suspiros tuviesen siquiera una leyenda y un puente que los eternizasen.

Todo el respeto, todo el esplendor, toda la aureola decorativa que quisiese; ninguna libertad. Esta era la dorada esclavitud del príncipe veneciano, y así la vemos escrita en los regios muros del palacio ducal; en ellos aparecen los dux por todas partes, en todas las pinturas, rodeados de Santos ó de Reyes, únicas sociedades que les eran lícitas; aquí, San Marcos presentando á Marino Grimani á la Virgen; allí, Antonio del mismo apellido, entre la Fe y el propio

San Marcos; en un lado, Enrique III de Francia y de Polonia con Aloiso Mocénigo; en otro, á Sebastián Venier nada menos que con Cristo, la Fé, Venecia, San Marcos y Santa Justina; Nícolo da Ponte con otra cohorte celestial, Lancesco Donato con otra, Andrés Gritti con otra, Pedro y Leonardo Loredan, Marco Antonio Trevisano, Lorenzo y Jerónimo Priulli, Pascual Cicogna, mil mas, todos codeándose mano á mano con las Potencias celestiales, con los Papas y con los Emperadores. Y, al lado de estos ilustres personajes, el señor Magagnati, inventor de las piedras preciosas y de las perlas falsas: ¡Ah veneciana república! ¡cómo eclipsabas tu sublime excelsitud con bajezas de mercachifle!

El escamón proceder de la oligarquía aparece, no sólo en el modo de tratar al dux, sino en otros detalles: los Pozos y los Plomos, situados en el mismo palacio ducal, y el buzón de las delaciones anónimas. De las prisiones hablaré en otro capítulo, pues lo merecen aparte; en cuanto al segundo, la cabeza de león cuya boca constituía la abertura, ha desaparecido, no sé en cuál de las revoluciones que han adornado á Venecia; los revolucionarios son así: ven una cosa que pertenece á los *ominosos tiempos* del oscurantismo; para creer que la tal cosa es obra de los tales tiempos ominosos y que constituye un baldón para la libertad, les basta con que sea artística; y, una vez convencidos de que lo bello es incompatible con el progreso, ¡zás!, la destruyen, y viva el adelanto

y la civilización. Por doquiera que pasa la fiera popular deja el rastro de su barbarie, y aquí el pobre león pagó el pato. En cambio han puesto una lápida de bronce en la propia puerta, frente á la majestuosa escalera de los Gigantes, imponente de fealdad, pero, en cambio, destinada á recordar, como las banderas italianas de los mástiles de San Marcos, una desgracia de Venecia: el plebiscito que la unió al reino de los Saboyas. Si no fuese porque ya se va sabiendo bastante bien lo que son las tales manifestaciones de la voluntad popular, se creería que toda Venecia deseaba la anexión, pues el número de los que aparecen votando en contra es insignificante. A ser esta cifra verdad, que claro está que no lo es, la que representa el de los otros, no significaría más que el de los tontos que allí existían por aquel entonces, pues la unión ha sido la pérdida de la independencia y de la categoría internacional veneciana y la ruina completa de su comercio. Afortunadamente, lo repito, la tal lápida no es más que la conmemoración de un pucherazo digno de nuestro ministerio de la Gobernación. No es posible que una nacionalidad se resigne á ser provincia de otra, que un pueblo, por envilecido que esté, acepte sin propuesta el yugo extraño, que unos importantísimos intereses históricos y materiales se anulen por su gusto: el plebiscito veneciano fue, como todos los demás de Italia, obra de una turbulenta minoría, de unos cuantos millones hábilmente desparramados y de la bárbara y temida opresión de los facinerosos

que se llamaban *garibaldinos*. Esta es la verdad, y lo demás, conversación saboyana.

Sería curioso averiguar lo que opinaría Dandolo de la lápida de la anexión: probablemente no bien la hubiese visto, se volvería á marchar al otro mundo, lleno de rabia y de vergüenza. Y ¡por Dios y San Marcos que haría bien, porque la Venecia de hoy no es su Venecia!

XXXIII

VENECIA—EL ROMANTICISMO Y EL CONSEJO DE LOS
DIEZ—HISTORIA DE UN PASADIZO, DE UN INGLÉS,
DE UN METRO, DE UN PERRO Y DE UNA TRAMPA

Hubo un tiempo feliz en el cual nuestros abuelos lloraban las desdichas domésticas de Atala y Chactas, se condolían de la triste suerte de Grecia, temblaban de pena por la esclavitud de Polonia, sollozaban con las románticas y sensibles Violetas, más ó menos *traviatas*, y todas las noches se acostaban espantados, pensando lo que pasaría en aquellos momentos en los Plomos y en los Pozos de Venecia. La vida de los pobres señores se deslizaba en un puro gemido, y, sin embargo, no por eso *la corrían* menos. Época feliz, lo repito, aquella en la cual las lágrimas obedecían fielmente al resorte de la literatura sentimental.

Pero no hay bien que cien años dure. La humanidad progresó, y al mismo tiempo que aprendía á dar pucherazos en los plebiscitos, aprendió á no tomarse la grata molestia de llorar por lo que no le importa directamente. Pri-

mero vino una fuerte ráfaga de crítica histórica, que arrastró á la leyenda; una vez despojada de este falaz manto, la verdad brilló refulgente; después, el excepticismo terminó la obra, y hoy, la misma humanidad, un poco más vieja, dice, encogiéndose ligeramente de hombros y lanzando al espacio una bocanada de humo de cigarro: "¡Los Plomos... pché!... ¡Los Pozos... bah!"

¡Cuántos pañuelos han sido puestos á secar, á causa de la prisión del conde Silvio Pellico! ¿Y por la de Marino Faliero? ¿Y qué diremos de las víctimas secretas de las conspiraciones? ¿Qué de las ocultas venganzas del Consejo de los Diez? Los buenos burgueses acomodados, las solteronas tiernas, los jóvenes soñadores vivían en constante atmósfera de amores desgraciados, crueles persecuciones, verdugos vestidos de rojo, puñales, tósigos, ayes, lamentos, rechinar de artefactos de martirio, capas negras, traiciones, conjuras, sangre y exterminio, y, coronándolo todo, oscuros, fétidos, húmedos calabozos poblados de alimañas inmundas, con su obligado cortejo de jueces misteriosos, carceleros sombríos, paja podrida, pan duro y cántaro de agua. ¡Pché! Hoy nos sonreímos con aire de lástima. ¡Pobres abuelitos! ¡Qué buenos, qué compasivos eran!... ¡Y cómo *la corrían!*

El organismo que cargó sobre sus inocentes lomos con la odiosidad general, fue el Consejo de los Diez. Procedamos con arreglo á nuestra época y rehabilitémoslo ante la conciencia uni-

versal: lo primero de que se le acusó fue de misterio profundo y de que los jueces que lo componían eran absoluta y completamente desconocidos. Pero lo malo es que ahora resulta que se elegían pública y anualmente por el Gran Consejo, y que constan registrados todos sus nombres. ¡Qué lástima! ¡Era tan bonito eso de indignarse todas las noches con los diez incógnitos consejeros!

Segundo cargo: otro misterio, el de los procedimientos judiciales. Pero el Consejo de los Diez conocía de las causas por delitos comunes y de traición, tenía abogados de pobres, sus sesiones eran públicas, y nadie podía ser condenado por él sin defensa. Lo único en que se diferenciaba este tribunal de los otros, era en no permitir ejercer de defensor á ningún pariente del acusado. ¡Vaya por Dios! ¿Por qué el Consejo no celebraba sus sesiones en algún inaccesible agujero, en medio de las sombras de la noche, cuando la tormenta se desencadena furiosa y el rayo surca el espacio?

Terceros cargo y misterio: el del modo de tratar á los prisioneros: hambre, sed, oscuridad, frío, calor, falta de defensa y de pruebas en las condenaciones, tormento, hierros candentes, etc., etc.: la pícara historia nos dice que varios caritativos testadores han dejado sumas de importancia para pagar las deudas de los encarcelados, para alumbrar los calabozos, para hacer repartir, en días señalados, comidas extraordinarias; que el Consejo ha decretado que el pan para los prisioneros fuese de prime-

ra calidad, y que, por faltar á esta orden, los panaderos fueron castigados varias veces; que una Cofradía estaba encargada especialmente del cuidado de las cárceles, y más especialmente aún del de los enfermos que en ellas existían; que para éstos había calabozos exprofeso; que desde el suelo al techo de los *Plomos*, mediaba la suficiente distancia para que todo eso del calor irresistible no fuese verdad, y que en ellos han habitado gentes del Palacio por su gusto; que se permitía pasear por los corredores, etc. ¡Esto es intolerable! ¿De modo que las luctuosas historias de Carmagnola, de Jacopo Foscari, de Antonio Foscari, no son verdad? ¡Qué horror!

Cuartos misterio y cargo: el de los medios de ejecución de las penas capitales. Cierto que con tomar una góndola y colocarse entre San Giorgio y la Piazzetta, ó con lograr, á fuerza de codazos, un sitio de primera fila en la última, ya se tenía la seguridad de ver cómodamente la cara que ponían los ajusticiados al pasar de esta vida á la otra. Hasta le quedaba al afortunado testigo el recurso de referir los detalles en casa ó en el círculo de sus amistades y de imitar la mueca definitiva. Pero había las ejecuciones secretas, las que se verificaban en un pasadizo de las prisiones: en esas, sólo Dios, el condenado, el verdugo y los jueces conocían la verdad de lo ocurrido. Aquí la historia, al descubrir el velo que nublabá la frente de la verdad, se regocija un poco, arroja la máscara trágica y se cubre de cascabeles, y después me cuen-

ta lo que yo á mi vez me voy á permitir contar.

Es el caso que los *ciceroni* del palacio ducal tenían con dicho pasadizo una de sus mejores fuentes de ingresos; llegaba un viajero, le metían por el estrecho y oscuro pasillo, y al llegar á determinado punto le enseñaban una piedra tinta en sangre y una trampa por la cual caía el cuerpo del ajusticiado al canal; el viajero pagaba media lira, lo menos, por la piedra y por la trampa, y los pelos se le ponían de punta. Pero cierto día vino un inglés con un perro de aguas y un metro. Al verse en el punto donde se ejecutaban las altas obras, empezó á tomar gravemente las medidas del techo, del piso, del ancho y del largo, mientras el perro se rascaba en un rincón y el *cicerone* le miraba atónito. Cuando el hijo de Albión hubo terminado sus mediciones, hizo abrir la trampa, y cogiendo al perro lo arrojó violentamente por ella; el perro se quedó atrancado, con la mitad posterior fuera y la anterior dentro, y ladrando desesperadamente, como dando á entender que él nunca había conspirado contra la Serenísi- ma, y que le parecía broma de gusto muy dudoso el tenerlo allí, en postura de zancarrón de Mahoma; entonces el inglés lo sacó de su atolladero, dió una lira de propina y se fué, diciendo al *cicerone*: "Es la última *buona mano* regular que ve usted, mi digno amigo." Al día siguiente publicó una hoja y la hizo repartir con profusión por todas partes: en la tal hoja demostraba concienzudamente, por medio de las más rigurosas matemáticas, que, dadas las escasas di-

mensiones del corredor, era imposible realizar allí una ejecución por ningún procedimiento conocido, y que por una trampa por la cual no cabía un perro de aguas, menos podía caber un cadáver. A consecuencia de esta hoja sucedieron varias cosas; las propinas bajaron á 25 céntimos, los *ciceroni* ensacharon la trampa y consiguieron que no se permitiese entrar á nadie con perros; pero por desdicha, no pudieron hacer lo primero con los muros de piedra, y por último, á otro inglés que vino á los pocos días, y que también traía un metro, lo quisieron arrojar por el agujero recién ensachado. Desde entonces no se ha restablecido la siniestra reputación del corredor, y los *ciceroni*, cuando describen con todos sus pelos y señales la estrangulación de los conspiradores, lo hacen con una humildad y unas salvedades que no valen ni una *paecca*.

Pero el golpe de gracia á la mala fama del Consejo de los Diez lo asestó cierto sabio, desenterrando su más espantosa sentencia: en efecto, en una ocasión, el terrible Tribunal realizó un acto de ferocidad inconcebible; condenó á muerte, y nada menos que por medio del despedazamiento, á toda una serie de inocentes víctimas de su despotismo, sin apelación, sin piedad, sin misericordia: á todos los bancos y linternas del Gran Consejo.

¡Burgueses repolludos y acomodados! ¡Tier-
nas solteronas! ¡Soñadores jóvenes románticos!
¡Bien podéis llorar con Silvio Pellico y Marino
Faliero!

XXXIV

VENECIA—LOS PLOMOS Y LOS POZOS

Las célebres prisiones venecianas no son más que el presentimiento de dos sistemas curativos, muy en boga hoy en día: los Plomos, la aplicación de la termoterapia; los Pozos, la de la hidroterapia.

¡Que nos digan, después, que la Serenísima República era cruel con sus prisioneros! Todo lo contrario, los rodeaba de cuantas atenciones querían, los cuidaba, los mimaba, y si los tenía en sitio seguro, era solamente para procurarles el mejoramiento de su salud y la curación de sus dolencias. Que un noble veneciano se tomaba la molestia de conspirar un poco contra el dux y su cohorte, y que lo cogían con las manos en la masa y lo llevaban ante el tribunal de los bancos y de las linternas; inmediatamente los buenos jueces llamaban á consulta al protomedicato; los doctores sapientísimos, quieras que no, reconocían al culpable, y, al menor síntoma de reuma, lo mandaban á los Plo-

mos; en cambio, si aparecían indicios, por ligeros que fuesen, de degeneración nerviosa, le recetaban una buena dosis de Pozos. Y el paciente realizaba con todo sosiego y baratura su curación, y cuando salía se hallaba en mucho mejores condiciones para seguir conspirando con mayor comodidad.

Hoy, sin embargo, los venecianos dolientes prefieren los Sanatorios; es una cuestión de gustos y no hay nada qué decir de ella, pero el caso es que los Plomos y los Pozos están vacíos ó poco menos, pues en los primeros suelen desarrollarse espléndidas las arañas al menor descuido del conserje, y de los segundos son indiscutibles inquilinos los ratones. Bueno será que añadamos que los actuales calabozos no son más que una copia vil de los verdaderos, una falsificación, una trampa por el estilo de la que hizo pasar tan mal rato al perro de aguas del inglés. Esto es otra historieta: es el caso que, allá por el año de 1797, los venecianos estaban muy aburridos y sin saber qué hacer; los turistas escaseaban, y á consecuencia de ello las góndolas se pudrían en la quietud y los albarderos permanecían sentados todo el día en los resbaladizos embarcaderos, ocupados tan sólo en averiguar de qué lado soplabá el viento. En vista de todo lo que antecede, resolvieron, para ir matando el tiempo, armar una revolución; se sublevaron, pues, con gran estrépito, gritaron, hasta ponerse roncos, abajo esto y lo otro, y viva aquello y lo de más allá; apedrearon al león de San Marcos, que tenía la

culpa de que no viniesen viajeros, y por último, destruyeron las prisiones, dando libertad á sus únicos cuatro habitantes: Domenico Somín, distinguido calumniador; Andrea Gaulo, consecuente aduanero contrabandista; Giovanni María Borni, ilustrado asesino, y Antonio Brim, modesto, pero digno parricida. Hecho todo lo cual, el mundo siguió rodando como hasta entonces, las góndolas pudriéndose y los albarderos contemplando tristemente el garfio de sus inútiles perchas. Pero, poco á poco, empezaron á notar que algo les faltaba, que Venecia sin hórridos calabozos no era tal Venecia, y que los curiosos dejaban de venir por completo, no sólo por la fama feroz de revolucionaria que sobre la infeliz ciudad de las lagunas había caído, sino también porque, destruídas las prisiones, ya no había allí nada bueno que ver. Entonces comenzó, tímidamente, la reconstrucción, y aparecieron un Plomo y un Pozo completamente vírgenes de historia siniestra; pero esto último no era cosa capaz de apurar á los venecianos: con almazarrón imitaron la sangre, con hierro viejo las argollas y las cadenas, y llenaron las paredes de inscripciones; las nuevas mazmorras adquirieron un aspecto tan imponente como si horas antes gimiesen aún en ellas los desgraciados reos de alta política. La noticia circuló con rapidez por todo el orbe, y al mes ya vinieron cuatro viajeros que se horrorizaron suficientemente. En vista del éxito del ensayo, nuevos Pozos y nuevos Plomos fueron surgiendo como por encan-

to, no menos terroríficos que sus predecesores, y á cada uno que se abría á la pública horripilación notábase un aumento en el número de turistas. En fin, se desarrolló un afán reconstructor tal, que el Gobierno tuvo necesidad de poner mano en el asunto; si no, todos los techos y todos los sótanos de todas las casas de Venecia llegarían á poblarse de Plomos y Pozos respectivamente.

No era lo bastante reedificar las prisiones, era preciso rebautizarlas; y así, reaparecieron las *Justiniana*, *Belegna*, *Raimonda*, que debían en lo antiguo estas denominaciones á las nobles familias que tenían el derecho de que las prendiesen allí precisamente; la *Galeota*, la *delle Donne*, la *Avogadra*, para los curiales que se extralimitaban en el ejercicio de sus funciones; la *Vulcana*, la *Fresca Gioja*; esta última, por ejemplo, debía ser muy agradable en verano. Aún reapareció otra muy notable, la *Cortese*: no se crea por el nombre que en Venecia metían en la cárcel por el delito de tener buena educación y de saludar á la gente en la calle, en los canales ó en la *Piazza*, no; al contrario, era cosa muy recomendable el saber decir galanterías, pagar visitas y dejar la acera. Lo que había era que algunos venecianos exageraban un poco la nota, y llevaban su entusiasmo por la finura hasta el extremo de no poder pasarse sin amar á todas las señoras guapas. Y como algunas veces ocurría que éstas se mostraban un tanto refractarias á tal género de buena crianza, los venecianos *chic* no tenían

más remedio que raptarlas, para poder sin obstáculos hacerles ver toda la inmensidad de su pasión de una manera palpable. Pero los maridos, también algunas veces, solían pensar de diferente manera, y como estaban en mayoría en el Gran Consejo, acordaron que el rapto constituía un delito, y que, por lo tanto, debía ser castigado severamente. A crimen nuevo, prisión nueva, y la *Cortese* se destinó únicamente para los que se excedían de tal modo en sus demostraciones de galantería.

Pero todos los generosos esfuerzos de Venecia para poseer unas prisiones dignas de las antiguas y de su propio esplendor, tropezaron con una dificultad imprevista: el más espantoso de todos los calabozos, la mazmorra más temerosa, la terrible *Orba* no pudo ser reconstruída, por la sencilla razón de que no había sido destrozada, pues al edificar el Puente de los Suspiros, hubo necesidad de añadir unas arcadas que la taparon completamente. De modo que allí está la legítima celda, pero con unos cuantos metros cúbicos de mampostería por delante. Los *ciceroni* se limitaban á señalar el sitio en que yace la pobre *Orba* emparedada, y el curioso tiene que contentarse con figurársela con los ojos de la imaginación, que son los más claros.

Bien es verdad que *Orba* significa *ciega*, y que no estaría bien que no pudiendo el calabozo ver á sus visitantes, sus visitantes lo viesan á él.

VENECIA—EL PUENTE DE LOS SUSPIROS—LA “RIVA
DEGLI SCHIAVONI”—LA “PIETÁ”

Los Plomos y los Pozos eran las prisiones antiguas; pero Venecia, ciudad que marchaba á la cabeza por la senda del perfeccionamiento, necesitó otras nuevecitas, flamantes; Antonio da Ponte fue el encargado de construirlas, y á este objeto edificó, frente á la fachada posterior del palacio ducal, un hermoso monumento de dos pisos, de esbeltas arcadas con vista á San Giorgio y al Lido. Una vez la Dogaresa en posesión de sus nuevos encierros, empezó á pensar en la conveniencia de unirlos á los antiguos, salvando, por medio de un puente, el estrecho canal *della Paglia*, que separa á ambos edificios; pero había de ser este puente un puente que evitase á los prisioneros que pasasen por él, no sólo el ser espectáculo para los curiosos, sino también para sus colegas que trajesen dirección contraria. Con estas instrucciones, Antonio Contini fabricó el *Puente de los Suspi-*

ros, en 1595, dotándolo de techos y de una pared que lo divide longitudinalmente en dos estrechos pasadizos unidos por una sola puerta. Esta es la historia de la famosa construcción de romántico nombre, cuya fama se ha extendido por todo el mundo, y que, en eso de servir de asunto para cuadros, barcarolas, novelas y poesías, hace temible competencia á las góndolas.

En verdad os digo que lo merece, pues difícil es encontrar nada más esbelto, más airoso, más elegante que el tal puentecillo. Construído muy poco después que el de *Rialto* insigne, que veremos al recorrer el Gran Canal, sus proporciones, extraordinariamente más pequeñas, son más bellas aún. Desde una puertecilla de los Pozos lo contemplo, suspendido sobre mi cabeza, desenvolviendo la atrevida curva de su único arco, cubierto de interesantes y clásicos adornos del más puro estilo. Lo malo es que me dejo llevar un poco de la imaginación y que, sin tener en cuenta los motivos de la baja de las propinas, me lo figuro cuando los prisioneros lo atravesaban para comparecer ante sus jueces; la lenta y siniestra procesión que empujaba al desdichado reo hasta la tétrica audiencia, el andar vacilante de aquél, su faz lívida y aterrada y, por último, aún creo percibir el débil eco del suspiro, en el que la víctima condensaba su adiós á la vida, el triste recuerdo de sus amores, de su fortuna, de su nombre, que abandonaba para siempre en aquella puerta de la eternidad. Como en la del infierno, el

lasciate ogni speranza brillaría ante sus ojos durante el momento en que se detenía á medio puente para suspirar su postrer despedida...

Quiero desterrar de mí esta impresión penosa y me voy á dar una vuelta por la alegre *Riva degli Schiavoni*, único punto de Venecia en el cual el horizonte es ancho y libre, el mar es mar y la sublime grandeza de Natura no está destruída por la de los palacios profanados. En ella se respira aire libre verdadero, no el deprimente de los estrechos pasillos y de los angostos calabozos, y el sol brilla sobre las verdes aguas y difunde por la transparente atmósfera su inagotable fuente de vida. A lo lejos, la mancha frondosa de los jardines públicos recorta sobre el Océano el último perfil de Venecia; enfrente, la fina silueta del Lido opone su antemural á los furoros del Adriático. Alegre multitud desocupada, soldados, marineros, turistas, llena los anchos muelles; aquí un cuartel, allí una taberna, la *Cantina de la Nobile Familia Martelli de Firenze*, rebosante de gritos y de animación; más allá un juglar traga estopa ardiendo y sables de caballería; por todas partes ruido, movimiento, vida. ¡Qué diferencia de los oscuros canalillos por los cuales tan sólo el negro fantasma de la góndola turba, con su ligero rumor, el silencio absoluto de la muerte!

Es lástima que aquí, donde el *Bucentauro* ha desplegado su fastuosa y áurea opulencia, le sustituya hoy un acorazado moderno, una de las poderosas fortalezas flotantes que constituyen la armada italiana. No es que yo niegue la

especial belleza de estas enormes máquinas de guerra, al contrario, la comprendo muy bien y la admiro porque es grande é imponente, pero no en este escenario que pide flámulas, gallardetes, dorados adornos, viveza de colores y esbeltez de formas para sus naves. Además, en lo desagradable que para mí tiene este espectáculo, entra otro elemento: me da tristeza el ver, tendida al viento sobre estas temibles unidades de combate, una bandera que no es la nuestra, porque recuerdo aquel día tristísimo para España en el cual otros buques que la ostentaban, se hundieron, cubiertos de gloria, con la muerte más heroica que recuerda la historia, en las costas de una tierra ingrata á la cual, en mal hora, hemos llevado el generoso riego de nuestra sangre...

Hacia el medio de la Riva se halla la iglesia de Santa María *della Pietá*, edificio de gusto clásico no muy escogido, más aún, bastante amazacotado, pero que encierra una preciada joya artística, el *Jesús en casa del Fariseo* de Moretto. Es lástima que la hayan colocado en el coro, donde casi nadie se entera de su existencia, la luz es deficiente y la perspectiva falta. Así y todo, á pesar de este defecto de situación que hace que la mayor parte de los visitantes que entran en la *Pietá* se contenten con echar un vistazo al techo de Tiépolo y se largen sin meterse en más averiguaciones, y que los pocos que apechugan con la subida no encuentren sitio bueno en que colocarse para distinguir el cuadro, cuando se logra dar con el verdadero

punto de vista se pasa un rato muy bueno, porque esta es una obra realmente inspirada; hay en ella un delicadísimo contraste de luces, entre la plácida y dulce que rodea al Salvador y la enérgica y sombría que refleja el Fariseo; hay una perfección de dibujo llevada al extremo; hay, en una palabra, arte, arte verdadero, el alma del artista condensada en el colorido sobre el lienzo.

XXXVI

VENECIA—EL GRAN CANAL

I

Ya dije lo que era el Gran Canal, magno río bordado de palacios, soberbia vía en cuyas orillas habitaban los primates de Venecia, en aquellos tiempos en los cuales la Dogaresa era grande, porque grandes eran sus hijos. Sin embargo, justo es añadir algo más y de alguna mayor sustancia acerca de ello, y deslizarse, durante unas horas, por delante de las puertas de las suntuosas mansiones patricias, sorteando el maremagnum, que va y viene, de negras góndolas que, de repente, cortan los modernos y antiestéticos barcos-ómnibus con sus delgadas proas.

Desde el punto en que me embarco, veo enfrente la *Dogana di Mare*, antesala de la ciudad y centro de su riqueza comercial: así, la veleta que surmonta su torre, representa á la Fortuna.

¡Feliz representación, porque la suerte ha sido muy veleidosa con Venecia! A su lado, el Seminario, edificio horroroso, especie de cárcel ó de cuartel que se echa encima de la iglesia de Santa María *della Salute*, que ya visitaremos; enfrente, al lado del palacio *Giustiniani* (hoy hotel de Europa); el *Emo-Treves*, que bien merece unos minutos de parada, para contemplar las dos últimas producciones del cincel de Canova, los *Hector* y *Ayax* monumentales, que en él se guardan. Y luego, á ambos lados, seguidos, sin más interrupciones que las que causan los estrechos canalillos, las mansiones señoriales van presentando sus fachadas diversas, góticas las unas, del Renacimiento otras, del estilo peculiar que los Lombardos crearon en el siglo xv no pocas. Vemos el magnífico piso bajo del palacio *Venier*; la construcción se paró ahí, y, por consiguiente, la armonía de las proporciones falta; pero bien se puede juzgar de lo que sería este alcázar á haber sido terminado; enfrente, la *Cá Grande*, espléndido ejemplar del siglo xvi, obra del Sansovino.

Poco más allá, en la orilla izquierda, un lindo palacete ofrece su blanca fachada principal sobre el *campo San Vio*: ante él, los *pali*, postes de amarre de las góndolas pintados de los colores de los respectivos dueños, se visten con los de España y sustentan soberbias flores de lís de bronce.

Detengámonos un momento: las puertas se abren y una dama bellísima, de profundos y dulces ojos azules, esbelto talle y noble presen-

cia, salta ligeramente á la góndola, sujetando á un enorme danés amarillo; detrás de ella, aparece un caballero de arrogante estatura, hermosa y franca fisonomía varonil, negra barba y afable aspecto; la majestad se retrata en su frente ancha y despejada, en sus movimientos, hasta en el modo de llevar el sencillo traje de americana oscura; los escasos curiosos se descubren respetuosamente, algunos fieles servidores se acercan á besar las manos de la ilustre pareja; se habla en español y se habla de España, de la patria lejana y dolorida, de la tierra cuyas desdichas lloran más que nadie los Augustos desterrados... Por fin, los duques de Madrid, el Jefe de la Casa de Borbón y la insigne princesa cuyo amor endulza las amarguras del soldado de Lácar y de Plewna, parten á dar su cotidiano paseo por los canales de la Dogaresa que se honra al albergarlos en su desgracia; y la góndola que conduce al nieto de Carlos I y de Enrique IV se pierde muy pronto en medio del remolino que el Gran Canal arrastra.

También yo sigo, dejando atrás el Palacio Loredán en el que con tanto cariño tuve el inmerecido honor de ser recibido; allí quedan las banderas gloriosas que recuerdan una lucha de titanes, los altos hechos de armas de ambos ejércitos enemigos y hermanos; ahí, en el sitio de preferencia, brillan los nombres de los oficiales generales, carlistas y no carlistas, muertos en el cumplimiento de su deber; el Palacio Loredán lleno de recuerdos históricos, lleno de españoles que sólo para España

viven. Y mientras en él Don Carlos, en íntima sobremesa, relata con emocionada voz alguna de las legendarias proezas de que fue á la vez héroe y testigo, la trágica muerte de Olo y Rada frente á Bilbao, la jura de Guernica so el árbol de los fueros, las locomotoras sacadas á brazo, bajo el fuego de los fuertes, de la estación de Pamplona, en los corazones de sus oyentes brota un rayo de esperanza para la pobre patria, la hermosa visión de un porvenir en el cual España, una, fuerte, gloriosa, hermanados todos sus hijos en un solo ideal cristiano y patriótico, vuelve á ocupar el puesto de Reina de las Naciones, ante cuyo trono se inclina el mundo entero y en cuyos dominios el sol no se pone...

Un poco más adelante aparece un magnífico palacio, el palacio X..., que habitan los nobles Duques de G... Y no doy ni el nombre de la casa ni el de sus dueños porque, á propósito de todo ello, voy á contar una anécdota que corre por Venecia. Es el caso que el Emperador de Alemania vino, pocos años ha, á visitar la ciudad de las lagunas. Ante todo, permítaseme una salvedad: el mal intencionado que vea en lo que voy á referir algo pecaminoso y que traspase los límites de lo permitido por la más escrupulosa moral, se equivocará grandemente. Nada hay en esto que pueda ofender el recato y la bien cimentada reputación de la hermosísima Condesa M..., señora á quien tuve el gusto de conocer y que, realmente, merece el universal renombre de que goza su belleza. Digo que

Guillermo II vino á Venecia, y, una vez aquí, quiso ver un palacio veneciano por dentro, pero no uno como otro cualquiera, sino el que mejor conservase el tradicional *cachet* de la edad de oro de la ciudad; las autoridades, al conocer el deseo del soberano teutón, pensaron que el único que reunía las condiciones antedichas era el de los Duques de G...; la señora duquesa fue *incontinenti* avisada de la insigne honra que Su Majestad Imperial y Real se dignaba dispensarle, y en seguida comenzó á hacer toda clase de preparativos suntuosos para recibir dignamente al poderoso Kaiser; gastó una suma de consideración, iluminó de arriba á abajo todo el palacio, vistió á sus lacayos con las libreas de gala, preparó delicadísimo refresco, llenó las estancias de flores raras, y, por último, á la hora señalada, adornóse con su *toilette* más elegante y se cubrió de perlas y brillantes, heredados y estupendos. En efecto, á los pocos minutos llegó una góndola oficial, y en ella un Ayudante portador del capote de uniforme de Su Majestad; la Duquesa recogió con el debido respeto la prenda, dió el último vistazo á los preparativos, y, flanqueada por el Duque, que ostentaba todas sus condecoraciones, y á las cuales pensaba añadir, con aquella ocasión, por lo menos el Águila Roja y quién sabe si la Negra, se dispuso á esperar al huésped imperial en lo bajo de la soberbia escalera. Pasó media hora y la Duquesa se impacientó un poco; quince minutos más y comenzó á abanicarse nerviosamente; otros quince, y á

dar pataditas, mientras el Duque se perdía en un mar de *quizás* y de *tal vez* para explicarse el retraso. Por fin, al cabo de dos horas y ya de noche cerrada, el mismo Ayudante que había traído el capote vino á buscarlo: Su Majestad no podía venir, porque se había ido á casa de la Condesa M...

Porque ha de saberse que la Duquesa de G..., que es muy ilustre, muy rica y muy gran señora, ha pasado de los veinte años hace cerca de cincuenta, mientras que la Condesa M... se halla en pleno esplendor de su hermosura maravillosa; supo esto último el Kaiser, é inmediatamente dijo: "Pues á donde voy yo es á ver á la Condesa guapa."

Desolación de las autoridades y desesperados esfuerzos para no dar tal sofoco á la Duquesa.

—Pero, Señor, si la Condesa M... vive en una casa que no tiene nada de particular.

—Bueno, pero yo voy á ver á la Condesa M...

—Pero, Señor, si el verdadero palacio de estilo veneciano es el de la Duquesa de G...

—Bueno, lo será, no lo dudo; pero yo voy á ver á la Condesa M...

—Pero, Señor, si la Duquesa está avisada y espera á V. M.

—Bueno, lo siento mucho, pero que la desavisen.

—Pero, Señor, si el capote de V. M. está en casa de la Duquesa.

—¿Mi capote está en casa de la Duquesa? Ya comprende usted, mi querido amigo, que mi

capote no es la túnica inconsútil. Que lo vayan á buscar ó, si la Duquesa lo quiere como recuerdo, que se quede con él.

—¡No, *diavolo!*—pensó el pobre *síndaco*, al cual ya le parecía bastante bromazo para la Duquesa el que el Kaiser la dejase plantada.— Que lo vayan á buscar.

Y Guillermo II, Emperador de Alemania, Rey de Prusia y Margrave de Brandeburgo, se fué á ver á la Condesa M..., que se quedó estupefacta al verlo atravesar sus umbrales, no sabiendo qué hacer para recibirlo dignamente. Desde entonces arde la guerra civil en Venecia: la Duquesa de G... se la ha declarado á la infeliz Condesa M..., y la sociedad venesina entera ha tomado partido por la una ó por la otra, mientras que el voluble soberano pasa revista á los brillantes regimientos de su Guardia allá en Berlín y se entretiene en hacer política, sociología, ciencia, música, pintura, y todo.

XXXVII

VENECIA—EL GRAN CANAL

II

Siguiendo mi paseo en góndola, llego frente al espléndido palacio *Fóscari*, hoy Escuela de Comercio, en el cual seducen igualmente la artística construcción ojival, de elegantísimos adornos, y el novelesco nombre que lleva desde que el Dux Francisco le añadió un piso. Lástima que hoy se dedique á cosa tan útil, es verdad, pero también tan prosaica.

No acabaría nunca si fuese á citar uno por uno todos los palacios del Gran Canal; así es que me limito solamente á señalar aquellos que más impresión me han hecho, los que, en mi humilde opinión, constituyen los adornos máspreciados de esta vía, única en el mundo. El *Balbi* es un hermoso ejemplar del Renacimiento, como el *Malipiero*, de la otra orilla, como el *Grimani*, como el *Papadopoli* y el *Corner-Spinelli* y el regio *Grimani*; alternando con es-

tas mansiones de clásico estilo y formas regulares, están el *Bernardo* y el *Bembo*, ambos góticos purísimos, especialmente el primero, el *Cavalli*, adornado con delicados ventanales rasgados; el *Dándolo*, que tan ilustre nombre perpetúa, y por último, el *Manin*, que habitó el último dux, feliz creación de Jacobo Sansovino.

Llegamos con esto al puente del *Rialto*, durante muchos años, como creo haber dicho, único lazo de unión entre las dos orillas del Gran Canal. Es el más hermoso de Venecia no sólo por su tamaño, sino por el elegantísimo atrevimiento de su construcción. Su único arco, de mármol, de una anchura de más de veinte metros, sostiene infinidad de tiendecillas llenas de carácter, que lo colman de animación y de vida. Construído á fines del siglo XVI por Antonio da Ponte, el autor de las Prisiones Nuevas, ha servido, aún más que éstas, para que el nombre de su autor pase gloriosamente á la historia.

De nuevo vuelvo á seguir el curso del Gran Canal, ya en su segunda mitad; á la derecha el *Fondaco de Tedeschi*, hoy completamente estropeado, no conservando más que levísimas trazas de su primitiva decoración gótica; á la izquierda otro palacio del Renacimiento, el de *Camarlenghi*.

Y dígame el pío lector amante de lo bello, si no da tristeza que en la propia orilla del mágico canal, hayan ido á poner nada menos que un mercado de hierro, una larga sucesión de

tingladillos para la venta del pescado. Pues eso han hecho, sin que las sombras de los inspirados arquitectos que construyeron esta espléndida diadema de alcázares hayan salido de sus tumbas para moler á palos, como era debido, á los profanadores.

¡Bonita vecindad para el clásico palacio *Pé-saro*, cuya decoración interior no desmerece de la de la fachada! ¡Bonita, sobre todo, para la maravillosa *Ca d'Oro*, el más rico modelo del gótico veneciano de todo el Gran Canal! La elegantísima arcada de ojivas y medios puntos, el sutil calado del balconaje, los rosetones y las flores de la doble galería, los miradores del costado izquierdo y la esbelta crestería de este magnífico palacio, con justicia llamado *Casa de Oro*, debían de estar plagados de ametralladoras que barriesen sin piedad la hórrida edificación de enfrente. Parece imposible que en Venecia, donde se nace, se vive y se muere entre arte, se toleren tales cosas.

La *Ca da Mosto* es del siglo XII, del XIII la *Corte del Remer*, del XIV y de un precioso gusto ojival el palacio *Sugredo*, todos en la inmediación de la *Ca d'Oro*. Más antiguo aún, el *Fondaco de' Turchi*, conserva de su primitiva fábrica del siglo X muy poca cosa.

Así como la *Ca d'Oro* es lo mejor de lo gótico, el palacio *Vendramin-Calergi* es lo más escogido del Renacimiento. Sus dos pisos ostentan una serie de elegantes columnas estriadas, entre las cuales aparecen ventanas dobles cubiertas por medios puntos que sustentan finos

rosetones; por último, todo á lo largo del techo corre una cornisa suntuosamente adornada. Para dar mayor grandiosidad á este palacio, á ambos lados copudos árboles asoman, á la izquierda á traves de rica verja, á la derecha por encima de la pared. El gondolero para, sin que yo se lo diga: seguramente que es más artista que los que dispusieron el mercado de los pescaditos.

Dos palacios contiguos, el *Grimani della Vida* y el *Erizzo*, presentan, el primero una bellísima galería ojival, el segundo una sencilla y elegante construcción del mismo estilo. Más allá, el *Canareggio* vierte sus aguas en el grande; desde éste se distingue en aquél el palacio *Labia*, que contiene hermosísimos frescos de Tiépolo, de los cuales los del primer piso son de verdad sobresalientes. Paso sin detenerme por delante del palacio *Flangini*, extrañamente rematado por una media columna; es un capricho del constructor, una cosa rara, no sé si bonita ó fea; por lo menos tiene originalidad.

Pero, Dios mío, ¿qué es lo que veo, allá, en el fondo, al lado de la iglesia de *Gli Scalzi*, detrás de su fachada de recargado estilo rococo? ¿Otro puente de hierro? ¡Sí, otro puente de hierro, otro tubo largo y gris, el desdichado compañero del que, junto á la *Academia*, estropea la vista del palacio *Cavalli*! Huyamos de aquí, ya que los adelantos de la ciencia se empeñan en dejar caer, sobre la gratísima impresión del arte, la suya fría y triste.

XXXVIII

VENECIA—LA ACADEMIA DE BELLAS ARTES

Bajo la sombra siniestra de uno de los puentes de hierro, en el borde izquierdo del Gran Canal, según se va de la Piazzetta á Rialto, al lado del Palacio Manzoni-Angarini que Tulio Lombardo construyó de mediados á fines del siglo xv y muy cerca del Loredán, hállase la Academia de Bellas Artes, espléndida recopilación de cuanto bueno ha producido la escuela de pintura veneciana. Un regio tetranvirato, el Ticiano, el Tintoreto, Carpaccio y Gentile Bellini, ejerce la soberanía plena y absoluta de este museo, rodeado por magnífica corte de *dii minores* que se inclinan ante su grandeza. Y aun entre los tetrarcas, tres rinden pleito homenaje á uno, al gran Ticiano, al amigo de Paulo III, al creador de la *Flora* insigne, saludando reverentemente al espléndido cuadro de *la Asunción*.

Entre los críticos de la pintura se discute mucho si es ó no es esta la obra maestra del Ti-

ciano; y yo, que no soy crítico y sí sólo aficionado, voy á permitirme, con mucha timidez, casi en voz baja, lleno de temor de que la ciencia me excomulgue por mi atrevimiento, dar una opinioncita, no acerca de esta maravilla precisamente, sino de la cuestión en general: yo creo que es imposible decir, en absoluto, cuál es la mejor obra de un autor. En toda producción artística hay dos elementos, el objetivo y el subjetivo, tan íntimamente enlazados que es imposible separarlos; en la pintura, por ejemplo, la corrección del dibujo, la composición, la realidad del colorido, la armonía, en fin, constituyen el primero; en cuanto al segundo, lo forma nuestro peculiar modo de ver. Se me dirá: "Pero si un cuadro está bien hecho, si el dibujo, la composición y el colorido son artísticos y verdaderos, el cuadro es bueno; y si usted no lo ve así, peor para usted." Yo vuelvo el argumento del revés y digo: Y si un cuadro es notoriamente incorrecto, ¿puede ser bello? ¿Es verdad, pongo por caso, el color del "Martirio de San Mauricio y de la Legión Tebana" del Grecco? No, no es verdad, y sin embargo, ¿quién se atreverá á decir que, después del asombro de Claudio Coello, hay en el Escorial nada parecido siquiera á la obra de Domenico Teotocópuli? No basta, pues, con las condiciones objetivas, es preciso que el alma, que la inspiración del autor pasen á nosotros, y es indudable que cada uno las sentirá á su modo. Por eso, lo que hablará muy alto al criterio de uno, pasará desapercibido para otro, aunque se

llegue á una verdadera conformidad en las cualidades pictóricas; se puede, pues, decir: "Este cuadro es bueno y este malo", pero nunca cuál es el mejor de entre los buenos, á no ser en casos muy excepcionales, en esos en los que el criterio puede tener caracteres de generalidad, que hablan á un sentimiento único y universal. Por esto, yo creo que huelga la disputa acerca de la *Asunción*: todo el que tenga siquiera una remotísima idea de lo que es arte, ha de considerarla una maravilla; pero, ¿á qué perderse en estériles discusiones sobre tal ó cual pincelada?

Ninguna obra artística es buena si en ella no hay, flotando sobre la materialidad del procedimiento, algo espiritual, una idea, un sentimiento. Y esto es lo que constituye el principal mérito del grandioso cuadro del Ticiano, porque en las fisonomías de los Apóstoles se ve el entusiasmo, la alegría purísima en las de los ángeles, la dulce beatitud celestial en la de la Virgen; son seres que viven, pero no con la vida terrena, sino con la otra, con la de las regiones en las cuales no existe más que la eterna belleza.

Cada autor tiene modos diversos de comprender las mismas cosas; Gentile Bellini, el maestro del Ticiano, ve en un cuadro á los seres celestes á través de un recuerdo pagano, por ejemplo; los santos que rodean á María en su *Sacra conversazione*, están un poco ligeros de ropa, más como deidades mitológicas que como héroes de la castidad cristiana; y sin em-

bargo, la expresión de las caras es de tal punto estática é ideal, que con razón un ilustre crítico ha comparado este estilo al del Beato Angélico.

Así como en la diferenciación de la subjetividad y de la objetividad del arte no están conformes los autores, y Anatolio France y Fernando Brunetière se tiran los trastos á la cabeza con tal motivo, tampoco lo están en cuanto á la pureza del realismo; digo esto porque al Ticiano, á aquel á quien Carlos I recogía los pinceles del suelo porque creía que el autor de tales hermosuras bien merecía ser servido por el César, le reprochan algunos el haber vestido las figuras de *la Presentación* que adorna la Academia veneciana, con la iconografía propia del tiempo en que fue ejecutada la obra. En efecto, el maestro, siguiendo y dando con ello un ejemplo frecuentísimo, pintó los trajes que veía á diario, tal y como andaba la gente en aquella época. Hay quien cree que esto es un horror, un sacrilegio, una profanación artística; hay quien opina, por el contrario, que con ello gana la composición en ingenuidad y en gracia; vaya otra opinioncilla mía, y, como tal, tan llena de humildad como la anterior: si en la actualidad los ropajes que vemos en *la Presentación* fuesen los usuales, creo que es verdad que no nos haríabuen efecto el verlos cubriendo á los personajes de hace mil novecientos años; pero han pasado cinco largos siglos por los que aquí vemos, no estamos acostumbrados á ellos, y, por lo tanto, no nos choca el anacronismo. Otra objeción:

“Según eso, les chocaría á los contemporáneos del Ticiano.” Puede ser que sí, pero, en primer lugar, yo no llevo mi amor al prójimo tan lejos: allá ellos, nuestros ascendientes de entonces, si les chocaba; con tal de que ahora nos guste á nosotros, no veo inconveniente en que protestasen los de entonces; y en segundo, no han protestado: el Ticiano fue uno de los hombres más admirados en vida que han existido: León X hizo los imposibles para llevarlo á Roma; Carlos I vino á Bolonia para que lo retratase, y decía de él que el emperador bien podía hacer un duque, pero que un Ticiano sólo Dios lo creaba; Paulo III deponía la tiara para hablar con el maestro; y, además, ¿no existía entonces mucho más que ahora la ingenuidad artística? ¿No eran los ropajes de aquel tiempo mucho más bellos y elegantes que los actuales? No podemos figurarnos á San José con sombrero de copa y levita, pero con calzas y veste de pliegues, sí.

Más contrario aún á la verdad histórica que el Ticiano es el Veronés, en su cuadro, existente en esta Academia, *Jesús en casa de Levi*. Y sin embargo, á pesar de que el pintor aquí no se contenta ya con meterse con los trajes, sino que la emprende con la mansedumbre evangélica y convierte la escena de humildad en un corro de gentes altivas, fuertes y llenas de vida, todo el mundo dice, y dice bien, que este cuadro es un fenómeno de belleza. No lo es menos la *vida de Santa Úrsula*, colección de nueve telas del Carpaccio, el genial creador de los donce-

les venecianos, especialmente la última, la glorificación de la Santa.

Según las autoridades, lo mejor que el Tintoreto tiene en la Academia es el *Milagro de San Marcos*: El patrono de Venecia salva á un esclavo condenado, en el momento justo, cuando el infeliz ya creía que como el remedio no viniese de arriba estaba aviado. Y sin embargo, á mí me gusta más otro cuadro lleno de inspiración y de suavidad, la Virgen y el Niño Jesús con tres senadores, y, sobre todo, *la Ascensión*, que es magnífica.

¿A qué seguir? ¿Cómo lograr en unas rápidas impresiones de viaje formarse una idea siquiera del inagotable tesoro de la Academia de Bellas Artes de Venecia? Me faltan autoridad, tiempo y espacio: que me perdonen, pues, Bonifacio, Marco Basaiti, Palma el Joven, Boccaccino di Cremona, Mantegna, el Garófalo, Rocco Marconi, el Pordenone, Cima de Conegliano y tantos otros insignes maestros, si al consignar sus nombres inmortales me limito á rendir un tributo de admiración á su memoria.

XXXIX

VENECIA—SANTA MARÍA “DELLA SALUTE”—“SAN GIORGIO MAGGIORE”—EL “REDETORE”—“SAN STÉPHANO”—“SAN ROCCO” Y SU “SCUOLA”—“I FRARI”.

Hoy es día de iglesias, empezando por la de Santa María *della Salute*, de la cual ya dije que está en uno de los extremos del Gran Canal, al lado del Seminario y de la Aduana. Por cierto que lo primero que se ocurre preguntar aquí es si han hecho la cúpula para la iglesia ó la iglesia para la cúpula, porque esta última (la principal, pues detrás hay otra de más modestas dimensiones, adosada á una torre raquítica) es enorme y cubre por completo el templo, sin dejar sitio más que á unos arbotantes macizos y redondos que sostienen estatuas. La fachada principal, de estilo clásico, es sencilla, elegante y de atinadas proporciones, y hace muy buen efecto sobre la amplia escalinata que muere en el Gran Canal. En resumen, la obra de Longhena, destinada á perpetuar el recuerdo de la

horrible peste que en 1630 desoló á Venecia, sería incalculablemente más bella si la cúpula estuviese más en armonía con las dimensiones generales. El interior atesora varias hermosas producciones del Ticiano, especialmente el techo de la Sacristía, que representa á Caín y Abel, David y Goliath y Abraham é Isaac, y ocho medallones que contienen los cuatro Evangelistas y otros tantos Padres de la Iglesia. Es lástima que el *Descendimiento del Espíritu Santo* que el maestro ha pintado en una de las capillas laterales esté completamente denegrido, pues no es posible formarse exacta idea de su importancia.

En unos cuantos minutos de góndola, ya por la laguna viva y con olas que, libres de la estrechez de los canales, casi parecen de verdad, llego á la isla de San Giorgio Maggiore, ocupada por la iglesia del mismo nombre, por el antiguo convento, hoy cuartel de artillería, que de ella dependía, y por un ameno y umbroso bosque. Es el templo de hermosas proporciones, alto de cúpula, más alto aún de campanario. En el coro, una sillería magnífica del siglo xv desarrolla la vida entera de San Benito, y el pincel del Tintoreto ha dejado por las diversas capillas algunos bellísimos ejemplares de su estilo.

El *campanile* de San Giorgio hace competencia al de San Marcos en ofrecer una vista espléndida y hasta le vence; porque, desde él, se domina mejor aún el contorno de Venecia y más extensa porción de mar. De nuevo la ca-

prichosa sinuosidad del Gran Canal aparece á mis ojos, con su animación sempiterna; frente á mí, la *Riva degli Schiavoni* desarrolla su recta extensión que termina entre el verdor del Jardín Público; en dirección opuesta, la Laguna Viva se esmalta de islillas, *San Giorgio in Alga*, *la Grazia*, *San Clemente*, *Santa Elena*, *San Sérvolo*, *San Lázaro*, protegidas por la larguísima lengua del *Lido* y de *Malamocco*, cuyas casas se perciben á vista de pájaro. Y allá, en lo último, detrás del caserío de Venecia, aún columbro otra islita, el poético Campo Santo de Venecia, en el cual los muertos duermen arrullados por las olas...

Unos cuantos golpes de remo me trasladan de la isla de San Jorge á la de los Judíos, la *Gindecca* famosa, de la que habían tomado posesión los semitas en otros tiempos para establecer sus sórdidas viviendas, su oscuro comercio y su despiadada usura, huyendo del contacto de los cristianos que los despreciaban; desembarco en la esquina de la *Fondamenta di San Giovanni* y sigo la larga fila de muelles que forman aquélla y la de *la Croce* y la de *Ponte Longo* y la de *Ponte Piccolo* y la de *San Biagio*, frente por frente, á través del anchísimo canal de la *Giudeca*, de la renombradísima *delle Zattere* hecha de enormes bloques de mármol. A medio paseo encuentro la hermosa iglesia del *Redentore* (¿no parece un doloroso sarcasmo el poner entre judíos el dulce nombre de Él que redimió al mundo?), de sencilla é imponente grandiosidad, que contiene una serie de

pinturas referentes á la vida del Señor; así, Bassano se ha encargado de una *Natividad* llena de candor, Carletto Caliari del *Bautismo*, el Tintoreto de la *Flagelación*, Palma el Joven del *Descendimiento de la Cruz*, de nuevo Bassano de la *Resurrección*, y el Tintoreto otra vez de la *Ascensión*. Todos estos cuadros, colocados en capillas laterales, no son menos bellos que tres *Virgenes* que se conservan en la Sacristía, y cuya paternidad se discute mucho, atribuyéndosela unos á Juan Bellini, y otros á Alviso Vivarini y á Bissolo y Pasqualino, discípulos del primero de todos.

Esta excursión á la Giudecca nos ha apartado un poco de la verdadera Venecia; pero muy pronto volvemos á la insigne ciudad para visitar la iglesia de *San Sthépano*, situada en una de las extremidades del *campo* del mismo nombre, uno de los pocos que pueden aspirar al nombre de plaza. La iglesia, de un delicado estilo gótico del siglo XIV, posee una hermosa fachada de ladrillo, con bonitísimas tierras cocidas en las ventanas, y una bóveda de madera muy singular que permite que el interior posea un aspecto de ligereza extraordinario. En él yacen, bajo espléndida losa, los restos del dux Francisco Morosini, el conquistador de Atenas y de la Morea.

Por un laberinto de canalillos me dirijo al Gran Canal, lo atravieso y llego á la iglesia de San Rocco, que, como la contigua *Scuola* del mismo nombre, está llena de la gloria del Tintoreto. En ambos edificios, y en especial en el

segundo, el genio del gran artista ha dejado huella indeleble con su naturalista modo de comprender los personajes sagrados, sirviéndole de cotejo no despreciable número de obras del Tiziano, del Giorgino, de Andrés Schiavoni, de Campagna; en la *Scuola*, una *Crucifixión* soberbia da altísima idea del extraordinario mérito del insigne autor de la *Muerte de Abel*.

Muy cerca, y para terminar esta ya larga enumeración de edificios sagrados venecianos, visito *I Frari*, la majestuosa iglesia de los franciscanos, de estilo ojival. Aquí está enterrado el Tiziano, en magnífico sarcófago del siglo XIX, construido por orden del emperador Fernando I de Austria, dueño y señor por aquel entonces de Venecia. El augusto donante ha querido perpetuar aquí algunas de las obras maestras del artista, y así, los bajo-relieves reproducen la Asunción, el martirio de San Pedro de Verona y el de San Lorenzo. La figura del pintor está sentada entre cuatro bellas columnas, al lado del Genio, rodeado por la xilografía, la pintura, la escultura y la arquitectura. Por fin, las laudatorias inscripciones latinas recuerdan las distinciones nobiliarias con que Carlos I adornó al maestro y la erección del monumento.

No son estos los únicos huesos ilustres que reposan en *I Frari*; Jaime Marcello, el Beato Pacífico, el almirante Pésaro, el príncipe Pablo Savello, Duccio degli Alberti, los dux Francisco Fóscari y Nicolás Tron, Melchor Trevisano, Pedro Bernardo y el insigne Canova esperan

aquí también la Resurrección de los muertos en panteones de extraordinaria magnificencia.

Cerca de los restos de su autor, la *Virgen* de la familia Pésaro, del Tiziano, despliega en este templo toda su regia magnificencia. Es este un cuadro de capitalísima importancia, lleno de una pompa y de un esplendor extraordinarios; la dulce imagen de la Madre del Salvador que mira al Pésaro obispo de Paphos, contrasta con la del guerrero que en una mano enarbola el estandarte de la Iglesia, mientras con la otra mantiene encadenado á un turco de feroz fisonomía; Jesús Niño, San Pedro, San Francisco de Asís, San Antonio de Padua y, en el fondo, un templo de magnas proporciones, amén de varios individuos de la ilustre familia que ha dado nombre á la composición, forman el total de este cuadro maravilloso. Si las cenizas del artista pudiesen alzarse de su tumba verían cómo la fuerza creadora que su alma atesoró se perpetúa á través de las generaciones y cómo la misma impresión causada por ella en otros tiempos la experimentamos hoy los que, mudos de asombro, nos detenemos ante sus obras inmortales.

XL

EL PANTEÓN DE LOS DUX

No bastaba á la gloria de Venecia rodear de pompa en vida tan sólo á sus príncipes; érale preciso que también la muerte se cubriese para ellos de suntuosas galas, de espléndidos adornos y que, reunidos en un mismo único panteón, perpetuasen, á través de las edades futuras, la oriental fastuosidad de la altísima representación nobiliaria. Y *San Giovanni é Paolo*, en abreviatura de uso corriente *San Zanipolo*, la iglesia más grandiosa de la ciudad después de San Marcos, fue la destinada al efecto, llenándose sus naves con los magníficos monumentos funerarios que encierran las ilustres cenizas.

En medio de quince estatuas yace Pedro Mocenigo el Victorioso, insigne capitán por la tierra y por el mar; el inepto Canale había perdido el Negroponto, y la República, eterna y natural enemiga de los turcos, avanzada del Cristianismo en Europa, nombra para sustituirle á Pedro Mocenigo; rápido como el rayo, el futuro

dux toma la ofensiva, incendia á Esmirna, sirve de poderoso sostén á la infeliz Catalina Cornaro, reina de Chipre é hija adoptiva de Venecia, que acababa de perder á su marido Jaime II; y por último, cae sobre Mahomet, que sitiaba á Scutari, y lo destroza y obliga á retirarse en desorden. Poco después, el dux Nicolás Marcello se reúne con sus antecesores, en suntuosa tumba, labrada por Pedro Lombardo en esta iglesia misma; el eco de las hazañas de Mocenigo llena los ámbitos de Venecia y la elección se pronuncia por él; pero las campañas han minado su salud y el victorioso vegeta corto tiempo en el solio ducal: también los Lombardo son los encargados de erigirle magnífico monumento.

Algo más allá, Marco Antonio Bragadino ha merecido un puesto de honor entre los dux difuntos, á pesar de no haber ostentando nunca el soberano *cornio*; pero encargado por Luis I Mocenigo (pronto llegaremos á su huesa) de defender Famagusta contra el feroz Mustafá Pachá, lo hace con tal valor, con temeridad tal, que, irritado el turco, viola la capitulación, pasa á cuchillo á los cristianos y desuella vivo al valiente capitán. Venecia recibe con respeto el glorioso cadáver y lo entierra regiamente: no podía hacer menos.

En el coro, en bellissimo sepulcro gótico, adornado por un mosaico, reposa Miguel Morosini, indigno hermano de Nicolás el elocuente. Padua, Génova, Hungría se habían coaligado contra Venecia, dando lugar á la famosa

guerra de Chiozza. La Perla, estrechamente sitiada, iba á sucumbir: el desaliento, el pavor se habían apoderado del ánimo de sus hijos. Nicolás Morosini se ofrece á negociar, esperando que su poderosa palabra y su hábil diplomacia lograrían aplacar el ánimo de los vencedores; Francisco de Carrara, señor de Padua, el almirante Doria y el príncipe Carlos de Hungría le reciben altivos, duros, inexorables; en vano Nicolás despliega toda su elocuencia persuasiva y patética, en vano recurre á cuanto su amor patrio pudo sugerirle: la victoria había petrificado el corazón de los coaligados. Morosini recobra toda su energía: "Pues bien, no tendréis nada", les grita. Tan buen general como orador, organiza la defensa, electriza á los venecianos, combate en primera línea y tiene la satisfacción de ver destrozados á los genoveses, huídos á los húngaros, forzados los paduanos á aceptar la paz más onerosa. Este era Morosini el bueno; veamos ahora quién era Morosini el malo. Muerto Nicolás poco después de su triunfo, Venecia agradecida elige dux á su hermano Miguel, que había especulado con la desgracia de la patria: el bueno excitaba, dando personalísimo ejemplo, al sacrificio; el malo compraba, mientras tanto, á bajo precio las propiedades de que los venecianos se desprendían generosamente para coadyuvar á la defensa. La peste se lo llevó á los tres meses de ser elegido, é hizo bien; pero es triste cosa el que las puertas de San Zanípolo se hayan abierto para él y no para Nicolás.

A un lado yace Leonardo Loredán, en un sepulcro delicadamente trabajado por el Cataneo. Como Nicolás Morosini, Loredán ha salvado una vez á Venecia, cuando las guerras á que dió origen la liga de Cambray pusieron á la república á dos dedos del abismo: Leonardo logró apartarla de él, á fuerza de habilidad, de talento, de política, en felicísimas negociaciones. Es lástima que fuese en su tiempo cuando, al establecerse la Inquisición del Estado (inútil decir que ésta no tiene nada que ver con su calumniadísima tocaya la religiosa), se perdió hasta la última sombra de la autoridad ducal.

Henos enfrente del más bello panteón de San Zanípolo, el de Andrés Brendamin, hermosísima producción de Alejandro Leopardo, el autor de los pedestales de los mástiles de San Marcos. Por cierto que dicen que dos de las estatuas de este túmulo no son del inspirado artista, sino de otro no tan inspirado. En cuanto al dux que aquí reposa, su mandato fue de muy corta duración: elegido á la muerte de Pedro el Victorioso, muy pronto vino á sucederle Juan del mismo nombre, el Desgraciado, y en el tiempo que ostentó la suprema jerarquía no ocurrió nada de particular.

Marco Cornaro, el que adornó la Sala del Gran Consejo con los frescos que vemos hoy aún, el que hizo tomar parte á Venecia en una desastrosísima cruzada contra el Egipto y el que ahogó en sangre la insurrección de Candía, duerme al lado del anterior, en un sepulcro gó-

tico; muy cerca, en el crucero, Antonio Venier, gran protector del comercio, conquistador de Corfú, de Durazzo, de Argos, de Nauplia, de Scutari, de Treviso.

A la izquierda del crucero existía la soberbia capilla del Rosario, erigida para conmemorar la victoria de Lepanto, pero un violentísimo incendio la redujo á cenizas en 1867. Una desdichada casualidad hizo que el famoso cuadro del Ticiano, *Martirio de Pedro de Verona*, aquel que tanta admiración despertó que la Serenísima quiso decretar pena de muerte para el que intentase sacarlo del territorio veneciano, estuviese accidentalmente allí durante la noche fatal, y que, por consiguiente, fuese también pasto de las llamas. Es una desgracia el que los incendios no tengan miedo de la pena capital.

Al monumento de Leonardo da Prato lo corona una estatua ecuestre del muerto, que tiene la extraña particularidad de estar labrada en madera. Más lejos, el de Pascual Malipiero, protector de la paz y de las artes; la estatua yacente, en otro tiempo pintada, de Miguel Steno, el galante dux: allá en sus verdes años una misma belleza veneciana les trastornó el seso, á él y á Marino Faliero; la dama prefirió al futuro jefe del Estado, y Marino juró á aquél odio á muerte, que no poco tiempo después se exteriorizó en la famosa conspiración, cuyas resultas han dado origen á tantas lágrimas de nuestros abuelos los románticos. En tiempos de este dux, el Consejo de los Diez llegó á tener tal importancia que condenó á muerte y ejecutó á

un soberano y á su heredero, á Francisco de Carrara, príncipe de Padua, y á su hijo, vencidos y prisioneros tras enconada lucha.

El general Pompeyo Giustiniani, *Brazo de Hierro*, también ha obtenido un puesto entre los dux sin haberlo sido nunca; pero bien merecido lo tiene por su valor y sus altas dotes. Al servicio de España, y peleando en Flandes bajo las órdenes del gran Alejandro Farnesio y del insigne Spínola, perdió un brazo en Anvers; cierto célebre artífice fabricó uno de hierro para colocarlo en el lugar del de carne y hueso, y de aquí el sobrenombre con que la Historia conoce á Giustiniani. Mal avenido el héroe con la quietud, entra á servir á Venecia cuando el emperador hace la paz, y defiende gloriosamente á Creta contra los turcos; cuatro años después se opone á los austriacos que invaden el Frioul y muere en un reconocimiento; valiente capitán y profundo escritor, ha dejado varias obras de ciencia militar muy apreciadas. Venecia, á pesar de su calidad de extranjero, le ha hecho un lugar entre los huesos de sus dux, dedicándole un panteón que surmonta su estatua ecuestre.

Cerca de él reposa otro de los dux Mocenigos, Tomás, que derrotó por mar á los turcos y por tierra al patriarca de Aquilea, cuyo territorio conquista. Era Tomás Mocenigo varón muy dado al cultivo de las artes, y á él se debe la reconstrucción del palacio ducal y el comienzo de las obras de la Biblioteca. A su lado yace Nicolás Marcello, cuyo único mérito ha consis-

tido en que en sus tiempos Pedro el Victorioso libró á Scutari; más adelante, la estatua ecuestre de Horacio Baglioni.

Juan Mocenigo fue un dux muy desafortunado: su tiempo recuerda una época tristísima para Venecia, pues en ella la asolaron el hambre y la peste, los turcos tomaron por fin á Scutari, Bayaceto se apoderó sin resistencia de Cefalonia, y Hércules III de Ferrara destruyó á los ejércitos venecianos; á pesar de tantas desgracias, Juan duerme en San Zanípolo en solemne panteón, construído por Julio Lombardo.

Encima de la puerta principal, un enorme monumento guarda las cenizas de Luis I Mocenigo, de su mujer y de Juan Bembo. Fue Luis famoso porque, durante su gobierno, Venecia tomó principalísima parte en la victoria de Lepanto; antes de ella, Chipre entera había caído en poder de Mustafá, después del incendio de Nicosia y de la muerte de quince mil cristianos, y después de la toma de Famagusta y del despellejamiento de Bragatino. A pesar de los triunfos de las armas cristianas, vióse Venecia obligada á pactar con Selim, no sólo á causa de las pérdidas de la guerra, sino también por la terrible peste que, por aquel entonces, causó setenta mil víctimas. En cuanto á Bembo, fue un encarnizado enemigo de España; los socorros que contra Felipe III prestó á Carlos Manuel de Saboya son buena prueba de ello.

.....

Este es el Escorial de Venecia, el pudridero en el que los huesos de los nobles prisioneros

del palacio de la Piazzetta se han ido amontonando... Por encima de sus soberbios túmulos ve el indiferente viajero de hoy tendido un velo de tristeza, el crespón luctuoso de la Reina del Adriático que llora sus perdidos esplendores; cada una de las sepulturas se ha llevado un harapo del manto de su realeza, dejando sólo para el porvenir el recuerdo de un poderío muerto. Y cada sepulcro es un testimonio más de que la noble conquistadora no es hoy más que un cadáver histórico.

XLI

LAS DISTRACCIONES DEL PRÍNCIPE DE K***

Conviene saber que Venecia ha pertenecido largo tiempo al Austria, desde que el tratado de Campo Fórmio se la adjudicó en 1797, hasta que en 1805 cayó en las garras de Bonaparte; desde la destrucción del imperio napoleónico en 1814 y la consiguiente vuelta de cada cosa á su anterior estado, hasta que Daniel Manin proclamó una efímera república independiente en 1848, y desde que Radetzky se apoderó de ella en 1849, después de un largo asedio, hasta la guerra de 1866 y el acreditado plebiscito de que queda hecho mérito. En estos diversos lapsos, el Austria se esforzaba en hacer agradable su dominio, y Venecia, al igual que el resto del Norte que estaba bajo el cetro de los Césares, en querer sacudírselo, á pesar de lo mucho bueno que á la dominación extranjera debía. Pues bien, lo que voy á referir ocurrió en el último período, poco después del sitio y de la ocupación de Radetzky.

Era, por aquel entonces, el hoy venerable emperador Francisco José un joven ilustrado, valiente, reflexivo, serio, amante de sus pueblos y lleno del buen deseo de hacerlos felices. A pesar de estas relevantes cualidades, el destino reservaba al augusto mancebo muchas y muy dolorosas pruebas que habían de convertir su rutilante diadema en corona de espinas. Pero en fin, esto no es del caso: digo que Francisco José era joven y que albergaba en su alma un entusiasmo grandísimo por el bienestar de sus súbditos. Así es que, deseoso de hacer olvidar á los venecianos el espectáculo de la guerra y del sitio, cuando los ánimos empezaron á calmarse y la tranquilidad hubo renacido, juzgó oportuno enviar un lugarteniente que no fuese militar, un hombre civil, amable, fino y lo suficientemente gran señor para que, á fuerza de fiestas, sonrisas, palmaditas en el hombro, calurosas ponderaciones de la belleza de la ciudad de las lagunas y discretos golpecillos de cortésana adulación personal, hiciese grato y deseable el dominio del Imperio. El César se echó á buscar por toda su corte quien reuniese las condiciones necesarias, á saber: nombre ilustre, gran fortuna, talento, caballeridad intachable, suavidad á toda prueba y hasta figura distinguida, y muy pronto se fijó en el Príncipe de K***, jefe de una de las principales familias de toda la Hungría y personaje que parecía nacido expreso para desempeñar á conciencia el honoroso puesto que el emperador le preparaba. Así es que, una mañana, el príncipe recibió la

orden de presentarse ante la Majestad apostólica y, momentos después y de ésta, la de salir para Venecia á ejercer, en su nombre, la suprema autoridad.

El príncipe, súbdito leal y obediente, se apresuró á cumplir el soberano mandato, y acompañado de la princesa, dama elegantísima, y de los principitos, niños encantadores, arribó á la Piazzetta una bella noche; encantado por el recibimiento de fría curiosidad que Venecia le hizo, el nuevo lugarteniente, que esperaba algo peor, se trasladó incontinenti al Palacio de las Procurazie Nuove, donde tenía su alojamiento; recibió al elemento oficial, hubo el consiguiente cambio de discursos y, terminados estos importantes menesteres, se retiró satisfechísimo á sus habitaciones particulares. Las fatigas del viaje y la alegría de no haber sido silbado le procuraron un sueño profundo y reparador, tanto que, cuando abrió los ojos, hacía ya varias horas que el sol brillaba en medio de una atmósfera purísima.

El despertar del señor príncipe fue muy agradable; por las ventanas se colaba la luz á chorros hasta el fondo de la alcoba, una luz diáfana y brillante que convidaba á un paseo matinal á caballo, trotando, galopando, salvando vallados y arroyuelos. Sin llamar al ayuda de cámara se vistió elegantemente, calzóse altas botas y finas espuelas, empuñó un látigo de áureo puño y bajó á la sala de Ayudantes; éstos, al verlo de tal guisa, se quedaron estupefactos.

—Señores — dijo alegremente — la mañana está hermosísima, excelente, para montar á caballo. El que me quiera que me siga. Ruego á ustedes que den la orden de ensillar.

—¡La orden de ensillar, señor lugarteniente!— contestó uno de los edecanes.—Y, ¿á quién ensillaremos?

—¡Hombre, me gusta la pregunta! ¡A los caballos, naturalmente!

—¡A los caballos!—respondió consternado el oficial, mirando para sus compañeros.—Señor lugarteniente, no tenemos más que cuatro caballos...

—¿Cuatro caballos? No son muchos, y me extraña que tan mal estén estas caballerizas. Pero, en fin, yo cuidaré pronto de montarlas en el pie que es debido y, para hoy, ya nos arreglaremos con esos cuatro.

—Es que, señor lugarteniente, esos caballos...

—¿Están desherrados?

—¡Demasiado herrados!

—¿Enfermos?

—¡Sanísimos, por desgracia!

—¿Cómo por desgracia?

—Sí, señor lugarteniente, por desgracia. Hace más de dos mil años que no tienen un triste torozón.

—¡Dos mil años!—dijo el príncipe, asombrado.—Señor ayudante, ¿acaso pretende usted reirse de mí?

—¡Dios me libre, señor lugarteniente! Pero, en una palabra, aquí no hay más que los cuatro caballos de bronce de San Marcos. De car-

ne y hueso, no hay noticia de uno solo en toda Venecia.

—¡En toda Venecia! — repitió perplejo el príncipe. — ¡En toda Venecia!... ¡Ah, tonto de mí! — añadió por fin, dándose una fuerte palmada en la frente. — ¡Es verdad! ¡Estamos en Venecia! ¡En Venecia, la ciudad de las lagunas! ¡Ahora recuerdo que Su Majestad me ha enviado aquí, y que llegamos ayer, y que no me han silbado!... Pero, ¿en qué mil diablos estaría yo pensando?

Y el señor lugarteniente se volvió para sus habitaciones, cavilando cómo podía ser que él se creyese todavía en Viena, y, sin cesar de dar vueltas á la cosa, procedió á quitarse las inútiles espuelas. En cuya operación estaba, cuando vinieron á avisarle que los notables venecianos, á quienes había invitado para una recepción extraoficial, empezaban á poblar los salones. El príncipe se vistió de uniforme apresuradamente y, rodeado de brillante séquito, hizo su entrada solemne en la reunión.

Había allí de todo, autoridades, militares, abogados, médicos, nobles, propietarios, industriales, clero, comerciantes; en una palabra, todo lo que en Venecia representaba algo, pues el príncipe, fiel á las instrucciones del Soberano, quería reunir cerca de sí la mayor suma de elementos posible; besó reverentemente el anillo del Cardenal Patriarca, abrazó al *Síndaco* y estrechó la mano del Comandante General; en seguida comenzaron las presentaciones, teniendo el representante de Su Majestad una frase

amable para cada uno; la concurrencia estaba encantada de su señoril cortesanía, y él, dispuesto á captarse todas las simpatías, distinguió más especialmente al conde P..., arruinado jefe de una de las casas más insignes de Venecia, al riquísimo paragüero al por mayor y banquero L..., al joven marqués de R..., que acababa de casarse brillantemente y restaurado con ello otra casa no menos eximia que la de P..., y al docto profesor H..., una lumbrera de la ciencia que, á pesar de vestir reciente y rigurosísimo luto por su esposa, había querido acudir á ofrecer sus respetos al enviado imperial. Lo malo fue que éste, distraídamente, al conde, que envidiaba á muerte la fortuna del paragüero y que afectaba despreciarlo en todas partes, le dijo que era muy laudable el haberse elevado, desde modestas regiones y á fuerza de honradez y de trabajo, á las doradas de la opulencia; al paragüero, que se sirviese excusar si le era preciso, en aquellos actos oficiales, mezclar su noble personalidad con la de gentecillas de poco más ó menos, endiosadas por haber hecho unos cuantos millones sabe Dios por qué medios; al recién casado marqués, que le acompañaba de todo corazón en el sentimiento por el tremendo golpe que acababa de recibir, y al profesor recién viudo, que recibiese su más cordial enhorabuena por el fausto suceso acaecido en su hogar. A consecuencia de lo cual, el conde, el paragüero, el casado y el viudo, salieron echando chispas y declarados enemigos irreconciliables

del Austria, mientras el príncipe se felicitaba á sí mismo por sus rasgos diplomáticos que tanto gusto habían de causar, cuando los conociese, á Su Majestad Imperial y Real Apostólica.

En efecto, Su Majestad se puso contentísima cuando á sus oídos empezaron á llegar los rumores del modo que empleaba su lugarteniente para granjearse la simpatía de los venecianos; Francisco José sospechó que su elección no había sido muy feliz y, cuando las noticias de otros varios éxitos del príncipe vinieron á confirmar la primera, decidió enviar al Archiduque Alberto, duque de Teschen, su propio tío, para que girase una discreta visita de inspección á la perla del Adriático y se informase convenientemente de lo que por allí pasaba; en consecuencia, Su Alteza Imperial, montando un buque de guerra, se presentó cierto día frente á Venecia.

El príncipe de K***, avisado con anterioridad, se multiplicó para preparar una recepción brillantísima que diese al tío del Emperador una alta idea de su buena administración. Dispuso iluminaciones, banquetes, saraos, recepciones, adornó la Piazza y la Piazzetta, engalanó la Riva, ordenó, de acuerdo con el Patriarca, un solemnísimó *Te Deum* en San Marcos y una revista militar en unión del Comandante General, sin contar una fiesta marítima, una excursión á la tierra firme, etc., etc. Así es que, cuando las salvas de ordenanza anunciaron la feliz llegada del Augusto huésped, no faltaba

el menor detalle, y el príncipe pudo embarcarse tranquilamente para salir al encuentro del buque archiducal.

En los primeros momentos, entre los vítores convenientemente pagados, en medio del brillante bullicio oficial y del regio escenario que Venecia ofrecía para tal pompa, el duque de Teschen no notó nada de particular y hasta creyó, á pesar de la bien cimentada fama de cabeza de chorlito de que el príncipe disfrutaba en Viena, que todo lo que tanto había asustado al Emperador eran habladurías de envidiosos. Así es que se apresuró á felicitar al lugarteniente y á dejarle concebir esperanzas de que el resultado de su viaje sería para él el Toisón.

Completamente tranquilizado, pues, se retiró á sus habitaciones; dispersóse el elemento oficial y, todo tranquilo ya hasta el día siguiente, el príncipe se sentó á la mesa, solo con su familia.

Estaban en la sopa, cuando la princesa dijo que S. A. I. era un señor muy simpático y agradable, digno de todos los respetos. El príncipe, ya distraído, preguntó:

—¿Qué Alteza Imperial?

—Pues el Archiduque Alberto, nuestro Augusto visitante, hombre.

—¿El Archiduque Alberto, nuestro Augusto visitante?

—¡Claro! ¿quién ha de ser, si no?

—¿Dónde está el Archiduque?—dijo el príncipe aterrado.—¿Está aquí en Venecia?

—¡Naturalmente!

—¡Cielos! ¿En dónde?

—Pues aquí, hombre, en Palacio, en sus habitaciones.

De un salto y antes que su mujer pudiese detenerle, el lugarteniente se precipitó á la puerta, descendió de cuatro en cuatro las escaleras, atravesó como una bomba antesalas y salones, galerías y pasadizos, y, violentando consignas y atropellando ugieres, entró en la cámara de Su Alteza, quien se preparaba en aquel momento á acostarse y se desabotonaba ya la levita de uniforme; al ver al príncipe llegar hasta él tan apurado, se dijo, en alemán: "ciertos son los toros", y se apresuró á abotonarse de nuevo y á ceñirse el sable: una sublevación, un motín contra los austriacos, Venecia en conmoción sin duda alguna... De un momento á otro sonarían las primeras descargas y correría la sangre. El Archiduque, hombre valeroso, se dispuso á ponerse al frente de sus soldados.

—¡Augusto señor!—dijo, sin aliento apenas, el príncipe.—¡Qué sorpresa! ¡Qué sorpresa!..

El Archiduque, sereno en medio del peligro, quiso tranquilizar al lugarteniente.

—No os apuréis, querido príncipe. Las tropas cumplirán con su deber y no ocurrirá nada.

—Sí que lo cumplirán, Señor Serenísimo. Ahora mismo corro á prevenirlas para que tributen á V. A. los honores de ordenanza.

—Dejemos eso en estos momentos. Mejor será que ocupen los puntos estratégicos... Yo me pondré á su cabeza y...

—Pero, ¿por qué, por qué no se me ha prevenido, señor?

—¿Cómo, príncipe?—preguntó asombrado el duque de Teschen.—¿Queríais que los conjurados os avisasen?

Y el tío del Emperador se dirigió sable en mano á la puerta de la cámara.

—¡Una conjuración!—dijo aterrado el príncipe.—¡Sin duda contra la sagrada persona de V. A. II!... ¡Y yo sin saber nada!.. ¡Pero, es imposible!..

—Entendámonos—dijo el duque.—¿No venís á anunciarme que Venecia se ha sublevado?

—¿Yo, Serenísimos Señor? ¿sublevarse Venecia contra V. A. I.? ¡Jamás, jamás, jamás! ¡Venecia, por el contrario, arde en deseos de ofreceros la expresión de su fidelidad á toda prueba, de su entusiasmo ardoroso, de su amor á la Augusta familia Imperial! Precisamente en cuanto sea pública la noticia del arribo de V. A....

—Pero entonces—dijo el de Teschen, frunciendo el ceño,—¿por qué demonio entráis á estas horas y tan de prisa y con esos aspavientos en mi habitación?

—Por la natural sorpresa: V. A. I. en Venecia y yo sin saber nada... “Corro á saludarla”, me dije, y ahora voy á dar algunas órdenes para los festejos, si V. A. me lo permite y si no desea conservar el incógnito...

—Mi querido príncipe—dijo el Archiduque, á quien aquella distracción le parecía ya una broma pesada,—me parece que os ha hecho

daño la cena... que os habéis excedido un poco, vamos...

—¿Yo, Augusto Señor? ¡Si estaba en la sopa cuando supe la fausta noticia...!

—Pero, ¿no habéis estado esta tarde á bordo de mi buque?

—¡Cáspita! ¡Pues es verdad!

—¿No he desembarcado con vos?

—¡Zape! ¡Pues es cierto!

—¿No os felicité por lo bien arreglado del ibimiento?

—¡Caracoles! ¡Pues no me acordaba!

—Idos á cenar tranquilamente, querido príncipe. No necesitáis esforzaros en ofrecermé vuestros respetos: estoy satisfechísimo de vos.

Al día siguiente fue la revista militar: vestida de gran gala, la imponente guarnición de Venecia formó á la hora convenida; el Comandante General destacó vigías que anunciassen la llegada de las góndolas del séquito de S. A. y, rodeado de su Estado Mayor, se puso á esperar; con no menor puntualidad la comitiva imperial salió de Palacio y llegó al punto indicado para la ceremonia; pasó un cuarto de hora y el general no vió llegar al duque ni el duque vió llegar al general; pasó media hora, pasó una entera, y nada; Teschen se retorció los bigotes, mirando con escama para el lugarteniente, mientras éste se perdía en conjeturas sin lograr explicarse el insólito suceso; por fin llegó una góndola disparada y en ella un ayudante del general.

—¡Señor ayudante!—gritó de K*** furioso.—

¿Cómo es esto de hacer esperar á Su Alteza Imperial?

—Señor lugarteniente—contestó el militar,— hace dos horas que las fuerzas esperan formadas.

—Pero, ¡con mil pares de rayos! ¿En dónde están esas condenadas fuerzas?

—En donde Vuestra Excelencia ha ordenado, en el Campo de Marte.

—¿En el Campo de Marte? Entonces, ¿dónde estamos nosotros?

—En el otro extremo de Venecia, en los Jardines Públicos, señor lugarteniente.

El duque de Teschen abrevió todo lo posible su estancia en la ciudad de las lagunas, pasando con rapidez por el resto de los festejos, sin tropezar en ellos con muchos incidentes: tan sólo en la expedición á tierra firme se olvidaron las góndolas, en el banquete el hacer las invitaciones, en la iluminación los faroles. Todo lo demás salió muy bien y, cuando el príncipe acompañó al archiduque hasta el barco, oyó de boca de éste laudatorias frases de agradecimiento... El Toisón era cosa hecha.

En efecto, en cuanto S. A. llegó á Viena, el emperador firmó la concesión del insigne collar al noble príncipe; por este medio se dulcificó, más aún, se disimuló por completo el mal efecto de la destitución: S. M. quedaba muy complacida del celo é inteligencia con que su gobernador había procedido en Venecia.

Desde entonces el ex-gobernador ha concurrido siempre á todas las recepciones palatinas,

ostentando sobre su brillante uniforme de magnate magiar, el Toisón de oro adquirido con tanto trabajo; pero no hay en toda la Corte imperial memoria de que una sola vez siquiera el simbólico borreguito haya colgado en su sitio, sino al revés, sobre las espaldas del príncipe.

XLII

DE CÓMO QUEVEDO SE DIÓ DOS MUERAS Y UN VIVA Á SÍ MISMO EN VENECIA

El lunes 14 de Mayo de 1618, Venecia entera estaba en conmoción; al amanecer aparecieron ahorcados, en la Plaza de San Marcos, muchos de los principales extranjeros residentes. Corrió la voz de que aquellas ejecuciones públicas eran suavísimas caricias en comparación de las que, secreta y traidoramente, se habían realizado en los de siniestra reputación calabozos del Consejo de los Diez; más aún, y esto era lo extraordinario, los canales y las lagunas daban señales ciertas de haber tragado muchos hombres, según afirma tranquilamente un concienzudo autor, sin especificar en qué consistían dichas señales.

Aún no era esto todo: la Serenísima República estaba amenazada de un peligro grave, inaudito, espantoso, colosal: arderían las Atarazanas, volaría el Senado y serían saqueadas la Casa de la Moneda y la Aduana. Y la culpa

de todo la tenían la Católica Majestad del Rey Felipe III de España, su embajador el marqués de Bedmar y el adlátere de éste y compinche del virrey de Nápoles, duque de Osuna, don Francisco Gómez de Quevedo y Villegas.

Para el agudo olfato de este último no habían pasado inadvertidos los primeros y sigilosos síntomas de lo que se preparaba contra sus huesos. Así es que, aquel día, su amplia y negra capa á la usanza de Castilla había sido sustituida por otra del más clásico corte veneciano, el chambergo cedía el paso á un birretillo de fina pluma, y los monumentales redondos anteojos no adornaban su angulosa y sagaz fisonomía. Lo único que no había cambiado era la espada, una hermosa espada toledana, larga, bien templada, de retorcidos gavilanes y sólido lazo, la misma que había costado el pellejo, siete años antes, al violento profanador de la iglesia de San Martín. Y Quevedo, que era valeroso, pero también prudente, habíase añadido una cota de malla milanese, á prueba de golpes traidores.

Salió á la calle el poeta, embozado hasta los ojos, receloso el mirar, comedido el paso, y no tardó en tropezarse con claras muestras de la excitación del buen pueblo veneciano. La gente se amontonaba en tumulto hacia la *Piazza*, donde los cadáveres de los extranjeros seguían bamboleándose en el aire. Quevedo se dejó conducir por la multitud, cada vez más numerosa, hasta que el grupo en cuyo seno caminaba, ya muy cerca de San Marcos, en plena *Merceria*,

se precipitó en otro mucho más grande y alborotado, como un río se precipita en el mar.

El nuevo grupo arrastraba á un pelele, un monigote hecho de paja y trapos negros, contra el cual prorrumpía en feroces y continuos de-nuestos. Quevedo lograba entender, en medio de la greguería, un grito de "¡A muerte! ¡A muerte!" pero no contra quién era dirigido, ni mucho menos, á qué importante personaje representaba el fante de trapo. Sin embargo, era asunto que le interesaba demasiado; así es, que se decidió, echando mano del más puro acento del país, á hacer ambas preguntas á uno de los que con mayor furia berreaban á su lado.

—Noble veneciano, ¿podréis decirme contra quién se desata hoy la justa indignación de la Serenísima?

—¿Quizás seréis extranjero?—preguntó, receloso y amenazador, el interpelado.

—¿Extranjero yo? Me ofendéis, noble veneciano, con tal suposición. No, yo soy... de Padua.

—¡Ah! Entonces no podéis ignorar que Venecia arde en santa ira contra los extranjeros, agentes del rey de España.

—¿Cómo he de ignorarlo?

—Y sabréis que ese rey ha protegido, contra nosotros, á los piratas uscoques de la Croacia.

—Lo sé.

—Y ofendido á nuestro muy magnífico y poderoso aliado el duque Carlos Manuel de Saboya.

—Me consta.

—Y pretendido apoderarse de nuestra ciudad.

—Lo certifico.

—¡Pero lo que tal vez no sepáis, puesto que no habéis tenido el honor de nacer entre nosotros, aunque sí en nuestras cercanías, es que el autor, el perverso, el malvado, el criminal autor de toda la trama, es el bandido de Quevedo!

—¿Qué me decís?

—¡Ese asesino nos ha llamado chisme del mundo y azogue de los príncipes!

—¡Cielos!

—¡Y más dañosos á los amigos que á los enemigos!

—¡Bondad divina!

—¡Y poderosos en tratos y descaecidos en fuerzas; y, por último, ha dicho que él sabe el modo de que Brindis nos quite la escala de Levante!

—¡Justo Dios!

—¡Y ese hombre aún vive!

—¡Aún vive ese hombre!

—¡Y está entre nosotros, aquí mismo, en la misma Venecia!

—¡Zape!

—Así, si sois, como pretendéis, buen súbdito de la Serenísima República, gritad conmigo muy alto: “¡Muera Quevedo!”

—¡Muera Quevedo!—gritó Quevedo á voz en cuello.

—¡Ah! ¡Pero no escapará á nuestra venganza! Si me prometéis silencio os diré...

—Soy un pozo.

—... que se le sigue la pista; que ha llegado oculto bajo un disfraz; que se conoce su guarida, y que esta noche Fieramosca y Fortebraccio, los dos más sagaces y feroces esbirros del ilustrísimo Consejo de los Diez, darán buena cuenta de su inmunda persona. ¡Así sea! Ahora vamos, por de pronto, á ahorcar en la Plaza de San Marcos á ese monigote que veis, fiel imagen del espía del rey de España.

—¡Vamos sin tardanza!

En la primera bocacalle, Quevedo, á quien tan agradables noticias habían puesto la carne de gallina, bajo la milanese cota, dió esquinazo á su dulce interlocutor. Con cuanta rapidez se lo permitía el susto, recorrió diversas callejuelas, internóse en el dédalo que rodea á la *Piazza* y no paró hasta un puentecillo perdido en uno de los más solitarios rincones de Venecia, adonde el clamor de la fiera popular no alcanzaba. Una vez allí, metióse en el agua, bizarramente, hasta la corva, y alcanzando un reborde de la bóveda, sentóse en él para reflexionar á sus anchas.

—Ante todo—comenzó el poeta—es preciso salir de aquí y más que de prisa. ¡Ah, ahora comprendo lo bueno que es tener un amigo hasta en el infierno, porque el bergante judío de Zacarías es el único que puede hacerme poner agua y tierra por medio! Pero ¿cómo? Recapitulemos, Frey Don Francisco, vos que sois mi mejor y tal vez mi único amigo. Esos herejes Fieramosca y Fortebraccio me conocen, y

si me ven, pronto darán cuenta de mi existencia terrena; ¿cómo llegar á la Judería? ¡Ah, tengo una idea!

Con infinitas precauciones abandonó Quevedo su escondrijo y se dirigió cautelosamente hacia una tienda de trapos viejos que, días antes, había visto por aquellas cercanías; la soledad era, en los puntos algo apartados de la *Piazza*, absoluta, y el poeta logró llegar, sin ser apercibido por nadie, al punto deseado; se retorció marcialmente los mostachos, adoptó un continente guerrero y perdonavidas y penetró en el antro de los despojos de la existencia.

—¿Me conoces?— dijo dirigiéndose al vendedor.

—No, ilustre señor.

—¡Imbécil! ¿No sabes que soy el Sr. Florentino Borghese, príncipe de Solmona, de Vivaro y de Rossano? ¿Te atreves á desconocer al sobrino de Paulo V?

—Perdóneme Vuestra Ilustrísima Alteza— contestó humildemente el ropavejero.

—Estás perdonado, villano— siguió el flamante príncipe;—y ahora, escucha: una alta dama veneciana me espera esta noche; es inútil que á tus torpes oídos descienda su nombre preclarísimo; basta con que sepas que su marido es celoso como un turco y que para llegar hasta el camarín de mi bella necesito desprenderme de estos suntuosos arreos que delatan mi preclara extracción y revestirme con otros, sórdidos y humildes. Procúrame, pues, lo que tengas de más astroso y derrotado, y toma, en

cambio, mis ropas riquísimas y estos dos zequíes de oro.

En un santiamén quedó Quevedo convertido en el más miserable mendigo que jamás había paseado sus harapos por las calles venecianas; conservó, sin embargo, la cota y cambió la ilustre espada, no sin un suspiro, por un agudo puñal, que ocultó en la manga izquierda; por último, de dos tijeretazos echó abajo los bigotes y la clásica perilla. Disfrazado de esta guisa, volvióse al centro de la agitación popular en busca del modo de pasar á la *Giudecca*.

Los diversos remolinos le empujaron hacia una taberna, de cuyo interior salía un discordante ruido de juramentos y gritos; penetró en ella y sentóse en el rincón más obscuro, para observar sin ser visto la compacta concurrencia.

Entre la confusa vocería oyó de repente el poeta cómo de una mesa cercana, ante la cual trincaban amigablemente dos tagarotes de feroz fisonomía y espantable catañura, altos, bigotudos, armados de arriba abajo, salía el siguiente brindis:

—¡A tu salud, Fieramosca!

—¡A la tuya, Fortebraccio!

Quevedo dió un salto en su asiento, se apretó instintivamente contra la pared y reconcentró toda el alma en los oídos; otros varios bebedores se habían, mientras tanto, arrimado á los dos espadachines y entablado conversación con éstos, la cual, naturalmente, giraba sobre el tema de los sucesos de actualidad. Fieramosca decía:

—Hoy se ha hecho una buena limpia en Venecia; pero aún falta lo mejor. Afortunadamente, aquí estamos Fortebraccio y yo, y ¡por San Marcos y San Teodoro que antes que salga de nuevo el sol, Quevedo estará siendo pasto de los peces en la Laguna muerta!

—Así será, ¡voto al demonio!—asintió ferozmente Fortebraccio.

—No se nos escapará, no, aunque tenga hecho pacto con las brujas. Sabemos su guarida, y esta noche...

Y Fieramosca, para dar á entender mejor sus propósitos, desenvainó á medias acerada y finísima daga.

Los demás contertulios prorrumpieron en gritos de alegría y de entusiasmo patriótico. Quevedo, seguro de su disfraz, se acercó un poquitín al grupo.

—¡Eh, mendigo! —le dijo Fortebraccio, á quien el vino volvía espléndido y generoso.—Llégate aquí y participa de mi magnificencia. ¿Eres veneciano?

—Nací, señor caballero, en la *calle Lunga*, cerca del campo de San Bernabé—contestó humildemente el disfrazado.

—Pues bien; ven y brinda por el suplicio de Quevedo. Bebe y dí: ¡Muera Quevedo!

—¡Muera Quevedo!—gritó Quevedo por segunda vez en aquel día.

—Veo que eres un buen veneciano —dijo satisfecho Fortebraccio,—y quiero hacerte ganar algún dinero. ¿Sabes manejar el remo en las góndolas?

—Como el mejor *barcajuolo* de las Atarazanas, señor caballero.

—Pues bien; vas á conducirnos á la *Giudecca*, y te daré una piastra para que te la bebas á la salud de la Serenísimá.

—¿A la *Giudecca*? — preguntó Quevedo azorado. — ¿Queréis ir á la *Giudecca*?

—Sí, allí mismo, y sin tardar. Por allí anda Quevedo, oculto en casa de un usurero llamado Zacarías; allí lo alcanzaremos ¡voto al diablo! y allí daremos buena cuenta del español.

Quevedo estaba perplejo; todo su plan se venía abajo, puesto que los sicarios del Consejo conocían su presunto escondrijo. Por de pronto no había más remedio que resignarse á llevarlos, y una vez allí, ya pensaría otro proyecto; el poeta confiaba en su ingenio; en mayores apuros se había visto, y siempre su buena estrella le había sacado adelante.

—Estoy pronto á conducirlos, señores caballeros — dijo. — Veréis cómo sé hacerme digno de vuestra largueza.

Fieramosca y Fortebraccio se levantaron con alguna dificultad, y cogidos del brazo, salieron seguidos por Quevedo y despedidos por las aclamaciones del populacho que llenaba la taberna. El vino había turbado un tanto el intelecto de ambos estimables ciudadanos y trabado regularmente sus piernas; así es que fueron dando tumbos y traspiés y sosteniéndose mutua y amigablemente hasta el embarcadero.

Quevedo, mientras andaba, iba reflexionando.

—Si yo, aprovechándome de la borrachera de estos pillastres, envío al uno, de un buen golpe de daga, á la eternidad, el otro pondrá el grito en el cielo, y antes de darme tiempo á despacharlo á su vez, tendré encima á media Venecia; si espero á llegar á la *Giudecca*, tendré la ayuda de Zacarías, pero ¿me la prestará éste? Los judíos están siempre con el más fuerte, y yo ahora no lo soy por mis culpas. Calma, Frey Don Francisco; aprovechemos la primer circunstancia favorable.

Los sayones entraron en la góndola, no sin grave riesgo de tomar un involuntario baño; una vez bien acomodados, el poeta se instaló de pie en la popa y se dispuso á remar vigorosamente; mientras tanto, una idea atrevida germinaba en su mente; el canal estaba desierto, comenzaba á obscurecer, los asesinos estaban, por el abuso del vino, casi indefensos... Quevedo bogaba con fuerza, y la ligera navecilla se acercaba velozmente á la isla de los judíos... De pronto la góndola zozobró; el poeta se había lanzado de golpe sobre Fortebraccio, lo había hecho caer sobre Fieramosca, y la embarcación, repentinamente cargada sobre una de las bandas, hacía agua; los tres hombres cayeron confundidos al canal.

Mientras los bandidos chapoteaban sin lograr mantenerse á flote, Quevedo, de dos brazadas, alcanzó la orilla, saltó á tierra, y á escape se fué á casa de su amigo Zacarías; rápido como el pensamiento, lo arranca de su cuchitril y se mete con él en una góndola que halla amarra-

da en la otra ribera. El judío no pregunta nada; había reconocido al enviado del duque de Osuna y adivinado su apuro, y remaba con fuerza á popa, mientras aquél lo hacía á proa con no menor empuje... Pronto el contorno de Venecia va perdiéndose en las sombras; rápidamente queda atrás la isla de San Giorgio in Alga, y aparece Fusina en el continente; al cabo de pocos minutos ambos fugitivos atracan á la tierra firme, y los solitarios deltas que rodean á la desembocadura del Brenta oyen un grito muy claro, muy distinto y muy alegre:

—¡Viva, viva muchos años y con mucha felicidad Frey Don Francisco de Quevedo y Villegas!

XLIII

FINAL

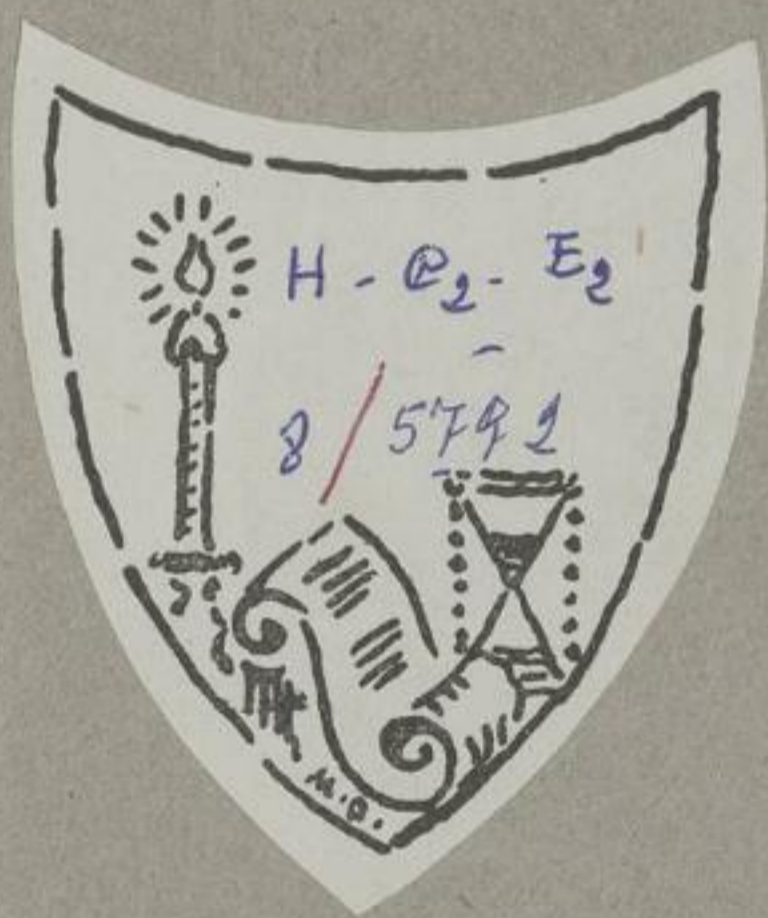
Nuestro viaje, caros lectores, ha terminado. Procuré en él que, al recorrer juntos los lugares que forman del Norte de Italia un paraíso, no os pareciesen largo el trayecto y monótonas las paradas. ¿Lo habré conseguido? ¡Quiéralo Dios! Si así fuese, tal vez algún día, no sé si cercano ó no, juntos también nos dirigiremos á visitar los pueblos hermanos ante la belleza, la historia y el arte, de los que hoy hemos visto: Florencia, Roma y Nápoles.

INDICE

	<u>Páginas.</u>
I.—Tarascón y Tartarín.—El Espejismo.....	5
II.—Niza, Mónaco y Monte-Carlo....	13
III.—El Casino de Monte-Carlo.....	21
IV.—De Ventimiglia á Génova.....	31
V.—Macarrones á la italiana.—Vinos y comidas.....	39
VI.—Génova.—Vista general.—Las estatuas modernas.....	47
VII.—Andrés Doria y Galeazzo Alessi.	53
VIII.—Génova.—El Puerto.—Los Museos particulares.—La Catedral de San Lorenzo.....	59
IX.—Génova.—San Ambrosio y la Annunziata.—Los Palacios de los Dorias.—Los Vicos.....	67
X.—El Cementerio de Génova.....	75
XI.—De Génova á Milán.....	83
XII.—Milán.—Aspecto nocturno.—La	

	<u>Páginas.</u>
Galería Vittorio Emanuele.—	
El Duomo de noche.....	89
XIII.—Milán.—El Duomo.....	95
XIV.—Milán.—El Palacio Real.—El Ar-	
co del Simplón.—El Cenáculo.	101
XV.—La <i>Gran Vía</i> en Milán.....	107
XVI.—Milán.—El Castello.—La Brera.	
—El Museo Poldi-Pezzoli.....	113
XVII.—Milán.—San Ambrosio.—El Café	
de los Cantantes.....	119
XVIII.—Pavía y la Cartuja... ..	125
XIX.—De Milán á los Lagos, en domingo	131
XX.—El Lago Mayor.—La Suiza falsi-	
ficada.—La estatua de San Car-	
los Borromeo.—Psicología de	
las guías y de los guías.....	137
XXI.—El Lago Mayor.—De Arona á Pa-	
llanza.—Las islas Borromeas..	143
XXII.—El Lago Mayor.—De Pallanza á	
Locarno.....	149
XXIII.—Locarno.—La madona del Sasso	157
XXIV.—Del Lago Mayor á Venecia.....	161
XXV.—Venecia de noche.....	167
XXVI.—Venecia.—Las góndolas.	171
XXVII.—Venecia.—Aspecto general.—Los	
pichones de San Marcos.....	177
XXVIII.—Venecia.—La plaza de San Mar-	
cos. I.....	185
XXIX.—Venecia.—La plaza de San Mar-	
cos. II.....	191
XXX.—Venecia.—La plaza de San Mar-	
cos. III.....	197

	<u>Páginas.</u>
XXXI.—Venecia.—San Marcos por dentro	203
XXXII.—Venecia.—El Palacio Ducal.....	209
XXXIII.—Venecia.—El Romanticismo y el Consejo de los Diez.—Historia de un pasadizo, de un inglés, de un metro, de un perro y de una trampa.....	215
XXXIV.—Venecia.—Los Plomos y los Po- zos.....	221
XXXV.—Venecia.—El puente de los Suspi- ros.—La Riva degli Schiavo- ni.—La Pietá.....	227
XXXVI.—Venecia.—El Gran Canal. I.....	233
XXXVII.—Venecia.—El Gran Canal. II....	241
XXXVIII.—Venecia.—La Academia de Be- llas Artes.....	245
XXXIX.—Venecia.—Santa María della Sa- lute.—San Giorgio Maggiore. —El Redentore.—San Stépha- no.—San Rocco y su Scuola.— I Frari.....	251
XL.—El panteón de los Dux.....	
XLI.—Las distracciones del Príncipe de K***.....	257
XLII.—De cómo Quevedo se dió dos muertas y un viva á sí mismo en Venecia.....	279
XLIII.—Final.....	293



Y. TROGZ

ITALIA
DEL NORTE

PB

11